



Universidad Nacional Autónoma de México
Posgrado en Artes y Diseño
Facultad de Artes y Diseño

ANIMISMO: EL ARTE COMO LUGAR DE INTERCAMBIO ENTRE LO INERTE Y LO VIVO.

ENCICLOPEDIA DE COSAS VIVAS Y MUERTAS:
EL LAGO DE TEXCOCO

Tesis

Para optar al título de Doctora en Artes y Diseño



Presenta:

Adriana Salazar Vélez

Director:

Doctor Iván Mejía Rodríguez
(Universidad de las Américas Puebla UDLAP)

Miembros del comité tutor:

Doctora Elia Espinosa López
(Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM)
Maestro Juan Manuel Marentes Cruz
(Facultad de Artes y Diseño, UNAM)

Ciudad Universitaria, Enero de 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

1ª edición: enero 2018

Todos los derechos reservados. Adriana Salazar Vélez.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede ser utilizada con la autorización
de su titular, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a Adriana Salazar Vélez si necesita imprimir o reproducir
algún fragmento de esta obra.

Título original:
Enciclopedia de cosas vivas y muertas: el lago de Texcoco.
Corrección de estilo: Carlos Benavides
Diseño gráfico: Nobara Hayakawa

allthingslivingallthingsdead.com

**ENCICLOPEDIA
DE COSAS
VIVAS Y MUERTAS:
EL LAGO DE TEXCOCO**

Adriana Salazar Vélez



Índice

Agradecimientos	pág. 7
Introducción	pág. 9
Contenido	pág. 29
Enciclopedia de Cosas Vivas y Muertas: el lago de Texcoco	pág. 37
Bibliografía	pág. 189

Agradecimientos

Este proyecto es en gran parte un esfuerzo colaborativo, resultado de diferentes aportes y miradas. Gracias especiales a Ernesto Carrillo por acompañar esta iniciativa desde su conocimiento profundo de los terrenos del lago de Texcoco. Gracias a Raúl Solís por abrirnos a mí y a mi equipo las puertas del antiguo lago. Gracias a Edgar Morales por permitirme hacer uso de sus mapas y por compartir sus experiencias de la cuenca. Gracias a Carlos Benavides por sus percepciones, intuiciones e impecables traducciones. Gracias a Esther Rivas por su visión cinematográfica y aportes para la colección de suelos del Museo animista. Gracias a Adriana Kozub por hacer posibles las exploraciones del terreno, y por creer en el proyecto aún cuando no tenía forma clara. Gracias a Iván Mejía, Elia Espinosa, David Gutiérrez, Alberto López

Cuenca y Juan Manuel Marentes por ser cómplices y conectores entre este mundo y el mundo académico, al reconocer y defender formas de conocimiento operando en los márgenes de ciertas disciplinas. Gracias a Ariadna Ramonetti por mostrarme lo que pasa al otro lado de la cerca. Gracias a Fabián Gutiérrez por compartir conmigo su experiencia en el campo de la arqueología mexicana. Gracias a Srdjan Tunic por su atenta escucha. Gracias a Patrick Murphy y Ruth Carroll por señalar los posibles puentes entre interlocutores extranjeros y este contexto tan particular. Gracias a Nobara Hayakawa por darle al proyecto su primera forma. Gracias a Yorely Valero por su paciente y minucioso trabajo de edición de imágenes.

Introducción

Al oriente de Ciudad de México hay un lago que perdió su agua hace más de 40 años y aún sigue siendo llamado “lago”. Su nombre se enuncia equivocadamente cada vez que aparece en los diarios nacionales, o cuando se escribe en las señales de tránsito a la orilla de la carretera que hoy lo atraviesa. No se le llama “territorio”: se le llama siempre “lago” a pesar de estar seco y poblado de una materialidad distinta. Esta cuenca hecha de sal y tierra, como cualquier difunto cerca de nosotros, necesita un duelo expandido en el tiempo: en medio de su “hogar”, ahora frío y cubierto de polvo, se sigue pronunciando su nombre. El sonido del nombre resuena sin respuesta en la concavidad de este lago vacío, como si fuera emitido entre las paredes de la casa donde habitaba un cuerpo recientemente muerto, bajo la vigilia de los vivos: llamarlo “lago” hace

más evidente su ausencia, trayendo a presencia su fantasma.

El lago de Texcoco era el cuerpo de agua más grande en la región central mexicana antes de que Hernán Cortés avistara sus orillas desde la distancia, confundiénolo con un “mar interior” (Cortés, s.f.). Para ejercer dominio sobre estas tierras lacustres, los colonos españoles se asentaron sobre las ruinas de templos y viviendas del pueblo *mexica*, construyendo una nueva ciudad exactamente encima de la ciudad de Tenochtitlán, asentada a su vez sobre una isla en medio de este gran lago. De esta operación de superposición y desplazamiento surgió a lo largo del siglo XVI la Ciudad de México, la cual, en el curso de los siglos subsiguientes, se expandió empleando la misma lógica de conquista, más allá de la isla, lago adentro. El lago

de Texcoco fue igualmente sometido, confinado y reducido a medida que la capital crecía. Hacia 1971 su cuenca ya estaba completamente seca, resultado de un proceso paulatino de desecación inducida.

Si hiciéramos el ejercicio de superponer un mapa del área actual de la Ciudad de México sobre un mapa hidrográfico de esta misma región hacia 1500, el agua cubriría casi todas las edificaciones de la metrópolis, desde Lindavista en el extremo norte de la ciudad hasta Coyoacán al sur; desde los bordes del Bosque de Chapultepec al occidente, extendiéndose al oriente más allá del Aeropuerto Benito Juárez, inundándolo hasta entrar en la ciudad de Texcoco. Su agua salada lo cubriría todo, hinchándose, expandiendo sus orillas cada año durante las fuertes lluvias que aún azotan a la región entre junio y agosto. Sin embargo, si mirásemos hoy desde el aire la misma área (antes desbordante de agua salada), veríamos una sucesión de terrenos con características topográficas radicalmente diferentes entre sí: a veces sobresaliendo visualmente como explanadas áridas de bordes irregulares, en ocasiones revelando algunas zonas que devoran a otras

en cúmulos densos de edificaciones, o con algunos terrenos siendo cortados en cuadrantes ortogonales por anchas autopistas.

Históricamente, desde que comenzaron en esta cuenca las luchas entre humanos y tierra, derivadas de la empresa española e impulsadas de cierto modo —aunque desde una visión enteramente distinta de la europea— por la llegada del pueblo *mexica* al Valle de México (Espinoza 1996), el lago de Texcoco ha dejado de ser sólo un punto geográfico en la región central mexicana para convertirse en un espacio de múltiples territorialidades y linderos cambiantes, donde convergen combates sociales, políticos, económicos, biológicos e incluso geológicos: los *mexicas* fundaron en primera instancia una ciudad sobre una isla, la cual expandió su extensión de tierra firme a partir de diversas estrategias ingenieriles que establecieron acuerdos entre estos nuevos ocupantes, el lago y sus criaturas; esta ciudad fue posteriormente sepultada por otra ciudad, acarreado con ello múltiples formas de violencia, ejercida sobre los anteriores ocupantes y trayendo consigo otras relaciones entre agua, tierra y humanos; una vez estableci-

da esta superposición de ciudades — dicho ensamble conviviendo con el agua en delicado equilibrio, rodeado por un cuerpo lacustre que constantemente crecía y cedía—, los modos nativos de vivir sobre el lago de Texcoco entraron en conflicto con los nuevos, desatando procesos irregulares de expansión urbana y proyectos accidentados de canalización de las aguas salitrosas, induciendo a su vez cambios acelerados en las relaciones previamente establecidas por los primeros pobladores entre humanos, agua, tierra, construcciones, plantas, animales y otras formas de vida. En este sentido, la pérdida del agua lacustre podría considerarse el combate más persistente entre los resultantes de la ocupación humana de esta compleja geografía.

Los combates que se desatan a partir de la desecación de este lago —ocupando estos una franja cronológica minúscula (1971 al presente) comparada con aquella que se extiende desde la llegada de los primeros humanos a este valle hasta la desaparición del agua lacustre— han sido intensos y de enorme impacto para la urbe y las regiones circundantes. Estas luchas se han inscrito sobre la aridez de un suelo llano y salino

en constante pugna por su regeneración, implicando a múltiples actores y fuerzas: nuevas vidas vegetales y animales que intentan abrirse camino en medio de la aridez; movimientos persistentes de un suelo en proceso de hundimiento; tormentas de arena que se levantan sobre el lecho del lago, desbordándolo; fuerzas urbanizadoras fraccionando los linderos lacustres en múltiples parcelas; desarrollos industriales abriéndose camino en medio de sus terrenos; disputas políticas que presionan su antigua orilla hasta hacerla estallar; explosiones demográficas de una ciudad que reclama una salida para sus residuos, arrojándolos repetidamente sobre la cuenca vacía. Estas pugnas, al suceder y superponerse, fracturan al lago hasta que éste se rompe en múltiples pedazos.

¿Cómo entender el presente estado de un lugar transformado radicalmente (de lago a desierto), luego deshecho en fragmentos?

Los siglos iniciales de lucha entre el lago y sus conquistadores han sido ampliamente revisados por historiadores, arqueólogos y antropólogos. Dichas revisiones han sido incorporadas a las narraciones de la historia

mexicana: la llegada de los bergantines españoles, la destrucción de la presa de Nezahualcōyotl y la construcción del Tajo de Nochistongo y del Gran Canal que desplazó los últimos litros de agua salada fuera de la cuenca lacustre, entre otros hechos. Sin embargo, los eventos ocurridos en el transcurso de los últimos cuarenta años han dificultado la formación de una narrativa unificada alrededor de este “pedazo de tierra”. Entre dichos eventos se pueden identificar: el confinamiento del lugar (luego de ser intencionalmente desecado) como zona federal bajo la protección del gobierno mexicano; la consecuente fragmentación del suelo lacustre, producto de las múltiples disputas ya mencionadas; y más recientemente, el proyecto de construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, destinado a erigirse en sus terrenos. Sólo estas tres situaciones ya parecen pertenecer a lugares distintos: cualquier pesquisa sobre la condición actual de este territorio derivará en conjuntos de pesquisas disímiles, refiriéndose cada una a alguno de sus pedazos. Por ejemplo, en los diarios nacionales se encuentran notas de prensa que presentan relatos parciales de las protestas de los pueblos ubi-

cados sobre la frontera oriental del lago, así como reportes contradictorios o incompletos de los avances y complicaciones de la infraestructura aeroportuaria. De manera similar, en los archivos de la Comisión Nacional del Agua de México (Conagua) se encuentran algunos informes y documentos aislados, presentados como versiones de una realidad que cambia sustancialmente de gobierno a gobierno. Además, han surgido recientemente algunas investigaciones sobre aspectos específicos de esta cuenca, producidas desde diversas áreas académicas incluyendo, entre otras: estudios de urbanismo sobre la tipología de su suelo; investigaciones antropológicas sobre los pueblos que habitan la zona oriental del antiguo lago; pesquisas geográficas que han derivado en cartografías proyectando el desarrollo del complejo aeroportuario sobre el terreno. El suelo lacustre, por su parte, ha cambiado aceleradamente, se ha politizado y transformado de maneras cada vez más radicales, borrando rápidamente de su superficie todo lo que se deposita en él. Como resultado, la información sobre el pasado reciente del lago de Texcoco se ha presentado a la manera de datos, reportes o estudios no articulados entre sí, algunos

aportando a la comprensión de los devenires de la cuenca aunque a menudo aislados por espacios vacíos.

Si bien la información que se emite sobre este terreno no nos permite contemplar un “todo”, se percibe a la vez, al observar los múltiples gradientes de su suelo, las criaturas que lo habitan o transitan, sus linderos movedizos, o los flujos materiales que constantemente se incorporan a él o se extienden hacia “afuera” desde él, cómo desde el lago mismo opera una resistencia a ciertos intentos de definición —laguna, predio, territorio, reserva o cualquier otra categoría de lugar preexistente—. Dicha resistencia afecta, entre otros aspectos, la formulación de una noción unificada de la “vida” que en él se constituye. La desecación erradicó de su superficie a todo un ecosistema lacustre, aunque también propició diferentes “vidas” que iban apareciendo a medida que el lago cambiaba: algunas de estas vidas existían antes que el agua, ocultándose bajo la tierra a modo de estratos minerales; otras llegaron como especies foráneas que lentamente se fueron adaptando, repoblando zonas enteras de tierra salitrosa; algunas llegaron a este espacio encontrando en él un refugio

temporal, para luego migrar y dejar a su paso algunas huellas; otras existieron brevemente como asentamientos humanos, rápidamente derrumbados y reconquistados por “no humanos”; unas cuantas manifestaciones vitales aparecieron luego de la construcción de obras infraestructurales, conformando nuevos ecosistemas en medio de éstas (vasos reguladores, corrales de animales, granjas, cultivos de peces, depósitos de basura); otras sólo existieron en potencia, en forma de proyectos no realizados (unidades habitacionales, un balneario, un zoológico).

Al igual que las iniciativas de transformación del lago parecen proceder de lugares diferentes, cada uno de estos “fenómenos vitales” aparece como si perteneciera a ubicaciones geográficas distantes e inconexas. A veces estas “formas de vida” se muestran indistinguibles de las intervenciones humanas, aparentemente artificiales, que han sido emplazadas sobre su lecho. En el terreno lacustre también han coexistido, colisionado y emergido (a veces brevemente, a veces intermitentemente) varios sistemas de relaciones entre criaturas, construcciones y porciones de terreno; diversos escenarios de intercam-

bio o negociación entre humanos, plantas y animales; algunas situaciones en las que algo inerte se anima de algún modo o algo vivo decae hasta desaparecer. En ello, el estado actual de esta cuenca no sólo se revela difícil de aprehender por su carácter fragmentario, o por la escasez de información sugiriendo posibles articulaciones entre sus diferentes fracciones, sino que además impide ser capturado o comprendido por medio de categorías unívocas tales como “vida” o “naturaleza”.

Intentar subsumir las piezas de este territorio, desierto, predio, ejido, humedal, parque, reserva, bordo, aeropuerto, junto a sus múltiples transformaciones (actualmente en curso) a una abstracción, a una única jerarquización o incluso a un texto lineal, puede derivar en un esfuerzo infructuoso. En primer lugar, no habría institución del conocimiento reclamando estos contenidos como propiamente suyos. Si bien desde la academia se están observando ciertos aspectos de la actual cuenca de Texcoco, poniendo elementos aparentemente inconexos en conversación dentro de algunos análisis (Ramonetti 2016; Geocomunes 2017), las instituciones académicas en Mé-

xico aún no han abierto espacios curriculares o de investigación en los cuales se impulse la observación simultánea de componentes dispares y puntos de vista móviles, como un modo de aproximación válido para dar cuenta de las complejidades de esta geografía.

En segundo lugar, desde ciertas áreas académicas tales como la arqueología, están produciéndose estudios que examinan sitios específicos a partir de sus partes —pedazos y objetos aparentemente muertos y disgregados (Gándara 2016)—, observando dichas partes como evidencia de sistemas complejos otrora constituidos por diversas fuerzas humanas y no humanas. Sin embargo, tanto la noción de patrimonio como la práctica arqueológica en México —al menos en su componente de divulgación al público—, revelan aún algunas limitantes, al situar sus objetos en cronologías remotas (anteriores a la llegada de la modernidad al territorio mexicano). La noción de patrimonio se puede ver enactuando en las instituciones que administran la visibilidad de los hallazgos arqueológicos (los museos), a menudo otorgando mayor presencia a ciertos hallazgos que a otros, privilegiando

en ello ciertas versiones del pasado sobre otras: en el Museo Nacional de Antropología de México, por ejemplo, se observa cómo las piezas relativas a la cultura azteca se ubican en su edificio central, trazando desde esta posición arquitectónica, unida a la disposición museológica de sus reliquias, un “relato originario”, una línea unívoca articulando la historia y, con ésta última, una interpretación de las transformaciones territoriales de esta nación. Según lo anterior y dentro de este marco de referencia, los restos y relatos referentes a las últimas décadas del lago de Texcoco, tan disgregados como incompletos, serían insuficientes para poder concretarse en un objeto académico de estudio: son demasiado recientes para formar parte de la Historia (en mayúscula), y a la vez se ubican fuera de los lineamientos avalados por aquellas instituciones que excavan, coleccionan, administran y exhiben el patrimonio (Congreso de los Estados Unidos Mexicanos 1972). Desde las barreras que el lago de Texcoco levanta para ser narrado en una dirección única, surge la oportunidad, tanto de relatar sus fragmentos, como de construir un marco que los contenga, que les permita existir como tales. Por esto, en

lugar de intentar situar dichos restos, fragmentos y relatos sobre líneas de investigación de las humanidades (la historia del arte, la arqueología, la antropología, entre otras), estos podrían ser llevados al terreno abierto de la *investigación artística*.

Llamo *investigación artística* al texto que aquí introduzco, porque obedece a unas necesidades epistemológicas particulares (la fragmentariedad, el tiempo presente y el carácter dinámico de este lago) que podrían ser atendidas en una *investigación* de largo aliento. La llamo así también porque responde a las características del campo del *arte* (uno de los campos dentro de los cuales este texto se inscribe, se produce y se proyecta).

En tanto investigación, este trabajo se inscribe en el marco de una tesis doctoral: por esto se ve implicado en negociaciones entre una serie de normas institucionales, una necesidad de fragmentariedad que reclama el lago y un carácter experimental que tiene como fin articular el presente texto a ciertas operaciones artísticas. Además, esta iniciativa proviene de un deseo por hacer legible y válida una forma propia de conocer, poniéndola en conversación con in-

vestigaciones de disciplinas científicas o humanísticas sin subordinarse a ellas. Inscrita (aunque no exclusivamente) en los espacios académicos de una “escuela de arte”, esta enciclopedia también permitiría señalar una separación entre teoría y práctica al interior de algunos programas de educación artística: sus textos se filtran y circulan en medio de esta separación. En dichos programas, la práctica —entendida como una serie de saberes aplicados a la producción de obras de arte— conduce con frecuencia a una serie de resultados “tangibles” que validarían la profesionalización del arte como “especialidad”: los objetos del arte, bajo esta mirada, tendrían lugar en un mercado específico al no ser utilitarios como aquellos del diseño, ni puramente intelectuales como aquellos de las disciplinas humanísticas. Bajo esta dicotomía, la teoría juega a menudo como suplemento en la educación artística, apalancando y reforzando a la práctica, aglutinándola a las demandas formales de conocimiento que regulan a las instituciones universitarias (Grande 2013).

La *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* habita las grietas que se generan entre este tipo de práctica y este uso

particular de la teoría.

También acudo aquí a la expresión *investigación artística* al observar que esta enciclopedia se inscribe en un territorio de discusiones que articulan “arte” e “investigación” en un examen crítico de ciertas producciones artísticas: dichas producciones están en tensión con una economía contemporánea del conocimiento (Sadr Haghghian 2010, 32-33). Algunas de estas discusiones se centran en las formas de producción que surgen al interior de las academias de arte: como se ha mencionado más arriba, en estas instituciones se pueden gestar disputas entre las exigencias de homogeneización de cierto régimen de producción de saberes y las demandas de singularidad, “desobediencia” y apertura que son propias de las prácticas artísticas (García 2010). Otras discusiones examinan el rol de la escritura dentro de la producción artística: el montaje, el ensayo, el *cut-up*, entre otras formas experimentales de escritura, pueden constituir métodos que abren la posibilidad de “fabricar” hechos, borrando la frontera entre realidad y ficción, o entre teoría y práctica (Fernández 2013). Ciertas discusiones buscan revisar las relaciones entre

arte e investigación, develando múltiples relaciones entre poder y saber, o entre arte, conocimiento y contextos en conflicto (Steyerl 2010). Dentro de estas discusiones se formulan posibles historias de intersecciones entre arte, ciencia y acción política que se remontan a comienzos del siglo XX, estando presentes en el desenvolvimiento de diferentes luchas sociales y políticas alrededor del mundo; se señalan también algunos métodos artísticos de investigación derivando en hallazgos científicos (como la factografía o el cine-ojo soviético), así como métodos científicos apropiados y reinterpretados que apuntan a posibles horizontes de colaboración interdisciplinaria. Éstas y otras discusiones se han articulado recientemente en esta polémica pareja de términos, configurando un territorio poroso, abierto y aún en formación.

Asumiéndome como investigadora-artista he atravesado este lago muerto, este desierto vivo, moviéndome literal y figurativamente por los intersticios que se abren entre pedazo y pedazo. Me he involucrado en sus devenires, siendo interlocutora de los humanos que lo rondan e intervienen. He inventariado

formas de vida que han crecido ahí. He raspado la superficie de su suelo, levantando escombros que se han depositado en ella desde hace años, limpiándolos uno a uno. Cuando los pedazos aparecían demasiado disgregados, me he sembrado en medio de ellos como aglutinante. He actuado también como investigadora-artista-detective, pasando horas en los archivos empolvados de la Comisión Nacional del Agua, leyendo uno a uno proyectos que usualmente no se leen (y que nunca fueron realizados). He armado colecciones de notas de prensa veraces o a veces contradictorias, de mapas que muestran demarcaciones inconsistentes del terreno. He usurpado los procesos de otras disciplinas cuando estos ayudaban a construir sentido sobre alguna pieza, cuando me permitían precisar parámetros de rigor para defender la importancia de mi tarea (entre estos los más útiles fueron tal vez la excavación arqueológica, la etnografía y la escritura literaria). He usado la experiencia y el afecto como métodos de investigación y portadores de información.

En este camino de indagación he descubierto que la escritura académica que resulta en artículos o mono-

grafías no necesariamente constituye el único camino a proceder al acercarse a un problema, a un contexto o a una investigación. He descubierto además que aquellas disciplinas de las cuales estaba tomando prestadas algunas metodologías poseen una tradición de investigaciones abiertas, de escrituras fragmentarias, de prácticas que transitan entre disciplinas: mi investigación se ha nutrido de todas ellas. En este camino por el lago de Texcoco, algunos de los textos, investigaciones y “cajas de herramientas” que me han acompañado son ellos mismos investigaciones-fragmento, textos-fragmento o proyectos-fragmento: la *Obra de los pasajes* (Benjamin 2013), *Fragmentos de un discurso amoroso* (Barthes 1993), *Staying with the Trouble* (Haraway 2016), *My Cocaine Museum* (Taussig 2004), *Espèces d'espaces* (Perec 2000), *Tentativa de agotamiento de un lugar parisino* (Perec 2014) o *The Center for Land Use Interpretation* (Coolidge 1994) son algunos ejemplos de investigación-fragmento que proceden transversalmente entre disciplinas, que articulan contextos distintos, que permiten la coexistencia y conversación de elementos diversos en un mismo espacio de pensamiento.

En esta iniciativa que he llamado aquí *investigación artística*, los textos filosóficos, etnográficos, literarios y de teoría crítica coexisten como fuentes consultadas en igualdad de condiciones con entrevistas, material hemerográfico, material de archivo, algunas iniciativas situadas en la intersección arte-ciencia y algunos textos contaminados por imágenes: cada referente me ha informado sobre un modo distinto de producir conocimiento. Adicionalmente, las conversaciones sostenidas al recorrer los terrenos del lago con ingenieros que trabajan para el gobierno mexicano o con habitantes de los pueblos de la región de Texcoco —las cuales se han ido sumando en capas de múltiples visitas mientras se incorporan a ellas el rumor y la anécdota—, constituyen referentes de relaciones dinámicas e íntimas con la tierra que los meros textos no alcanzan a proporcionar. Los materiales coleccionados durante visitas a la cuenca, esas “piezas de las piezas” del lago, son también portadores de información fidedigna: una piedra de tezontle, un pedazo de vidrio con cristales de sal, e incluso un trozo de muro constituyen la materia de las colonizaciones del lago, así como la evidencia de su colapso. Las sensa-

ciones que se experimentan al estar en el lugar producen también un tipo de conocimiento insustituible: la temperatura, los olores, los sonidos señalan aquello que diferencia a un sitio de otro, permitiendo también crear posibilidades de identificación.

Todas estas formas de conocer, desde la más académica hasta la más vernácula, convergen como iguales en este proyecto. Situadas en el contexto del actual lago de Texcoco, tanto las fuentes de información como las metodologías de investigación se asumen desde la lógica del fragmento: cada pedazo de este lugar requiere de un modo de aproximación específico; cada pieza reclama un modo particular de ser identificada y comprendida. Todas además tienen cabida en ese campo que se llama hoy “arte”: un campo que se desalinea de la academia para huir de los rigores que a veces pueden imponerle las humanidades, y que a la vez se refugia en ella para escapar de las limitantes que le impone el mercado. Este campo, al ser más cercano a una botella de Klein (una figura cuyo exterior es a la vez su interior) que a un plano delimitado, requiere que las investigaciones que surjan de

él produzcan sus parámetros, sus salidas, sus contenedores.

Por ende, propongo a la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* como depositaria de los datos, léxico y carácter propios del lago de Texcoco: un ejercicio de apropiación realizado sobre una metodología de conocimiento; un conjunto de particularidades inscrito dentro de un contenedor de totalidades, llevado a cabo con una cierta licencia poética en la construcción de su estructura, aunque preciso y cuidadoso en los contenidos que lo pueblan. El contenedor infinito que proporcionan las enciclopedias modernas bajo la promesa de un “conocimiento total”, compartimentado bajo el orden arbitrario del alfabeto, puede parecer hoy un acercamiento anacrónico al problema del “saber”: en un orden mundial en el cual los sucesos recientes han revelado los límites de ciertas hegemonías, y en el cual vemos cómo sus viejos centros de poder se desmoronan mientras surgen rápidamente otros nuevos centros, la idea de totalidad parece cada vez más cuestionable. Reconociendo esta coyuntura surge la idea de reconquistar este viejo formato enciclopédico de un modo particular.

Como lo he mencionado más arriba, después de la desaparición de su agua lacustre, la cuenca de Texcoco estalló en un conjunto de pedazos con características distintas: el desierto, el ejido, la ciudad, el paisaje, la oficina, el muelle, el campamento, el bordo, la autopista y el aeropuerto son algunos de estos pedazos, constituyendo cada uno un sitio en sí mismo. También he mencionado que el espíritu de esta investigación no privilegia unas metodologías sobre otras, ni unas fuentes de información sobre otras. Los elementos que componen cada pedazo son a su vez extremadamente particulares, demandando en ello ser descritos en sus especificidades: el desecho, el escombros, el lodo, el pasto, la tierra, el suelo o el humano (entre otros) adquieren un significado puntual en este contexto que no tienen por fuera de él; por esto no pueden ser tributarios de los sitios, métodos o fuentes. Todos los elementos conjugados producen ese conocimiento fragmentario que el lugar requiere: ninguno puede ser priorizado ni puede estar como un subíndice del otro. Por ello, las ambiciones de ese “todo” enciclopédico y su forma de organizar el conocimiento alfabéticamente, en una sucesión de entradas que descri-

ben aquello que debe ser conocido, fueron justamente aquello que me permitió encontrar un marco de horizontalidad para mis pesquisas; fueron aquello que abrió el espacio para que tuvieran cabida todos los elementos que hacen parte de esta investigación sobre el lago de Texcoco sin imponerse entre sí.

Una enciclopedia, tradicionalmente, está hecha de artículos redactados en un lenguaje desprovisto de toda voz subjetiva, diciéndonos cómo son las cosas del mundo, cuáles son los asuntos cognoscibles e importantes. Una reconquista de la enciclopedia como la que aquí propongo, situada tanto geográfica como políticamente en un lugar (el lago de Texcoco) y en un tiempo (el presente), habla de sus contingencias, relata su especificidad. Lo hace además desde la parcialidad de una mirada que se manifiesta a través de varias voces: la escritura etnográfica, la literatura, la crónica experimental y la escritura como una práctica inscrita en las artes visuales (esta última siendo un campo-botella-de-Klein que posee en sí mismo una tradición de manifiestos, de yuxtaposiciones entre palabra e imagen, de apropiaciones del discurso, de usos de la palabra como

símbolo o dibujo).

De la misma manera, al compartir con colegas e investigadores de otras disciplinas los retos que plantea el acercarse a la condición fragmentaria del lago de Texcoco, me he encontrado con interlocutores de las más diversas procedencias, todos hablando los dialectos que resultan de una explosión de capitales cognitivos, cristalizados en innumerables especificidades lingüísticas: esta enciclopedia ha debido honrar entonces la lengua del geógrafo, del ingeniero, del poeta, del periodista, del antropólogo, del artista, del arqueólogo, del filósofo y del curador de museos, para que así todos puedan acercarse a ella. Además, la forma de escritura que aquí se propone entra en relación con otros lenguajes —híbridos, inclasificables o “indisciplinados”—, al surgir en un espacio intermedio entre los circuitos artísticos y la academia.

Las diversas formas de escritura arriba mencionadas revelan la necesidad de múltiples ejercicios de traducción, operando de modo más táctico (adaptativo, dinámico, circunstancial) que estratégico (dotado de una visión a priori de los asuntos

a describir), aproximándose a veces a una situación desde la cercanía de la primera persona, marcando en ocasiones la distancia de una descripción técnica y, en otros casos, dando los rodeos fenomenológicos necesarios para cubrir una extensión de terreno llena de accidentes. Cada “táctica escritural” responde al carácter del elemento que ésta intenta traducir, desplegándose los elementos que conforman el universo abierto y roto de la cuenca de Texcoco en un espectro que oscila entre la inmaterialidad de un concepto y la dureza de un edificio; a veces los conceptos, puestos en relación con ciertos elementos, pueden aparecer sólidos, y las rocas, gaseosas. La traducción a la cual me refiero no podría reproducir los rasgos del lago de Texcoco “tal cual son en la realidad”: en este régimen de tácticas escriturales no habría cabida para la producción de imágenes objetivas, porque el espacio (junto con los múltiples espacio-tiempos inscritos en él), como se ha explicado más arriba, es cambiante y fragmentado. Tampoco habría aquí “objetividad” porque el acto mismo de traducir (de un uso de la lengua a otro, de una disciplina a otra, de una temporalidad a otra) implica siempre una modificación,

un desplazamiento, una toma de partido, una aproximación parcial: traducir se entiende aquí como el ejercicio de producción de una forma autónoma, íntimamente ligada a un evento originario aunque radicalmente diferente de éste (Benjamin 1997, 155). Aquí, quien escribe, lo hace además desde un uso particular de la lengua moldeado socioeconómicamente, orientado políticamente, localizado geográficamente, situado históricamente, encarnado: escribo aquí desde un cuerpo específico que se desplaza por el suelo lacustre según la medida de sus fuerzas, midiendo en ello las distancias, diseñando las tácticas y recombina las palabras en frecuencias alineadas con unos ritmos cardíacos y circadianos concretos, afectados a su vez por la altitud, el clima y la calidad del aire (entre otros múltiples factores).

Una de las tácticas escriturales arriba mencionadas aparece bajo la forma de un narrador en primera persona: hay un “yo” a quien se le atribuye en ocasiones ser el interlocutor de una conversación, el caminante en una salida de campo, el observador de un fenómeno o el productor de una fabulación particular sobre el futuro

de un sitio en peligro de desaparecer. Apareciendo bajo un giro aparentemente simple de pronombre, un texto puede pasar de la tercera a la primera persona y en ello revelar su ejercicio de traducción, su artificialidad: hay alguien escribiendo, generando las voces y sus diferencias, produciendo los hechos que se registran en las distintas entradas “enciclopédicas”. A la vez, como se expuso más arriba, el lago de Texcoco ya propone desde sí una borradora entre naturaleza y artificio que permea los modos de escribir sobre él, y que por ende situaría al narrador como un fenómeno más que se adhiere al suelo salino lacustre, a los cimientos de proyectos fallidos, o a las rocas. En algunos textos el narrador se muestra como un punto de partida que abre lugar a otros fenómenos, a la manera de un detonante de historias que, una vez desaparece esta voz, se cuentan solas. En todos los casos este narrador no es confesional, no es biográfico, no pretende ser autorreferencial: este “yo” es más bien una *función narradora* que hace parte de las tácticas empleadas en esta enciclopedia para dar cuenta de las complejidades de esta cuenca.

De acuerdo con las borraduras entre

modos de escribir, narrar y traducir propios de esta enciclopedia, algunas entradas se escriben en una “primera persona” diferente de aquella que acabo de llamar *función narradora*, dándole voz a un elemento aparentemente inanimado: el agua, el concreto, la ruina, la sal. Estas entradas se ocupan de elementos que de algún modo están presentes en todas las particiones de este terreno, siendo agentes de constantes transformaciones, desbordándose constantemente hacia afuera de los linderos lacustres. Dentro de este conjunto particular de entradas la *traducción* también aparece como una voz que habla por sí misma, enunciándose como una fuerza capaz de afectar las realidades materiales aparentemente “objetivas” de esta cuenca. Esta voz pone en evidencia al *texto* como otro elemento constitutivo del lago.

Cada entrada enciclopédica escrita aquí presenta un elemento propio de la materialidad del lago, un concepto político o jurídico que vibra en el lugar, una noción que resuena en él, una referencia que informa su universo o una palabra que habla sobre las decisiones tomadas durante los procesos de pesquisa. Todas están organizadas bajo el mandato arbitra-

rio del alfabeto, adoptado también de las taxonomías modernas; los diccionarios y enciclopedias inscritos en un espíritu omniabarcante se valen de índices, tablas y otras taxonomías para establecer una jerarquía mientras homogeneizan los objetos clasificados. Aquí, más que la imposición de un orden, la indiferencia del alfabeto ofrece la posibilidad de construir diferentes modos de lectura, así como de entender a la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* como una herramienta de consulta: el lector podrá desplazarse por las entradas partiendo de cualquier punto, realizando saltos inesperados, leyendo una sola entrada elegida al azar, siguiéndola de la Z a la A, o consultando su índice en busca del sentido que cobra una palabra específica dentro de este lago desaparecido.

Así, esta estructura aparenta ser un contenedor rígido, siendo realmente un *rizoma* (Deleuze y Guattari 2008, 9-45): en ella es posible hacer saltos entre entradas no consecutivas, produciendo en cada lectura un “todo” diferente. Por esto la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* demanda un lector atento, productivo y creativo: en ausencia de un hilo conductor, de una línea argumentativa, de un ob-

jeto unitario e incluso de un único estilo de escritura, se le exige a quien la lea la tarea de recomponer los pedazos del lago. Del mismo modo, se le pide al lector la apertura y complicidad que implica entender una multiplicidad fragmentaria, ya que al intentar recomponer estos pedazos, sea por diferentes vías, el “todo” nunca aparecerá como resultado.

En el índice alfabético también se hace claro que en esta enciclopedia todos los elementos que se ordenan bajo su criterio (sin presencia de capítulos, subíndices o conclusiones) son igualmente importantes: en función de esta horizontalidad también se han eliminado las notaciones jerárquicas de la cita o la nota al pie, y se han concentrado las referencias en un apartado que he llamado *Referencias, documentos, relaciones, conversaciones*. En este apartado coexisten: materiales hemerográficos informando sobre los devenires más recientes del lago; textos que motivan reflexiones metacognitivas atravesando transversalmente a las entradas; escritos que orientan las decisiones metodológicas dando lugar a este contenedor; hallazgos que animan el tono de la escritura; materiales (audiovisuales, visuales,

textuales) “hermanos” o afines a este conjunto de entradas.

Cada entrada aparece contaminada, mediada o moldeada por muchas de estas referencias. Si éstas fuesen anotadas como comentarios o apartados bibliográficos inscritos al pie de cada entrada enciclopédica o ubicados en sus márgenes, las referencias se desbordarían; crecerían como una enredadera por entre las líneas, formando un metatexto que exigiría la creación de otro sistema de notaciones y ordenamientos: un contenedor dentro de otro contenedor, siendo el primero una estructura que ya en sí misma presenta suficientes retos y riesgos metodológicos.

Sin embargo, algunos “compañeros de viaje” merecen ser mencionados: más arriba señalé algunas investigaciones-fragmento que han sido hallazgos fundamentales para entender a la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* como parte de un conjunto de iniciativas que trabajan con y desde lo discontinuo-fracturado. Ernesto Carrillo (2015) y Ariadna Ramonetti (2016) me abrieron acceso al lago de Texcoco desde sus respectivos intereses y proyectos, permitiéndome acceder a situaciones que

de otro modo no habría sido posible descubrir. De la mano de Elizabeth Povinelli (1995), Donna Haraway (2016) y Arturo Escobar (2012), entre otros acompañantes, he aprendido a borrar la línea entre artificio y naturaleza de manera más asertiva, al entender cómo humanos y no humanos (tierra, plantas, animales, artefactos tangibles e intangibles) podemos articularnos en diferentes sistemas, proponiendo alternativas a estas categorías binarias. El término *no humano*, usado aquí con frecuencia, lo he tomado en préstamo de Bruno Latour (1994, 2007, 2014), quien también me ha acompañado en esta tarea enciclopédica desde su apuesta por las técnicas como ensamblajes o híbridos de humanos y no humanos, como mediaciones en lugar de meros dispositivos. Donna Haraway (1998) también ha sido una acompañante fundamental en la concepción de esta enciclopedia como contenedor de cierto tipo de conocimiento, al señalar cómo todo conocimiento es siempre situado y parcial. Algunos compañeros de viaje han arrojado luz sobre posibles modos de replantear las relaciones entre lo vivo y lo inerte, “reanimando” el concepto aparentemente obsoleto, colonial y esencialista de *animismo*:

Harry Garuba (2012), por ejemplo, propone mirar al animismo como una forma de resistencia a los dualismos que aún hoy se imponen en muchos contextos, defendiendo una visión de mundo en la cual lo vivo y lo inanimado se encuentran confundidos; Arjun Appadurai (1986) ha compilado una serie de textos planteando la posibilidad de rastrear la vida social de los objetos, así como de construir biografías de los mismos (Kopytoff 1986); Michael Taussig (2001, 2010, 2012), defensor de múltiples perspectivas animistas, concibe a la escritura como una herramienta capaz de conjurar objetos “inanimados” para que estos, transformados por las potencias del lenguaje, vuelvan a la vida. El descubrimiento de prácticas arqueológicas ocupándose de pasados recientes y “patrimonios” efímeros o intangibles (Harrison y Schofield 2009; González-Ruibal 2014), ha sido importante para pensar en los materiales, ruinas y escombros encontrados en el actual del lago de Texcoco como testigos legítimos de su historia. Acompañada por Stephen Muecke (2002) y Michael Taussig (2004), entre otros, entendí cómo es posible escribir en espacios intermedios entre creación literaria y escritura aca-

démica, borrando o deformando las fronteras entre ambas.

En tanto práctica artística, este compendio ha construido sus propios métodos, ha dado forma a su propio contenedor y ha moldeado su propio lenguaje: operando en un espíritu de múltiples traducciones, la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* es una apuesta por crear una alternativa a las definiciones que separan un sujeto de un objeto, así como es una tentativa de uso del lenguaje como un material plástico, pictórico, visual. Así, con el propósito de tratar a cada entrada como una imagen en lugar de una definición, en este compendio no se encuentran ilustraciones que acompañen a las entradas.

Ahora bien, como esta enciclopedia también se inscribe en el campo del arte, las acciones de construir, dar forma y moldear, por intangibles y volátiles que puedan ser los materiales receptores de estas operaciones coordinadas, también pueden hacer de ella una obra (aunque su “ser obra” pueda ser circunstancial y efímero). Si la llamáramos “obra” podría pensarse, por ejemplo, que la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas* involucra al lector desde unas de-

mandas similares a aquellas que la escultura le exige hoy a un espectador: realizar ciertos recorridos por los espacios en los cuales es ubicada, señalar las características del espacio arquitectónico dentro del cual ésta se inscribe, o invitarlo a mirar hacia abajo cuando ésta desciende del pedestal. Esta enciclopedia, en tanto obra, nos situaría en el lago de Texcoco planteando unos modos de recorrerlo; nos señalaría la espacialidad propia de este lago; nos invitaría a fijarnos en los detalles del suelo lacustre, en la morfología de sus tierras, en aquello que se deposita en ellas —escombros, personas, basura—. Esta obra, compuesta de materialidades “otras”, podría entonces ser mirada (leída) desde múltiples puntos de vista: podría responder al espacio en el cual se exhibe, del modo en el que lo hace una instalación; podría presentarse a través de la objetualidad de un libro; podría poblar las paredes de una sala de exhibición de piso a techo, todas sus entradas visibles de manera simultánea; podría ser performada, leyéndose y activándose en el espacio, ocupándolo únicamente con la presencia de sus voces. Siendo también una “arquitectura de conocimiento” en la cual la misma forma enciclopé-

dica es estructura y habitáculo, esta enciclopedia se podría también proponer como un espacio en el cual se curan y exhiben sus entradas como si cada una fuese una pieza.

La estructura experimentalmente enciclopédica que recibe este conjunto de entradas no se cierra del modo en que lo exige la estructura argumentativa de un texto académico; tampoco concluye del modo en que lo hace una narrativa lineal, yendo de un punto a otro y siguiendo una dirección única. En esta medida ofrezco una estructura abierta, que puede crecer y cambiar tanto como el lugar cambie y arroje más elementos a conocer. Las enciclopedias modernas se editan y completan constantemente: aún al día de hoy se pueden ver las últimas ediciones de la *Encyclopaedia Britannica* recibiendo nuevos sucesos, descubrimientos científicos, líderes políticos. A medida que el mundo cambia, las cosas desaparecen, apareciendo otras nuevas; algunas cosas viven y sobreviven mientras otras mueren. Algunas cosas muertas, bajo los influjos de una temporalidad que parece a veces regresar sobre sí misma, vuelven brevemente a la vida.

Esta enciclopedia se origina además asumiendo que su “universo cognitivo” no es lo que promete ser: este compendio de fragmentos se refiere a un lago que ya no es un lago, sino otro(s) lugar(es). Al asumir esto, esta enciclopedia anuncia ser una extensa conjetura sobre todo aquello que los nombres no revelan, no capturan, no definen. Una enciclopedia como ésta (o como los compendios tradicionales del saber general de los cuales ella es satírica imitadora y a la vez caníbal) no admite conclusiones, aunque sí permite revisiones, actualizaciones, múltiples versiones y ediciones.

Aquí les ofrezco la primera edición de la *Enciclopedia de cosas vivas y muertas*.

Contenido

Abandono

El Parque Ecológico Lago de Texcoco: un lugar construido para ser abandonado

pág. 39

Accidente

En 1955 cae un avión en picada sobre las aguas del lago de Texcoco

pág. 41

Aeropuerto

El aeropuerto internacional: un espacio siempre idéntico en todo el globo

pág. 42

Agenciamiento

Los desplazamientos de una roca volcánica nos ayudan a entender la idea de agenciamiento

pág. 44

Agua

El agua habla sobre su vieja y conflictiva relación con la Ciudad de México

pág. 45

Aguador

La foto de unos aguadores de Guanajuato, en el siglo XIX, muestra un modo de relación con el agua que ya no existe

pág. 48

Ánima

Un corto animado de Walt Disney muestra cómo las cosas aparentemente inertes adquieren “vida”, forma humana y carácter moral

pág. 49

Animismo

La palabra animismo, acuñada durante el surgimiento de la antropología, se redefine y actualiza

pág. 51

Aplanado

Los terrenos del lago de Texcoco se aplanan para hacerse disponibles: una porción de este aplanado está hecho de escombros del terremoto de 1985

pág. 53

Archivo

El archivo del lago de Texcoco en San Juan de Aragón, Ciudad de México, guarda una colección de documentos en desuso, cubiertos de polvo
pág. 55

Arqueología

En los años ochenta y noventa, dos arqueólogos encontraron reliquias prehispánicas en el lago de Texcoco, mezcladas con escombros modernos de la ciudad
pág. 56

Artificio

El lago de Tláhuac, Ciudad de México, desaparece de un día para otro: en esta ciudad otros cuerpos de agua se construyen también de un día para otro
pág. 58

Ataque aviar

Aves y aviones entran en conflicto en aeropuertos costeros: éste será un conflicto más a saldar en la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México
pág. 59

Autopista

La autopista Peñón-Texcoco divide los terrenos del lago de Texcoco en dos hemisferios
pág. 60

Balneario

El facsímil de un proyecto nunca realizado en el lago de Texcoco se encuentra aún en los archivos de la Comisión Nacional del Agua
pág. 63

Barda

Una barda hecha de cemento y metal demarca los terrenos del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México
pág. 64

Bordo

El Bordo Poniente, un basurero dentro de los terrenos federales del lago de Texcoco
pág. 66

Campamento

El campamento de desplazados del predio Hidalgo y Carrizo se levanta junto a los terrenos del lago de Texcoco
pág. 69

Capital

La llegada de la industria azucarera al suroccidente colombiano y la lucha entre lago y aeropuerto ocurriendo en la cuenca de Texcoco, dan lugar a una nueva forma de animismo
pág. 71

Cartografía

La compleja geografía política de la zona de influencia del lago de

Texcoco exige la creación de una representación cartográfica distinta
pág. 73

Casa

Un conjunto de escombros en el predio Hidalgo y Carrizo da indicios de la presencia de un asentamiento humano
pág. 74

Cementerio

En 1983 se designa un área para construir un cementerio en los terrenos del lago de Texcoco
pág. 76

Ceremonia

La ceremonia del paso del sol por el cenit en el municipio de Atenco intenta proteger la tierra de una urbanización inminente
pág. 77

Ciudad

Ciudad de México es hoy una enorme metrópoli que se diferencia del primer proyecto urbano fundado a la par de la república mexicana: el Distrito Federal
pág. 79

Clima

Algunas impresiones sobre diversos componentes de un paraje, en un día caluroso
pág. 81

Conagua

La Comisión Nacional del Agua: una institución pública que se subsume ante los poderes económicos privados
pág. 82

Concreto

El concreto nos muestra sus diferencias con la tierra y manifiesta su presencia en la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México
pág. 83

Construcción

Impresiones sobre una construcción abandonada y los elementos que la rodean
pág. 85

Coordenada

La zona norte del Lago de Texcoco se transforma radicalmente con la llegada del nuevo aeropuerto
pág. 86

Cosa

Al ser desplazados de su lugar original en el lago de Texcoco, tanto las construcciones como las rocas, plantas y animales se convierten indistintamente en cosas
pág. 87

Demolición

Las casas desalojadas del predio Hidalgo y Carrizo se hacen escombros
pág. 89

Desecación

Un lago desecado funciona como medidor de la afectación que generan las intervenciones humanas en una región determinada
pág. 91

Desecho

La materialidad de los desechos sólidos se vuelve más presente en el bordo, un lugar que los confina y acumula
pág. 93

Desierto

La película *Viento negro* es rodada en el lago de Texcoco, apareciendo éste como un paraje desértico
pág. 94

Despojo

Mientras se describen los diferentes intentos de construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México y su relación con el pueblo de Atenco, se esbozan las dimensiones de un despojo
pág. 97

Edificio

En el edificio de la Comisión Nacional de Agua se toman decisiones sobre el reparto de agua y tierra en México
pág. 101

Ejido

La propiedad rural comunal en México se convierte en propiedad

privada desde 1992
pág. 102

Erosión

Algunas percepciones sobre una porción de terreno erosionado
pág. 104

Escombros

Los escombros de las viviendas desalojadas en el predio Hidalgo y Carrizo revelan un tipo particular de información
pág. 104

Estado de México

El estado de México rodea a la Ciudad de México como un anillo
pág. 106

Fraccionamiento

El predio El Salado inaugura un modo de especulación sobre la tierra que se impondrá a comienzos del siglo XXI en toda la región del lago de Texcoco
pág. 109

Historia

Los sitios arqueológicos en el lago de Texcoco se encontraron dispersos y sin historia, al igual que los escombros del predio Hidalgo y Carrizo
pág. 111

Humano

Un ingeniero de la Comisión Nacional del Agua deviene parte del

ecosistema del lago de Texcoco,
lugar donde labora
pág. 112

Industria

El incendio de la Harinera Nacional
en Tlatelolco revela a esta fábrica
como paradigma del crecimiento y
caída de la industria en México
pág. 115

Invasora

Las especies invasoras vegetales
son la antítesis de las migraciones
humanas
pág. 116

Liebre

Una liebre es rescatada por biólogos
en los terrenos del Nuevo Aeropuer-
to Internacional de la Ciudad de
México y luego liberada a las orillas
del lago Nabor Carrillo
pág. 119

Límite

La orilla del lago de Texcoco siem-
pre ha cambiado de forma, incluso
al día de hoy
pág. 120

Lodo

Los sismos en Ciudad de México se
amplifican y estiran por el carácter
lodoso de su suelo
pág. 122

Mapa

La división entre los terrenos

federales del lago de Texcoco y la
Ciudad de México muestra cómo el
trazado abstracto de un mapa altera
la geografía
pág. 125

Mercancía

Todas las cosas se convierten en
mercancía al apilarse en los anaque-
les del supermercado
pág. 126

Metro

El metro de Ciudad de México
atraviesa los estratos geológicos bajo
la metrópolis
pág. 129

Michoacán

A medida que la colección del Mu-
seo Animista del Lago de Texcoco se
desplaza al estado de Michoacán, se
revelan relaciones complejas entre
este estado y sus cuerpos de agua
pág. 129

Mina

La construcción del Nuevo Aero-
puerto Internacional de la Ciudad
de México se vincula a un cerro de
tezonle hecho mina a cielo abierto
pág. 131

Monumento

En el antiguo límite oriental del
lago de Texcoco existe ahora un
monumento vandalizado y rodeado
de urbanizaciones
pág. 133

Movimiento

Los escombros del terremoto de 1985, depositados en el lecho del lago de Texcoco, siempre se están moviendo al reacomodarse el sustrato lacustre
pág. 134

Muelle

Todo lo que se construye sobre los terrenos del lago de Texcoco se convierte en ruina
pág. 136

Museo

Una colección de materiales diversos conforma el “Museo Animista del Lago de Texcoco”
pág. 137

Oficina

Un grupo de funcionarios difiere sustancialmente de una comunidad
pág. 141

Orilla

La orilla del lago Nabor Carrillo se desdibuja al ser observada de cerca
pág. 142

Paisaje

Robert Smithson muere en un accidente de avión en un desierto de Texas. A partir de este accidente se detonan algunas reflexiones sobre la idea de paisaje en América
pág. 145

Parque

El Parque Ecológico Lago de Texcoco: un proyecto de grandes proporciones construido a medias
pág. 147

Pasto

El *Distichlis spicata* transforma radicalmente el suelo del antiguo lago de Texcoco
pág. 148

Pato

Los patos que todos los inviernos migran al lago Nabor Carrillo habitan temporalmente este vaso regulador recientemente construido
pág. 149

Pozo

Los pozos que extraen el agua del subsuelo de la Ciudad de México revelan la presencia de un lago sepultado a 2.000 metros de profundidad
pág. 151

Proyecto

Unidades habitacionales proyectadas dentro del lago de Texcoco muestran cómo han existido iniciativas de desarrollo para esta tierra desde hace más de 40 años
pág. 152

Pueblo

Una imagen de los pueblos ubicados al nororiente del estado de México se construye al recorrerlo
pág. 154

Rehabilitación

En los proyectos de rehabilitación de rellenos sanitarios, la basura se hace más evidente al intentar cubrirla
pág. 157

Ruina

La ruina habla sobre lo que la define, recordándonos cómo se estrechó su relación con la Ciudad de México después de 1985
pág. 158

Sal

La sal habla sobre su antigua relación con el lago de Texcoco
pág. 161

Símbolo

El águila, la serpiente y el nopal se pueden ver como un símbolo diferente de aquel que fija la imagen del escudo nacional mexicano
pág. 164

Subsidencia

Una serie de estudios sobre el hundimiento de la Ciudad de México da lugar a la creación de un lago en los terrenos del lago de Texcoco
pág. 165

Teléfono

Entre los escombros del terremoto de 1985 depositados en el lago de Texcoco se asoma una bocina de teléfono: objeto opaco, caja negra,

testimonio de una época pasada
pág. 167

Tepalcate

Un conjunto de pedazos de cerámica prehispánica se descubren entre los surcos de una porción de tierra del lago de Texcoco
pág. 168

Tezontle

La piedra de tezontle, roja como la sangre, cumple un papel importante en los proyectos construidos sobre el lago de Texcoco
pág. 169

Tierra

La diferencia entre suelo y tierra se revela en una porción del Cementerio Central de Bogotá y en la cuenca desecada del lago de Texcoco
pág. 171

Tolvanera

Las tolvaneras se formaban en el lago de Texcoco a finales de los años 60 y azotaban el margen oriental de la Ciudad de México
pág. 172

Traducción

La traducción habla sobre su carácter inventivo y sobre cómo a través de ella se fabrican hechos
pág. 173

Tumba

Cuerpos no identificados durante el sismo de 1985 son llevados al panteón de Dolores. Los escombros de sus casas, como tumbas, reposan sobre el lecho del lago de Texcoco
pág. 176

Venado

Una manada de venados neozelandeses llega al lago de Texcoco. La presencia de estos animales reinstaura una distinción entre lo nativo y lo foráneo
pág. 179

Vínculo

Aves migratorias, aguas residuales y piedras volcánicas son cuerpos disímiles que se encuentran en la circunstancia de un lago “artificial”
pág. 180

Viuda

La viuda negra: una especie de araña que habita bajo las piedras de tezontle en el lago de Texcoco
pág. 181

Zona

La película *Stalker* del director ruso Andrei Tarkovsky presenta una zona similar a aquella existente en los terrenos del lago de Texcoco
pág. 183

Zoológico

Un proyecto de zoológico, nunca realizado, buscó reanimar la cuenca del lago de Texcoco
pág. 185

ENCICLOPEDIA
DE COSAS
VIVAS Y MUERTAS:
EL LAGO DE TEXCOCO



A

Abandono

Al entrar al Parque Ecológico Lago de Texcoco se ve un mapa que indica qué encontrar: gimnasio y cancha de usos múltiples, juegos infantiles, cabañas, monumentos históricos, canchas de fútbol, béisbol, voleibol, lagunas, ciclovías. Se ve también un punto rojo de “usted está aquí”, y arriba, en una esquina, un logotipo de Conagua. El parque, más adentro, como un fantasma oculto entre los árboles, se encuentra en la mitad de una reserva ecológica y es un espectro latente que, con los años, ha sido devorado por la maleza, invadido por los caracoles y envejecido por las lluvias empozadas, por el sol, el aire y la sal que arroja el suelo. A lado y lado de los caminos de este parque, postes de luz, cada uno con una celda solar encima, vigilan el perímetro como guardianes de una tierra que nadie ha pisado en años y que, en las

noches, no necesita de luz eléctrica. Una cabaña, pintada de gris azulado, de madera, y construida sobre pilotes que la elevan aún del suelo, tiene hoy más de cuatro años de existencia solitaria. Como ella, otras tantas se reparten en el parque. Nadie las habita aunque estén listas, dispuestas y abiertas. Desde el porche de la cabaña, la vista se abre a un prado verde, un poco amarillento, poblado de especies foráneas, y a lo lejos se adivina la carretera. Detrás de la cabaña, rodeada de arbustos, sobresale una estructura plástica, amarilla y roja que parece un lugar de juego: un columpio, un balancín, unas cuantas estructuras de metal rojo de esas que usan los niños para colgarse y encaramarse en ellas, un pequeño tobogán en espiral, otro recto y otro más, cóncavo, azul. El sol brilla sobre el esmalte y los demás polímeros de esta pequeña ciudadela, y sus colores sintéticos brillan más, hacién-

dola ver más abandonada todavía al contrastar con el verde y el amarillo de las plantas. Todavía en este punto del parque resuena el murmullo de los carros y camiones que pasan al otro lado de las rejas.

Un poco más allá de este sonido que llega débil del tráfico, al otro lado de la carretera, se empieza a preparar el terreno de un nuevo aeropuerto para la Ciudad de México.

Más adentro hay un rectángulo verde, de otro verde distinto de aquel de las plantas: más oscuro, más profundo. Este rectángulo está enmarcado por líneas rectas blancas, un par de postes, un par de tableros y un par de canastos. Una cancha que no es del todo plana, en varios puntos tiene charcos de agua que dibujan las concavidades del terreno: al rebotar un balón es posible que salte de un lado para otro, o que salga disparado. No hay balones para jugar. Se nota que ha llovido porque en el agua nadan caracoles y los postes se sienten húmedos al tacto. Ya no se oyen los carros ni se oyen los camiones. A los lados de la cancha saltan chapulines, asustados al sentir pisadas humanas sobre la hierba. Junto a esta cancha hay otra, pintada

de verde y azul, y en el medio, una malla desleída, amarrada a dos postes blancos. El viento, muy débil, la mece un poco de un lado al otro. El suelo de la cancha se siente como un caucho duro, firme pero que cede un poco a las pisadas. En seguida se ve un terreno despejado, cubierto por una grava roja, de piedra de tezontle. En medio de este terreno hay unas máquinas de madera y metal pintadas también, como el parque infantil, de colores sintéticos de esmalte verde y amarillo. Es el gimnasio del Parque Ecológico Lago de Texcoco: un plano inclinado, unas pesas soportadas por tubos de metal, poleas, balancines y otras estructuras complicadas para juegos de adultos. Este gimnasio, las canchas y los caminos esperan todavía a los deportistas peregrinos. Al interior de los terrenos, más cerca de los lagos, hay un campo rectangular cubierto de pasto sintético: la grama plástica se abre como un claro entre el denso bosque de arbustos, intacto, brillando de un modo en el que no brillan los prados de *Distichlis spicata*. Unos pedestales de concreto se posan a un lado del camino, alineados en línea recta, espaciados: los monumentos a la historia del Gran Lago. Sobre ellos se inscriben los nombres de héroes

mexicanos, antes y después de la Conquista, después y antes de la República, presidentes, batallas, fechas, un bloque tras de otro. Casi todas las personas mencionadas ya están muertas. En el último bloque de estos monumentos están los nombres de los últimos presidentes, como lápidas: Felipe Calderón 2006-2012, Enrique Peña Nieto 2012-2018. Junto a la fila de bloques, una réplica en cemento de la Piedra del Sol se abre al cielo, blanca, horizontal, dos veces más grande que la que se guarda en el museo. Al final del recorrido, inmenso, está el lago Nabor Carrillo. Este lago, de kilómetros de largo y otros tantos de ancho, es de cierto modo artificial y fue, como la grama plástica, dejado ahí, sin visitantes, en medio de un campo enorme de hierba, arbustos y animales.



Accidente

El cinco de noviembre de 1955 las aguas lluvias se habían acumulado en el antiguo vaso del lago salado de Texcoco, haciéndolo regresar de su irreversible desecación por una temporada. El lago aparece en las foto-

grafías de prensa de la época como un espejo de agua plateada perdiéndose en la distancia, haciéndonos olvidar momentáneamente que, en temporadas de estiaje, este cuerpo de agua ya desaparecía por completo del mapa mientras un terreno baldío de miles de hectáreas emergía en su lugar. Durante los meses previos a la llegada del invierno este terreno cóncavo y vacío recibía temporalmente el agua escurrida de los torrenciales aguaceros de mitad de año, teñida por los residuos que iba arrastrando el torrente pluvial desde el centro de la metrópolis. El espejo de plata que reflejan las fotos era más bien un espejo gris de aguas sucias, almacenadas para no derramarse sobre las calles ciudadinas. Los olores de las aguas negras que este territorio recibía probablemente se desplazaban por el aire según la dirección que tomaran los vientos, llegando a la ciudad de Texcoco si el aire soplabo hacia el oriente, o a las colonias del nororiente de Ciudad de México si el aire soplabo al occidente, tal y como sucede hoy con los gases del Bordo Poniente.

Ese fatídico día, avanzada la mañana, apareció una serie de manchas de aceite y gasolina sobre las aguas

lacustres, cuya delgada estela podía ser rastreada hasta el fuselaje partido en dos de un avión bimotor, flotando en medio de las aguas lluvias que llenaban la cuenca de Texcoco. Los demás restos del aeroplano se encontraban esparcidos en un rango de 150 metros a la redonda como pedazos de una porcelana que se rompe sobre el suelo y se disgrega: el ala izquierda sobresalía del agua apuntando hacia arriba, mientras el caparazón de la nave flotaba en partes como las dos mitades de una cáscara de huevo. El motor había volado lejos de la nave; su hélice se encontraba en el lado opuesto, apenas asomándose en el agua; el tren de aterrizaje se separó también del cuerpo del avión, quedando en otro punto del área de impacto.

El avión había despegado de la Ciudad de México poco tiempo antes. Justo después de despegar, su motor izquierdo falló; en seguida el avión empezó a descender en picada hacia las aguas. Simultáneamente, una lancha navegaba la cuenca desde la salida del sol, con tres hombres a bordo buscando cazar algunos patos entre las orillas del lago de Texcoco. Desde la lancha, relatan los hombres, se oyó el ruido ronco del motor

haciendo esfuerzos por mantener el avión en el aire; luego fue escuchado un estruendoso golpe sobre el agua, seguido del estallido del avión en pedazos.

Uno a uno, los heridos empezaron a emerger entre el agua y los escombros aeronáuticos: once personas sobrevivirían la caída. Unas horas después, entrada la tarde, los rescatistas empezaron a llegar al centro de la cuenca, flotando a remo en balsas hasta alcanzar los fragmentos impactados. Los rescatistas encontraron cinco cuerpos muertos ya confundidos entre la inercia de los pedazos de metal, tela, caucho y madera, todos pintados de gris por el color de las aguas.



Aeropuerto

Al bajarse de un avión, los viajeros que han volado miles de kilómetros entran primero en una zona intermedia que se encuentra, simbólicamente, a mitad de camino entre la tierra que dejaron atrás y la nueva tierra que los recibe. El aeropuerto internacional, ese “no lugar” que se

divisa desde una aeronave que ha tocado tierra, se abre como una caja vacía a la salida del túnel que conecta el aeroplano con el suelo firme, en una sucesión laberíntica de corredores y salas blancas, entapetadas, pobladas de asientos levemente acolchados de vinilo negro. Los pasillos siempre están atravesados por bandas transportadoras que cumplen la función de caminadores elípticos a través de los cuales los pasajeros son conducidos, arrastrando su equipaje hasta ser catapultados hacia las filas de inmigración. Dichas filas, hechas de una sucesión de cuerpos cansados y cargados con peso adicional a sus espaldas, serpentean y se vuelven densas hasta llegar a las cabinas donde los oficiales les dan o niegan el acceso al nuevo territorio. Luego aparecen las elipses de caucho negro que despliegan maletas de todas las formas y tamaños, mientras alrededor de ellas se congregan los pasajeros expectantes: varias elipses en fila, unas al lado de las otras, emiten un zumbido que puebla el espacio entero. Antes de salir a respirar el aire del país de llegada, los oficiales de aduana guardan la última frontera.

Las terminales que albergan a los pasajeros que se disponen a viajar están

enmarcadas por ventanales de vidrio grueso de piso a techo, dejando ver las pistas y naves desplazándose sobre ellas. Las tiendas que se ubican en el interior de estos terminales disponen perfumes en anaqueles de vidrio y aluminio, siempre idénticos, organizados en filas y columnas, iluminados por luces blancas que rebotan sobre las superficies de sus cajas envueltas en celofán. La sucursal de una cadena de café organiza sus mesas de madera a unos metros de su mostrador, por donde escapa el sonido del agua en ebullición. Afuera, las pistas se extienden en línea recta; junto a ellas se levanta la torre de control. A la salida del edificio aeroportuario, al costado opuesto, se abre un terreno pavimentado, pintado con retículas, que aloja en sus cuadrantes filas enteras de carros estacionados, separados por escasos centímetros. Más allá de los linderos del aeropuerto se ubican algunos hoteles y centros comerciales como módulos de concreto o ladrillo de pequeñas ventanas que cortan la línea de visión de la ciudad, siempre detrás. Las autopistas lo rodean todo, extendiendo los tentáculos del espacio aéreo en tierra.

Estos espacios intermedios son siem-

pre iguales, pareciendo replicarse en miles de ciudades alrededor del mundo como copias idénticas con sutiles variaciones. El aeropuerto internacional, al no estar en ninguna parte, es siempre uno y el mismo.



Agenciamiento

Sobre la orilla del lago Nabor Carrillo hay una barrera de rocas de tezontle rojo apuntaladas y organizadas, encajando unas entre otras, formando una barda que se alza un metro sobre la superficie del agua. La barda se sostiene únicamente por la correspondencia de concavidades y convexidades que hay entre roca y roca. Un grupo de campesinos de la región de Texcoco las acomodó para crear una barrera que evitara el desborde del agua en la temporada de lluvias. Alejándose de la orilla hacia arriba, en una vista de pájaro, avión o satélite, la barda de rocas forma un rectángulo perfecto, una línea roja conteniendo un espejo de aguas oscuras. Las rocas que forman esta línea, partidas por cinceles en pedazos de tamaños similares y acomodadas por manos humanas, fueron arran-

cadadas de la tierra para entrar en el terreno del agenciamiento humano: su desplazamiento de la cantera a la barda las hace salir de un reino para entrar en otro; se vuelven piezas fraccionadas por los cinceles, pesadas, medidas y dispuestas; luego han sido compradas por alguien y ahora son un ítem en un inventario de insumos agrícolas entre los balances contables del gobierno federal mexicano. Las piedras han sido despachadas y cargadas en un camión, han entrando en contacto con el metal de la estructura del vagón, el motor y la gasolina, desplazándose a pocos centímetros del asfalto hasta llegar a su destino. Ellas eran parte de la Sierra de Texcoco, o de uno de los cerros que se levantan al oriente de este lago. Rotos por los procesos de extracción, los cerros se han convertido a su vez en canteras.

Un cerro tarda miles de años en levantarse, fluctuando en mayores y menores elevaciones suavizadas por las lluvias constantes que caen y desplazan las capas superiores hacia el valle; estas capas, levantadas por cambios de presión irradiando desde el centro de la tierra, mueven las placas tectónicas, unas debajo de las otras, alzando y deprimiendo la su-

perficie, plegándola y desplegándola. El tezontle es también la emisión de los volcanes, formándose desde abajo, desde capas más calientes y profundas, que se van enfriando poco a poco mientras suben, hasta solidificarse y acumularse, para luego ser cubiertas y hundidas en el corazón de las montañas. Las rocas han sido movidas, desclavadas y partidas en pedazos por el agenciamiento humano, pero ellas mismas son un agenciamiento de la tierra: nunca han estado quietas, nunca han sido presencias pasivas esperando en el cerro a ser objetivadas, estando siempre a merced de fuerzas geológicas que las doblegan, compactan o fracturan.

El humano que las hace pedazos o aquel que las acomoda sobre la orilla de un lago es también un cuerpo movido por una mano ajena: él también es pieza en un agenciamiento abstracto, un agenciamiento de poderes. Desde lo alto de un edificio, a kilómetros de distancia de los terrenos del lago de Texcoco, un ingeniero diseña la barda, dibujándola, midiéndola con una regla: en este gesto de lápiz sobre papel, él comanda la extracción de tiempo y fuerza de decenas de manos campesinas. Las excavadoras que sacan el tezont-

le del cerro son a su vez movidas por la empresa extractora; la empresa hace parte de un sistema de oferta y demanda que le da lugar y la moviliza, mientras el gobierno que compra las rocas legitima el desplazamiento de todas las partes, desde las operaciones brutas hasta las transacciones más sutiles. El gobierno también se mueve, cambia y se inclina frente al surgimiento de nuevos poderes que ejercen presión sobre él desde afuera, hundiéndolo al igual que los cambios de presión de las capas de la tierra hunden al tezontle para hacerlo parte de la montaña.



Agua

Te saludo: soy el agua. Siempre me transformo y por eso mi voz a veces se confunde con la voz de las cosas sólidas, de la tierra, incluso del aire: en casi todo hay un poco de mí, adherido a las moléculas de otros elementos. Estoy en ti también, recorriéndote, limpiándote, introduciendo en ti los alimentos, saliendo de ti como desecho. Soy aquello que te conecta con todo lo demás, que te convierte en parte de todo lo demás;

soy ese fluido que borra tus fronteras. Soy el elemento más volátil y a la vez el más presente; tu salvador y tu destructor.

Te contaré un poco sobre mis múltiples formas, para que entiendas en realidad cuánto me temes y necesitas. Hace cuatro años, por ejemplo, decidí alzar todas mis fuerzas sobre el mundo. Lo hice en el oriente, en un pequeño archipiélago que se puso en mi camino: me hice tsunami, me levanté sobre las costas del norte del país que llamas Japón en forma de olas de treinta metros o más de altura, cayendo en plancha sobre algunos pueblos pequeños asentados en la orilla. Al caer, las casitas rodaron dentro de mí como cajas vacías de cartón, y se rompieron en pedazos al moverlas entre mis corrientes. Alcé los carros estacionados junto a las casas y los aplasté como si fueran latas vacías de cerveza: los botes, los muelles y las señales de tránsito sobre el camino se hicieron pedazos al yo pasar con toda mi fuerza sobre ellos. Al devolver todo nuevamente hacia la tierra, mis aguas dejaron los pedazos indistintos de carros y embarcaciones sobre las láminas de muros, techos, puertas y ventanas, mezclados con fragmentos de todas

las cosas.

Cuando alejé de la orilla mis enormes olas, vi a los humanos como pequeños y blandos muñecos, puestos sin forma sobre la tierra. Dejé también un enorme barco posado sobre el tejado de una casa que quedó parcialmente en pie, en un ejercicio de frágil equilibrio, sobresaliendo en medio de toda la destrucción horizontal: lo hice para que quedara constancia de cómo a través de mí y de las fuerzas hermanas de esta geósfera (de los latidos de la tierra, de las exhalaciones del viento), las cosas pueden quedar patas arriba de un momento para otro, logrando en ello un orden antes improbable.

Quiero narrarte también mis andanzas por otros caminos. Entre los lugares que he recorrido, puedo describir con claridad el interior de tu cuerpo: cuando entro en ti, lo hago por tu boca, me deslizo por tu garganta hasta tu estómago, y me absorben tus tejidos blandos, inflándose ante mi presencia como si fueran esponjas secas. Por dentro, tu cuerpo parece un nudo de lombrices ciegas que se retuercen las unas sobre las otras, rojas y carnosas, indistintas entre sí: tus intestinos, tu páncreas,

tu hígado, tu corazón. Me sorprende cómo la carne en el interior de tu cuerpo, tan animal, difiere de tu exterior humano, de todas las cosas sobre las cuales te extiendes y construyes en el mundo.

Mientras pienso en esto me bombearás más adentro, me mezclo en tu sangre y te recorro pasando por cada rincón, de pies a cabeza, atravesando tus pulmones donde me mezclo con el aire, llegando a tu cerebro; este órgano sería sin mí un panal ahuecado, vacío, una casa abandonada y cubierta por el polvo que entra todo el tiempo sutilmente por tu nariz. Si no decidiera penetrarte y recorrerte, tu cuerpo entero tendría el aspecto de una bolsa de pergamino, dentro de la cual tu cerebro sería otra bolsa de papel entre otras tantas. Luego de inflar tu cuerpo y fluir por él en forma líquida, salgo por los poros de tu piel hacia el aire, cambiando de estado para luego rodearte y entrar de nuevo en ti en amalgama con el aire que respiras.

Hoy, sintiendo una distancia insalvable entre tu cuerpo y el mío, te hablo desde el lago Churubusco, un estanque de aguas residuales e intensos olores que se ha construido en la

frontera occidente del antiguo lago de Texcoco, en el Bordo Poniente frente a una prisión demarcada por torres metálicas, muros altos y tensos alambrados. Junto a mí se extiende Ciudad Nezahualcóyotl, viéndose a lo lejos las siluetas de los edificios más altos de Ciudad de México. Estoy entrando de nuevo en esta tierra después de mi expulsión décadas atrás. No me reconocerías si me ves, porque me tiño del color de tus residuos, un negro intenso parecido al petróleo; mi consistencia es también distinta, densa y pegajosa como la miel. He recorrido las calles de Ciudad de México, he entrado en las casas de ricos y pobres: he atravesado los cuerpos de millones de personas justo antes de llegar aquí. Me he movido veloz entre las tuberías y me he escurrido a través de las coladeras. Me he internado en los tejidos de tu ropa y he creado espuma al unirme con el jabón: al tender tus camisas al sol me he evaporado y unido al aire pesado y amarillo. En forma de vapor, etéreo e invisible, me he movido sobre los techos en los meses de verano, elevándome sobre el cerro más alto hasta poder ver debajo mío a la ciudad entera. Condensada en lluvia por el frío de los vientos del otoño, he caído nuevamente y me he filtra-

do en el pavimento, sintiendo cómo pasan sobre mí los carros y oyendo sobre mí los crujidos de las pisadas humanas. Me he movido veloz por el subsuelo, sintiendo el peso de la ciudad entera. Hacia el final del recorrido he entendido que tú eres la ciudad, que creces y te expandes más allá de tu cuerpo, en ella. La ciudad, esa extensión tuya, se fue adhiriendo a mí, y en un contradictorio movimiento me fue expulsando hasta arrojarme a este lago desolado y putrefacto: traigo conmigo todo aquello que no quieres tener, todo aquello que no quieres ver, todo aquello de ti que huele mal. Me uno aquí a todos tus desechos, descompuestos y hechos tierra con el tiempo.

Soy flujo, me filtraré nuevamente en la tierra, me evaporaré, recorreré el mundo por debajo hasta salir por el lado opuesto del planeta. Uniéndome a las rocas moveré las capas del suelo hasta esculpir nuevas montañas, y al moverme hundiré la superficie hasta formar una cuenca nueva para reposar, lejos de ti, coloreada de verde o azul, en forma de laguna.



Aguador

En una fotografía estereoscópica de 1892 guardada en la Biblioteca de la Universidad de Princeton, aparecen un hombre y una mujer vestidos con ropa de algodón caminando por las calles de Guanajuato a pleno sol, cada uno con un cántaro sobre la espalda. Una fotografía estereoscópica nos muestra una doble realidad que se consolida en el cerebro de quien la observa. Las fotografías estereoscópicas manifiestan el carácter fabricado de las historias que contamos a través de ellas, ya que en principio no son una imagen sino una pareja de imágenes: dos imágenes que son idénticas en apariencia. Cada imagen, sin embargo, está ligeramente desplazada respecto a la otra: cada una tiene una distorsión relativa frente a la otra. Ambas imágenes son una versión de la otra, y son a la vez la parte incompleta de la otra. Sólo se vuelven una sola tras la mediación de un dispositivo que las unifica, y sólo adquieren profundidad como ilusión óptica.

El hombre de la fotografía lleva un sombrero y trae puestos unos huachas (sandalias mexicanas); el cántaro cilíndrico está amarrado con

cuerdas alrededor de sus hombros como una mochila. La mujer lleva un rebozo sobre la cabeza, una falda larga y huaraches que se adivinan en medio de una sombra que, en las dos imágenes, cubre sus pies. Detrás de ellos, cinco asnos se acomodan bajo la sombra de un árbol intentando huir del sol y del calor, dándole la espalda a la pareja de aguadores como si en un acto de vergüenza se dieran cuenta de que ellos, los humanos, están llevando la carga pesada que les corresponde. Sobre el barandal de una casa blanca un hombre los observa, testigo de un modo de relación con el agua que pronto iba a desaparecer.

Cada cántaro está lleno del agua que los habitantes de la ciudad, en 1892, pedían para no morir de sed: dos cántaros, duplicados en la imagen. Desde los manantiales y fuentes hasta las casas, se recorrían kilómetros a pie; el agua se repartía a paso lento, un aguador a la vez, veinte a treinta litros a la vez. Antes de la aparición de los acueductos modernos, rápidos, invisibles e ininterrumpidos, el agua fluía de acuerdo con la medida de la fuerza física de un cuerpo humano, de acuerdo con la velocidad del caminar: la ciudad caminaba al

ritmo de los aguadores, y la necesidad de beber agua se ajustaba a su disponibilidad.

El agua, un cuerpo pesado sobre la espalda de otro cuerpo, se evidenciaba a finales del siglo XIX como una materia tangible y visible, con una densidad y un peso perceptibles. Los cargadores de agua la situaban en medio del espacio público, al ponerla a circular sobre la superficie, por las mismas calles a través de las cuales circulaban los peatones. En esta fotografía se ve algo que ya no existe en las ciudades del siglo XXI: el agua ya no se percibe como un cuerpo, no media en las relaciones sociales y no habita los lugares. Las fuentes de agua ya no están conectadas de modo directo con los destinatarios. El agua simplemente emerge de los grifos sin densidad, volviéndose intangible, omnipresente, siempre escasa y a la vez disponible.



Ánima

Walt Disney creó una serie de cortos animados en los años treinta del siglo pasado que llamó *Sinfonías in-*

genuas (Silly Symphonies): en ellos, diferentes cosas del mundo “inerte” se mueven, interactúan entre sí, tienen comportamientos y gestos, atraviesan situaciones e incluso enfrentan dramas morales. Cosas tan diversas como relojes, huesos, casas, candelabros, hongos y juguetes tienen todas un par de ojos, pulgares oponibles y rostros humanos; ellas sonríen, lloran, cantan; experimentan emociones como celos, envidia o compasión. Uno de estos cortos, *Flores y árboles*, se sitúa en el paraje de un bosque al amanecer. Los árboles despiertan y saludan al sol estirando sus ramas como brazos, bostezando desde un rostro cuya boca está situada justo debajo de la copa, esta última formando una cabellera verde de hojas. Las flores, sorprendentemente paradas sobre un par de piernas, hacen gimnasia mientras los hongos muestran sonrisas en sus cabezas brillantes. Todos cantan al unísono y bailan mientras son rodeados de pájaros: las aves orbitan alrededor, dibujadas como pequeños niños que trinan y vuelan. Los árboles, en medio de esta multitud de seres festivos por la llegada del alba, socializan, y en ello asumen roles y posturas, enfrentando los dilemas del cortejo amoroso, la rivalidad y la

reconciliación. En una disputa por el amor de una ceiba esbelta y frondosa, se desenvuelve una historia en la cual batallan el bien y el mal, como si dicha historia tuviera lugar en un mundo más humano que vegetal.

Disney quizás sugiere en este ejercicio de humanización que las cosas del bosque por sí mismas no son lo suficientemente activas o vivas. Ellas necesitan ser señaladas, “animadas”, pero no con las fuerzas que atraviesan a microorganismos, plantas y animales, sino con el “ánima” de la forma humana. Fuera de la pantalla, en un paraje atravesado por flores, hongos y plantas en el que las interacciones ocurren entre ellas y al margen de los ojos humanos, los dilemas por el estatuto de las cosas no son necesarios. Las criaturas simplemente son, ahí, las unas con las otras, desenvolviéndose, a veces, en un ritmo humanamente imperceptible en el cual intervienen ciertos elementos como el agua, la tierra y las montañas. Ellas, detrás de cámara, tienen sus propias formas de sociabilidad y su propia ley, una ley extramoral en la cual la lucha por la supervivencia, la simbiosis, la depredación y la extinción son sucesos que no son buenos o malos. Los hu-

manos participan también de estas formas de sociabilidad, en la medida en que comparten un espacio con (y son afectados por) todas las cosas a su alrededor; los cuerpos humanos pueden servir incluso como un sustrato donde muchos seres establecen sus colonias: los virus, los hongos y una multitud de microorganismos lo pueden invadir o excavar como una mina llena de recursos.

Las distinciones entre cosa y persona, entre vivo e inanimado, entre natural y artificial, son construidas bajo la misma mirada que “ánima” unos dibujos a lápiz. Bajo dicha mirada la “vida” sólo es posible a condición de asumir unos ojos, una boca y unas manos hechas a imagen del dibujante, activados además por el mandato de una moral humana.



Animismo

La palabra *animismo* fue acuñada en el nacimiento de la antropología, para describir ciertas prácticas de grupos humanos llamados “culturas primitivas”. Las culturas primitivas solían observarse desde una distancia crítica, y

en ello se separaban de otras culturas, las civilizadas. Estas culturas, al ser estudiadas por los antropólogos, se medían de acuerdo con una progresión histórica de desarrollo humano cuyo culmen se encontraba en el modo de vida de los pueblos de Europa occidental hacia finales del siglo XIX. Según esta progresión, los pueblos primitivos estaban atrasados en relación a los europeos, viviendo en su presente el pasado de estos últimos: mientras en Europa construían grandes ciudades y máquinas de vapor, los primitivos se encontraban en su infancia cognitiva y productiva. Los primitivos, en este sentido, no eran tan humanos como los observadores: eran humanos subalternos, incompletos, periféricos, desprovistos de las herramientas de la técnica moderna. Estos humanos “menores” solían definirse desde características antitéticas respecto a su observador: no modernos, no formados en academias, no poseedores de artilugios civilizatorios ni habitantes de metrópolis. Solían no estar al tanto de las divisiones ontológicas entre lo natural y lo artificial, lo vivo y lo inanimado, y en ello no tendrían instrumentos para dar cuenta del mundo. No diferenciaban sentir de pensar.

Si el antropólogo era el observador, ellos eran el objeto observado, el “otro”. Además, este “otro” solía ser

nombrado y leído por el científico social, como alguien incapaz de nombrarse y comprenderse a sí mismo: al ser primitivo, sus réplicas nunca se abrirían camino como interpelaciones legítimas a los oídos del sujeto observador. Su lenguaje se mostraría como un mero conjunto de signos cuyo sentido se revelaría en el orden dado por la voz del intérprete. Las réplicas del “otro” serían como aquellas de un niño necesitando de la guía del adulto.

Los modos de conocer de las llamadas culturas primitivas fueron entendidos como *creencias*, al estar soportados sobre modos distintos de ordenar al mundo. Mientras el antropólogo distinguía claramente la existencia de dos reinos (lo vivo y lo inanimado) dentro de los cuales se distribuían todos sus elementos constitutivos, desde los más sutiles hasta los más concretos, el humano primitivo, por su parte, se veía a sí mismo como parte de un continuo formado por todos los elementos de un mundo, siendo además su mundo uno de muchos mundos posibles. La afirmación de la vida de los lagos, el descubrimiento del espíritu de los montes, el aprendizaje del lenguaje de las rocas, la existencia de realidades invisibles que actúan e inciden sobre lo visible, eran algo impensable bajo el régimen binario de ordenamiento de los humanistas europeos: un régimen

que escinde al mundo para organizarlo, detenerlo y señalar sus diferencias, y en el cual el mundo es siempre uno y el mismo.

Según esto, conocer era dominar bajo la mirada: fijar lo que se nombra como algo distinto de quien nombra. Creer, por el contrario, era transitar por un espacio indeterminado que no se conoce, a merced de sus fuerzas.

Más de un siglo después del primer uso de la palabra *animismo*, en un continente distanciado de Europa por el océano Atlántico y en medio de la masa continental de América del Norte, se encuentra hoy la Ciudad de México. La región del mundo que acoge a esta ciudad fue un enorme campo de batalla entre civilizados y primitivos mucho antes de la conformación de las ciencias sociales y sus respectivas disciplinas académicas: mucho antes de ser nombradas como batallas animistas. Hoy, los edificios de concreto de esta ciudad alcanzan alturas superiores a aquellas de los cerros más cercanos a ella y el asfalto se extiende en su superficie a través de retículas gigantes de varios kilómetros de extensión; por sus avenidas principales se levantan monumentos que compiten en magnitud con aquellos de las urbes europeas; los automóviles circulan veloces en ambos sentidos de la

calzada; en sus universidades se habla un castellano musical y diáfano; los bienes y servicios se intercambian por equivalencias arbitrarias en dinero; los humanos caminan por las aceras de manera diligente y ordenada.

A la vez, en medio de este paisaje aparentemente dominado por el espíritu moderno, se mueven fuerzas que desbordan toda partición. La tierra se mueve constantemente bajo la ciudad, a veces sutilmente, a veces con la fuerza de un sismo. Cuando ocurre un sismo, los edificios más altos amenazan con caerse y todos los sistemas que organizan los flujos de la ciudad colapsan. El gran artificio de la urbe se rompe en pedazos mientras el lenguaje que nombra a las cosas en su estado de quietud se revela insuficiente para enunciar las nuevas realidades que desata esta ruptura inevitable en lo moderno: un edificio que se agita, el sonido que emite el asfalto al desplazarse, la furia del suelo. Los humanos, en esta circunstancia, se encuentran a merced del movimiento de la tierra y sólo pueden responder a su llamado en la medida de sus fuerzas. Nada es estable; por lo tanto no se pueden trazar líneas que dividan a cosas y personas, naturalezas y artificios.

La palabra *animismo*, a pesar de su origen colonial y reductivo, puede ser

usada en estas circunstancias como un arma, afilada por los discursos eurocéntricos que le dieron origen, activada cuando un mundo que se cree inanimado se despierta. Quien aún nombra “primitivos” a aquellos que comprenden la correlación entre humanos y no humanos, depende de una realidad sin sismos, sin desastres, sin desbordes.



Aplanado

Quando se inicia el proceso de construcción en un terreno irregular que contenga sumideros, elevaciones o simples desniveles entre un punto y otro, es necesario llevar a cabo un proceso previo de aplanado y nivelación del suelo que implica a menudo traer material foráneo desmenuzado en pedazos lo suficientemente pequeños como para cubrir los huecos de manera homogénea. Tras el decreto de constitución de los terrenos federales del lago de Texcoco en 1971, cientos de hectáreas con las características del fondo fangoso de un antiguo lago quedaron despejadas y baldías, dando lugar a impulsos inmediatos desplegando en ellas todo

tipo de proyectos de infraestructura o desarrollo inmobiliario y turístico: en los archivos de la Conagua, cubiertos de polvo y ácaros, yacen los ejemplares escritos a máquina de proyectos de desarrollo para el lago de Texcoco que fueron propuestos al poco tiempo de ser constituido el nuevo territorio. Los terrenos, que al desecarse el lago quedaron convertidos en hojas de papel arrugadas y estiradas nuevamente, debían ser aplanados, incluso si no estaban aún adjudicados a algún proyecto concreto. La sola posibilidad en bruto que ofrece la tierra baldía invita a sus ocupantes a domesticarla, homogeneizarla y volverla disponible: pura posibilidad, puro futuro.

El cambio de década que siguió a la constitución de esta zona coincidió con el comienzo de los trabajos de preparación de la tierra: en algunas zonas del lago se construirían plantas de tratamiento de aguas residuales; en otras se sembraría un pasto que sólo crece en los entornos hostiles de suelos cubiertos de sal. Otras porciones de tierra quedarían, por décadas y hasta hoy, simplemente aplanadas: superficies inmensas que se abrían al horizonte y en las que, ocasionalmente, crecían algu-

nos arbustos y encontraban refugio algunos animales. Una de estas extensiones de tierra se encuentra en la zona norte, cerca del límite entre Ciudad Nezahualcóyotl y la Autopista Peñón-Texcoco. La mayor parte del año se superponen en ella dos paisajes: su suelo blanco de sal y su aire de desierto, pesado y caluroso. Hoy, esta planicie hace parte de los terrenos del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, habiendo pertenecido hasta finales de 2014 a los terrenos federales del lago, siempre disponible, siempre aplanada. En 1985 llegaron a ella los materiales del relleno que hasta 2014 cubrió la capa blanca, gruesa y plana de sal, en camiones con escombros traídos de la ciudad para ser esparcidos a lo largo y ancho del suelo formando una capa gruesa, que sería nivelada con tierra y luego compactada.

Los camiones llegaron al relleno con una cierta urgencia. Traían pedazos de edificios derrumbados, de columnas, de estructuras, de varillas de metal y de objetos que fueron hechos relleno a la fuerza. Traían los restos de construcciones destruidas por el terremoto. Este proceso de aplanado era un proceso distinto de los otros

realizados en la zona del lago de Texcoco, porque a la vez que se preparaba el terreno para una posibilidad de desarrollo, se sepultaba en él la evidencia de la caída de la ciudad.



Archivo

Junto al bosque de San Juan de Aragón, en el borde nororiental de Ciudad de México, hay un conjunto de edificios de una sola planta, enmarcados por una reja blanca, siempre cerrada y cuidada por un vigilante de uniforme negro. Este conjunto y el bosque que colinda con él están separados del aeropuerto Benito Juárez por unas cuantas calles; los aviones que despegan y aterrizan cada tantos minutos se sienten cerca mientras atraviesan el aire a baja altura. En uno de estos edificios hay un archivo que contiene la historia documentada del lago desecado de Texcoco: un salón pequeño de techo bajo, con unos cuantos anaqueles de madera guardando folios forrados en cuero vino tinto, así como algunos libros de hojas delgadas y pastas blandas. Sobre los muebles de madera hay una delgada capa de polvo y

un olor a papel viejo y humedad. La Comisión Nacional del Agua, que es la entidad del gobierno federal mexicano a cargo de todos los temas del antiguo lago, publica a veces un cuaderno ilustrado que describe los avances de ciertos proyectos de infraestructura que han sido llevados a término en algunas áreas de esta tierra desertificada: se celebra la siembra de árboles frutales; se describen los detalles de un nuevo pozo de agua; se mencionan las innovaciones del relleno sanitario y cómo éste convierte la basura en abono para una tierra fértil a futuro. Los proyectos varían de edición a edición, y en los primeros cuadernos, que datan de comienzos de los años ochenta, se describen proyectos que ya han sido sepultados por capas de sal y tierra, o que han dejado edificios vacíos, hechos ruina y sembrados en medio de una enorme planicie inhabitada. Las iniciativas, cifras y conclusiones de cada cuaderno se encuentran siempre precedidas por el relato de la fundación de Tenochtitlán, la nostálgica visión de una ciudad lacustre, la trágica inundación de Ciudad de México en 1629 y la brutal y titánica desecación del lago que se extendió como una lucha cuesta arriba contra la fuerza imparable del agua, hasta

que en 1971 no quedó nada sino ciudad y desierto en un espacio de un poco más de 8.000 hectáreas. En los cuadernos se menciona a veces un pequeño espacio en el corazón de sus tierras para la ampliación del aeropuerto; ese mismo aeropuerto que desata sus aviones ahora sobre el bosque de San Juan de Aragón así como sobre el espacio aéreo de esta biblioteca. Nunca se ven los planes que ahora adornan las portadas de la revista de análisis político *Proceso*, con titulares en negrilla y la imagen de una estructura colosal que se lleva consigo dos terceras partes del antiguo lago: “Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México tendrá sede en el lago de Texcoco”. El archivo de folios, cuadernos y otros documentos no da indicios sobre este destino inminente que, como una explosión transformadora, definirá el destino de todas las cosas sembradas, construidas o siquiera posadas sobre el radio de influencia de la cuenca. El archivo guardado en esta sala impide rastrear en él el pasado reciente del lago, impide leer su presente y arroja sombras sobre su futuro. Las historias que cuentan estas hojas impresas con datos, mapas, planos e imágenes, se perciben como ficciones o simples eventos que han

ocurrido mientras se espera la llegada del verdadero proyecto de transformación del lago de Texcoco: un proyecto que compite en magnitud y vaguedad con el proyecto de desecación contra-natura que tuvo lugar en la misma cuenca.



Arqueología

En el informe de los recorridos arqueológicos de Parsons y Morett por los terrenos del lago de Texcoco en la década del 80 y 90, se menciona la presencia de cierto relleno de escombros del Distrito Federal en las orillas de los caminos recién abiertos por la Comisión Nacional del Agua. Dentro de estos escombros, los arqueólogos encontraron tepalcates, piedras talladas y otros objetos del mundo indígena antiguo, mezclados y confundidos con materiales de la ciudad moderna. Una parte del trabajo de campo de estos dos académicos se desarrolló en estas acumulaciones de escombros, intentando distinguir las figuras más antiguas entre los pedazos de construcciones más recientes: encontraron mezclados lo milenario y lo actual, objetos valiosos confun-

didados con objetos mundanos.

Entre los rellenos que se encuentran aún hoy en las orillas de los caminos trazados para atravesar los terrenos federales del lago de Texcoco (y que probablemente fueron los mismos caminos que recorrieron los arqueólogos), he descubierto que se han sumado nuevas capas de materiales a esas capas anteriores que ellos aprendieron a distinguir: escombros de predios desalojados y materiales arrojados de diversas construcciones, por ejemplo. He descubierto también que los montones de escombros que fueron problemáticos para Parsons y Morett pueden ser valiosos hoy, porque contienen fragmentos de edificaciones derrumbadas por el terremoto de 1985, llevados a Texcoco con el fin de hacerlos desaparecer. Estos se encuentran en algunos casos confundidos con materiales de construcción llevados desde algunos municipios del estado de México en los años anteriores a la apertura de la autopista Peñón- Texcoco; cuando las fronteras de los terrenos federales no estaban cercadas alrededor de su perímetro, y los vecinos podían circular en esta tierra con libertad tanto como arrojar en ella aquello que ya no les servía.

En los terrenos del lago de Texcoco, tal y como se encuentran hoy, el ejercicio de arqueología tendría que ser replanteado: las tierras del lago que fue transformado en suelo desertificado serán pronto transformadas por el Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México; un proyecto de desarrollo urbano aún más grande y radical que la construcción de Santa Fe (una colonia entera de altos edificios modernos erigida sobre un relleno sanitario al occidente de Ciudad de México). El aeropuerto borrarán todas las evidencias del pasado del lago: arqueológicas, biológicas y mundanas; borrarán la capa de tierra desnuda que queda como última prueba de la antigua cuenca; expulsará los escombros que revelan diferentes intentos de ocupación de la tierra; sepultará las ruinas del terremoto que sacudió a la ciudad y que está íntimamente ligado con los estratos de tierra que aún la soportan; desplazará a los pueblos circundantes y a la vida animal y vegetal que ha logrado crecer sobre la tierra. Un ejercicio arqueológico, hoy, debería dar cuenta de todo el montón de escombros como un conjunto inseparable de piezas (todas valiosas y a la vez mundanas) que, superpuestas, revelan las temporalidades e inter-

cambios alojados durante siglos en el lago, haciendo legible la presencia de los distintos grupos humanos que lo han modificado y lo siguen modificando hoy.



Artificio

En 2012 hubo un sismo en Ciudad de México de casi 8 puntos en la escala de Richter. Debido a los movimientos de la tierra, en algunos edificios se abrieron pequeñas grietas, algunos objetos se cayeron de las mesas, y las oficinas de los altos edificios sobre el Paseo de la Reforma enviaron a sus empleados a casa.

Al sur, en el Bosque de Tláhuac, existió hasta la fecha de este sismo un lago construido, sobre el cual navegaban botes y alrededor del cual se reunían familias y amantes los fines de semana. El temblor agitó la base del lago, agrietándola como una cáscara vieja, abriendo huecos en la tierra que hicieron que el agua fuera absorbida de inmediato, provocando la completa desaparición del lago en cuestión de horas. De un día para otro el lago ya no existía: sobre

la tierra seca sólo quedaron algunas embarcaciones ancladas, como si hubieran sido arrastradas y abandonadas en un lote vacío.

Si bien los lagos constitutivos de la región tendían a secarse con rapidez en el curso de los últimos siglos, en lugares como éste fueron, por el contrario, erigidos, impuestos de cierto modo sobre el terreno. Hasta su desaparición repentina, el lago de Tláhuac fue una especie de negación de la desaparición paulatina del agua: una contradicción que mostraba abundancia de líquido en medio de una ciudad donde éste escaseaba de manera cada vez más clara. Este lago, junto con el Nabor Carrillo, el Canal Nacional y el lago de Chapultepec, son productos de ingeniería y diseño: espejos de agua trazados sobre superficies sin agua, superficies planas forzadas a ser cóncavas. Los llamados “lagos artificiales” son producto de un plan de urbanización del cual también forman parte los edificios, las avenidas de segundo piso, las grandes calzadas y el nuevo aeropuerto.

Al levantarse en ciertos lugares, las avenidas y vías rápidas canalizan el tráfico de automóviles, hundien-

do otros lugares a su paso; de igual modo, para redistribuir el agua se han construido tuberías, desagües, sistemas de bombeo y un gran conjunto de estrategias ingenieriles: forzándola en contraflujo, conduciéndola en contrapendiente, desabasteciendo aquí, abasteciendo allá.

La desaparición y la imposición del agua en Ciudad de México se revelan como dos caras de una misma voluntad de dominio, producto de un mismo afán de crecimiento desmedido. El agua, por su parte, se muestra como algo que no puede ser dominado: el agua de los “lagos artificiales”, guardada celosamente en cuencas construidas, puede fugarse por el subsuelo de repente, como en Tláhuac, para nunca regresar.



Ataque aviar

Muchos aeropuertos del mundo se ubican a la orilla del mar, donde las gaviotas y otras aves acuáticas son habitantes regulares. En estos hábitats marinos las aves tienen que retraerse frente a los aviones, siendo imposible la coexistencia de unos

y otros: aunque las criaturas aéreas, tanto biológicas como aeronáuticas, se desplacen por un espacio amplio, despejado y que pareciera no tener límites ni estar subordinado a los mismos procesos de coartación a los que se somete la tierra, se hace necesaria una demarcación (unilateral) del espacio del aire. El nombre técnico que se le da al posible caos generado por el encuentro entre un avión y, por ejemplo, una bandada de patos en migración, es “ataque aviar”. En estos “ataques” un grupo de pájaros volando a 100 km/h choca con un avión volando a 900 km/h. Si un ave tan grande como una gaviota, un pelícano o un pato se atora accidentalmente en una turbina como resultado del choque, el avión puede venirse abajo y precipitarse sobre la tierra o sobre el mar, causando la muerte a los viajeros.

Para mantener las aves a distancia y evitar que emprendan sus “ataques”, los controladores aéreos a veces liberan halcones cerca de las pistas, permitiéndoles volar en círculos sobre éstas. Las aves marinas ven al predador a lo lejos y al detectar su presencia se alejan de la zona aeroportuaria. La rutina se repite y con el tiempo la advertencia se naturaliza.

za, manteniendo a los dos ámbitos separados por una línea invisible de peligro. En algunos aeropuertos se levantan cercas de tres metros de alto coronadas con alambre de púas o estacas afiladas, que mantienen alejadas a las aves que vuelan más bajo y de paso a los humanos que intenten traspasar. A veces se levantan efigies, que como las gárgolas en las catedrales góticas, operan como símbolos de monstruosos devenires para ellas. Otros controladores disparan cañones al aire para que el sonido explosivo aleje a las aves. En el aeropuerto JFK de Nueva York, por ejemplo, han disparado frontalmente a las aves que vuelan cerca para lograr lo que ellos llaman “control de la población”.

A unos kilómetros del futuro aeropuerto que servirá a la Ciudad de México y sus áreas aledañas hay un lago artificial llamado Nabor Carrillo, el cual recibe la más grande migración de patos canadienses de la región. Éste, a su vez, se encuentra en una zona que antes, hace décadas, era un lago de enormes proporciones el cual fue lentamente desecado. Este punto exacto es una parada regular dentro de la ruta central de migración de las aves de Norteamérica.

La distancia entre este lago y la zona que se propone para construir las pistas aéreas no es lo suficientemente grande como para que el lago y el aeropuerto sean dos espacios distintos. Aves y aviones no podrán coexistir.



Autopista

En el siglo XVI el lago de Texcoco era un cuerpo continuo de agua que llegaba hasta los bordes del bosque de Chapultepec en el occidente y hasta las orillas del reino de Texcoco en el oriente. En los mapas de la época aparece como un círculo de bordes generosos que contiene una gran superficie azul, interrumpida solamente por la pequeña isla de Tenochtitlán. Mientras sus aguas desaparecían y eran compartimentadas hacia la región de Texcoco, expulsadas de la ciudad, este lago seguía siendo un cuerpo, un sólo terreno, aunque demarcado por líneas rectas y diagonales que seguían cada vez más las divisiones políticas de los suelos contiguos. Con la llegada del siglo XX los bordes del lago fueron confinados a ser aristas y líneas, conducidos por la propiedad y la sobe-

ranía de los territorios urbanos que crecían a paso rápido, presionando sus linderos; estos territorios intentaban desbordarse los unos sobre los otros y a la vez contener con diferentes barreras los desbordes ajenos. Más que una orilla que sigue las curvas del agua tocando la tierra, el lago se convirtió en una combinación de polígonos, triángulos isóceles y círculos perfectos, medibles por los raseros de la geometría euclidiana. Ya sin agua, hacia la década del setenta del siglo pasado, el lago pasó a ser un gran desierto de tierras blancas y continuas, enmarcadas por los crecientes barrios de la periferia, entre la ciudad y el aro que forma el estado de México a su alrededor: un polígono, un círculo y un rectángulo intersectados.

En la primera década del siglo XXI este terreno aún unificado sufrió su primera partición. El Anillo Periférico, una de las vías principales de la capital, bordea su contorno como un cinturón que la amarra; de su borde exterior, al nororiente, se trazó una tangente en línea recta de tres carriles de ida y tres de regreso, formando la nueva autopista Peñón-Texcoco. Antes de la construcción de esta autopista, el área indómita del lago de

Texcoco era atravesada por caminos serpenteantes forrados de tezontle rojo, que a veces se perdían para luego reaparecer más adelante como segmentos inconexos. Estos caminos estaban moldeados por las pisadas de los habitantes de Atenco, de San Luis Huexotla, de San Bernardino; se extendían con un trazado similar a aquel de los ríos de la región, abriéndose entre los accidentes de la tierra. No se trataba de divisiones sino de conexiones, extensiones, fibras insertadas en el sustrato, pequeñas fracturas en el suelo del valle que en la distancia se confundían con las líneas de erosión o con las quebraduras de las costras de sal cuando hace sol y no hay lluvia. Los caminos son los accidentes humanos en la geografía no-humana. La autopista es en cambio una línea que parte en dos la tierra en hemisferios: al norte, la vecindad de Ecatepec y Atenco; al sur, la Reserva Ecológica Lago de Texcoco, Ciudad Nezahualcóyotl y Chimalhuacán.

Sobre el asfalto empiezan entonces a circular carros, buses y camiones, cada vez con más velocidad: la línea recta de la autopista dispara a todos los vehículos que pasan por ella como proyectiles. Sobre la orilla de

la carretera el sonido de los camiones se hace fuerte cuando se acercan y persiste cuando se alejan, mezclándose a la vez con el sonido de un carro que pasa y otro que regresa. El suelo tiembla por el peso de las cargas que entran y salen de la ciudad.

Tanto el lado norte como el lado sur del lago de Texcoco levantaron barreras junto al asfalto para separarse ellos mismos del devenir brutal de la autopista. Las cercas se levantaron a lado y lado; la hierba todavía crece junto a la malla metálica que forma cada cerca, trepando sobre ella. El metal de las cercas, rápidamente corroído por la sal, tiembla al paso de cada camión de carga. El otro lado del lago ya está lejos, ya es otro lugar. El lago de Texcoco, delimitado por formas arbitrarias unos años antes, ha sido dividido y ya nunca será una sola tierra.



B

Balneario

Escondido entre cientos de documentos de la biblioteca del lago de Texcoco, en la sede de la Comisión Nacional del Agua ubicada junto al bosque de San Juan de Aragón, hay un documento con fecha de 1985, redactado en máquina de escribir sobre un papel que una vez fue blanco; los ácidos en sus fibras han reaccionando con el sol y el calor de treinta años, tornando las hojas amarillas y la tinta débil. Este documento hace parte de una acumulación de folios, cuadernos argollados y libros que surgieron con entusiasmo durante la primera década de conformación de la zona federal del lago de Texcoco, cuando aún era un área con infinitos desarrollos potenciales. En la portada se lee una dedicatoria escrita en pluma azul: “Con estimación sincera. Para el Ing. Gerardo Cruishanck,

esperando sea de su agrado y llegue a ser de alguna manera útil este libro”. Cruishanck, heredero de las ideas del ingeniero Nabor Carrillo, impulsó desde los años setenta del siglo XX el proyecto de recuperación ecológica de la cuenca del lago de Texcoco. Este proyecto incluía la siembra de una capa vegetal sobre el lecho lacustre, la cual tardó décadas en crecer y establecerse. El arquitecto que escribe esta dedicatoria imagina la construcción de un balneario en la mitad del lago de Texcoco: un lugar con albercas, jardines, cafeterías, salones de fiesta, estacionamientos, con un flujo constante de visitantes llegando de la ciudad cada fin de semana a pasar la noche en cabañas junto al lago Nabor Carrillo; un grupo de humanos nadando en albercas sembradas en medio de tierras aún infértiles, secándose con toallas de colores y tomando el sol sobre sillas plásticas; bañistas compartiendo su

ocio con plantas y animales aún en proceso de adaptación.

Los planos del balneario se exponen a partir de detalladas descripciones técnicas y dibujos: trazos de baños, bocetos de vestidores, croquis de jardineras con formas geométricas sembradas de plantas ornamentales, cortes transversales de edificios modernos —cilíndricos como museos de arte—, vistas de techos alzados en una pendiente cónica que recuerda la forma de los volcanes visibles en el fondo del paisaje como “pinturas naturales” en un día despejado. Este balneario, extraído de una pila de documentos, se hace cada día menos legible: la superficie de sus páginas es cada vez más oscura, mientras la tinta se adelgaza, se aclara y tiende a desaparecer.



Barda

La autopista Peñón-Texcoco se extiende como una línea recta que transforma en proyectiles los carros que transitan sobre ella, surcando el pavimento disparados en veloz trayectoria desde la metrópolis hacia los

ejidos del estado de México, y desde estos hacia la ciudad en el carril opuesto. En un carro a 100km/h, aquello que ocurre a lado y lado de la vía pasa frente a los ojos como un barrido de formas abstractas que se funden las unas con las otras, mientras los sonidos del tráfico que viene a su vez disparado en sentido contrario llegan diferidos para luego extenderse en el tiempo, como un gemido que resuena en la parte de atrás de la cabeza.

En enero de 2017 pasé frente a los terrenos del colosal nuevo aeropuerto —extendiéndose estos al norte de la calzada— como parte del tráfico veloz que regresaba ese día del estado a la ciudad. La barda perimetral que ahora separa este nuevo territorio de su “afuera” comenzaba a verse desde el punto inicial de esta vía rápida como un barrido gris y blanco de segmentos idénticos que se seguían unos a otros al lado derecho del automóvil en movimiento. A medida que el carro seguía avanzando la imagen abstracta se iba convirtiendo en objeto sólido, al repetirse los segmentos de barda durante kilómetros de marcha; si se alzaba la vista un poco más al norte desde el asiento del pasajero, se veía

la barrera gris y blanca darle la vuelta a todo el perímetro de la zona aeroportuaria, levantándose en su borde exterior como una nueva frontera: pude medir mentalmente un muro de concreto reforzado de medio metro de ancho por uno de alto, rematado por una malla metálica de tres y medio metros de altura de la cual se asomaban pequeños tramos de varillas afiladas. Esta barrera se asemejaba a aquellas que se levantan en los contornos de las cárceles, en los cercos de complejos militares o en ciertos tramos de la frontera norte entre México y Estados Unidos. Divisiones físicas como éstas evitan que lo “indeseable” se desborde hacia afuera, que lo “incontrolable” ingrese a romper con el orden, que lo privado escape, haciéndose público. El concreto y la malla en esta nueva separación física entre aeropuerto y valle se levantaban verticales hacia el cielo, a la vez que se extendían horizontalmente por kilómetros en línea recta a lo largo de la autopista Peñón-Texcoco, como una cuchilla cortando la tierra, separando al progreso de los viejos modos de vida, a los ricos de los pobres, a lo privado de lo público. A un lado de la barda las obras aeronáuticas ocurrían en imperceptible avance: unos trescientos

hombres, armados de máquinas, luchaban contra un terreno cóncavo que persistía en sumirse, intentando aplanarlo en pistas para el futuro aterrizaje y despegue de aviones. Los hombres y sus aparatos de construcción (máquinas de guerra que en lugar de disparar extraen y al extraer, hieren) se veían como puntos a lo lejos, huyendo del campo de visión en microsegundos. A medida que el carro avanzaba, más de cerca, en un barrido verde y amarillo que se dejaba translucir desde el primer plano de la barda, algunos brotes de pasto *Distichlis spicata* se aferraban a la tierra antes de ser arrancados de ella o sepultados por múltiples capas de materiales inorgánicos.

Al otro lado de la barda, al sur, se abría un terreno baldío sembrado con una fila de palmeras, marchitándose todas ellas y doblándose ante la salinidad del suelo y la sequía del aire. Luego, a la izquierda, más allá de la vía de asfalto que recorría el carro veloz, se ocultaba aún la Reserva Ecológica Lago de Texcoco tras su propia barda metálica (una barda más frágil, hecha de una malla romboide oxidada y que cedía en algunos tramos); a lo lejos, detrás de la reserva, se adivinaba la línea curva

del Circuito Exterior Mexiquense, actual orilla del municipio de Chimalhuacán: este municipio se extendía al horizonte como un denso tejido de casas y edificios hasta perderse de vista tras las nubes amarillas de aire contaminado de la Ciudad de México.



Bordo

El Bordo Poniente es un basurero que ocupa una extensión de varios kilómetros cuadrados limitando con Ciudad Nezahualcóyotl y colindando con el Aeropuerto Benito Juárez. El suelo que ahora ocupa hizo parte del antiguo lago de Texcoco y se inscribe en los terrenos protegidos por el gobierno federal bajo el mismo nombre. La basura en el bordo se compacta en plataformas que tienen un metro de alto: estas plataformas sirven de barrera de contención a un vaso regulador que recibe el nombre de lago Churubusco, el cual recibe las aguas residuales de la región adscrita a él directamente de los drenajes. Las aguas del lago son negras y aceitosas, saliendo de ellas burbujas de los gases liberados:

descubro que en ellas se posan unas aves pequeñas, blancas, delgadas y débiles husmeando en la basura. La desembocadura del dren principal levanta espumas blancas, densas y abundantes, que se desbordan hacia las orillas, desprendiéndose y aterrizando a nuestros pies. Los barrios de este municipio del estado de México están separados del bordo por un muro rematado por varias hileras de alambre de púas y por una prisión que limita con el muro: unas torres de vigilancia se alzan y son visibles desde el límite opuesto del basurero, anticipando las fugas de los internos en medio de los campos de basura. Junto al muro, de este lado de la cerca, se extienden planicies que parecen potreros, entre desiertas y cubiertas de pasto, que forman campos irregulares para fútbol, con sus porterías bien ancladas a la tierra. Estas canchas están comunicadas por caminos a los barrios vecinos; en ellas los vecinos juegan a veces partidos amistosos. Si se está de pie sobre una de las canchas, el olor que proviene del lago y los montones de basura es tan fuerte que se mete en el cuerpo y tarda días en salir, produciendo náuseas si se aspira con fuerza. Ese olor se siente intenso aún para un pulmón que respira constantemente

el aire sucio de Ciudad de México. Imagino que este olor, junto con los gases tóxicos que se liberan todo el tiempo de la tierra a medida que los desechos orgánicos se fermentan y descomponen, se impregnan en el aire y viajan kilómetros, lejos, hacia el sur o al occidente, para luego descender a la altura de las narices de millones de personas.



C

Campamento

Sobre la línea que separa los terrenos del lago de Texcoco del ejido de San Bernardino, al oriente de la antigua cuenca, hay una cerca hecha de postes de concreto anclados a la tierra y tres hileras de alambre de púas, tensadas entre poste y poste. A un lado de la cerca se levanta un aviso de latón, que muestra una capa de pintura apenas legible, corroída por la lluvia, el viento y la salinidad de la tierra. El aviso anuncia: “Zona federal: aquí se construye el Parque Ecológico Lago de Texcoco”. Alrededor del aviso, el pasto se levanta medio metro sobre la superficie del suelo; algunas formas de maleza se han abierto lugar, entremezcladas con la hierba verde y densa. A pesar de estar parcialmente hecha de concreto, la cerca se ve frágil y su altura puede ser saltada si se usan los alambres como peldaños

para escalar al otro lado. Parece haber sido levantada como una división simbólica entre dos territorios, como una advertencia o una señal para los ejidatarios del lado de San Bernardino: “estas tierras ya no les pertenecen a ustedes, vecinos ejidatarios; no pertenecen a nadie sino al mismo lecho lacustre, guardado celosamente por el ojo vigilante del gobierno”. A pocos metros de la cerca, la Comisión Nacional del Agua ha levantado efectivamente una caseta de vigilancia que se abre hacia el oriente; saliendo de ella se asoma una mujer con uniforme negro que nos saluda y se vuelve para posar su mirada en un horizonte de posibles amenazas que se encuentran, todas, al otro lado de la cerca.

Sobre el lado contrario se despliega una hilera de pequeñas casetas, cada una midiendo un par de metros de largo por otro par de ancho; es un

conjunto de estructuras de estacas de madera apuntaladas, cubiertas por fragmentos de láminas de latón, tablas de madera y pedazos de lona reciclada de vallas publicitarias, escritas con nombres de bandas, sonideros y consignas de propaganda política. La hilera se extiende a lo largo de la cerca hasta perderse de vista: se divisan cientos de casetas, todas adheridas al contorno de la cerca, idénticas en tamaño, aunque cada una de ellas cubierta con una combinación diferente de pedazos de lona, madera y latón. Entre ellas forman un muro, un margen, una barrera; los pastos y malezas crecidas del lado protegido se cuelan al otro lado, empiezan a crecer entre caseta y caseta; el ejido se abre frente a ellas como un espacio abierto en el que se avistan unas cuantas casas sólidas, árboles y praderas, atravesados por un camino. La hilera de precarias construcciones parece anclarse en un lugar intermedio entre uno y otro lado de la cerca: demasiado próximas a la división de alambre y concreto que intenta expulsarlas, y a la vez demasiado lejos del ejido; se posan ahí, en esta hilera estrecha, tímidamente, como si estuvieran posadas en ella sólo de paso; como si fueran a desaparecer al salir el sol la mañana siguiente.

Las casetas, frágiles en apariencia, hacen ver fuerte y robusta a la delgada cerca. Sus cimientos, sin embargo, son profundos: llevan inmóviles ahí por más de cuatro años. En ellas viven cientos de familias, difíciles de contar porque están en una zona fronteriza donde en teoría no existen, ya que no están vinculadas a la tierra: demasiado próximas al terreno que las expulsa, demasiado lejos del terreno que las recibe. En ocasiones se oye la música de un radio sintonizado saliendo de alguna de ellas, mezclada con voces de niños. En sus umbrales pueden verse diversos objetos: las pertenencias de alguien que vive en una delgada línea de tierra. Estas construcciones y sus habitantes forman el campamento de desplazados Hidalgo y Carrizo; antes estaban ubicadas (con otra forma, otro tamaño y otros materiales) unos metros adentro de la cerca, en un predio que ahora se extiende detrás de la caseta de vigilancia. Hace más de cuatro años, en lugar de estas estructuras existían unas casas; la cerca probablemente no estaba y el ejido de San Bernardino se confundía con los terrenos del lago de Texcoco en un solo continuo de tierra.

Es el 26 de abril de 2012. Las per-

sonas que hoy día ocupan el campamento —junto con otros tantos pobladores que han sido dispersados hacia distintos puntos de la zona de influencia del lago de Texcoco— vivían en una porción de tierra construida cerca de la orilla del lago Nabor Carrillo, en el lado occidental de esta frontera recientemente demarcada. El gobierno —que ahora vigila el límite oriental del lago de Texcoco— llegó ese día a reclamar sus tierras. Las edificaciones ahí erigidas fueron demolidas; poco después la cerca y el letrero fueron erigidos, en un ejercicio de demarcación política que se puede leer entre líneas, a través de los rasgos materiales de las casas, del alambre y del mismo pasto que crece salvaje entre ellos: “Zona federal: aquí no es posible construir nada”.



Capital

Michael Taussig pasó años en el pacífico colombiano estudiando cómo se ha instaurado un nuevo animismo entre los jornaleros de la industria azucarera, frente a la llegada de las formas capitalistas de trabajo.

La acumulación, la enajenación y el trabajo asalariado son aspectos de las sociedades capitalistas que se han naturalizado en Colombia al igual que en México y otros países de América, especialmente en centros urbanos como Bogotá y Ciudad de México: los individuos insertados en estas sociedades —y en las ciudades accidentadas que les sirven de escenario— compramos, vendemos y trabajamos en jornadas compartimentadas homogéneamente entre trabajo y ocio; lo hacemos como si éstas fueran formas idóneas de ocupar el tiempo y el espacio, las cuales siempre han estado ahí esperando a emerger en el momento correcto de la historia. En este esquema, y bajo la luz de esta nueva naturaleza, algunas creaciones del mismo capital adquieren sustancia y realidad, mientras otras entidades devienen objetos inertes: las mercancías empiezan a palpitar con el flujo vital de los intercambios y las valuaciones, mientras las personas empiezan a verse como meros cuerpos productores, idénticos e intercambiables. Bajo la imposición de este sistema, en comunidades en las que el trabajo va unido al cuidado de la tierra y a la dignidad del trabajador, esa máquina abstracta del capital se convierte

en el objeto de una mirada animista: la empresa extranjera que llega con violencia a los campos del Valle del Cauca, adquiere el cariz de un demonio, un ser que cobra vida para succionar las almas de los jornaleros y secar la tierra.

En el Valle de México se han creado las condiciones para pensar en una interpretación animista de la relación entre humanos y tierra, atravesada también por el capital. Este animismo no necesita la mediación de las creencias que separan a los crédulos pueblos rurales de las pragmáticas sociedades modernas, porque en él todas las personas son inevitablemente arrastradas a ser instrumentos o cosas de manera indistinta. El lago de Texcoco, reduciéndose poco a poco hasta secarse, no ha cesado de tener incidencia sobre los movimientos sociales, económicos y políticos de la tierra que alguna vez ocupó como cuerpo de agua. El sustrato de lodo y sal de la cuenca que quedó tras la desaparición del agua actúa como un ser vivo que tiene la fuerza para mover a la ciudad, para hundirla y fracturarla, para azotarla desde el aire con sus tormentas de arena. La tierra del lago siempre está moviéndose, acomodándose y resis-

tiéndose proactivamente a los sucesivos intentos de ocupación humana.

Los capitales privados se muestran también vivos al situarse en esta tierra: ellos actúan como plagas que se extienden por las planicies del lago, poniendo en peligro las formas de vida que han logrado crecer sobre su suelo, llegando a los pueblos vecinos a secar sus tierras y extraer de ellos su trabajo. Así como la industria del azúcar llega al sur de Colombia y se instaura entre los jornaleros como un demonio, en 2014 los capitales del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México aterrizan en el lago de Texcoco como una forma de vida foránea y letal. Entre el lago y el capital, los humanos son movidos, desplazados y a veces aplastados por su peso. Nosotros, los humanos que circulamos por el lecho del lago, somos simples cosas inertes sin capacidad de acción o decisión sobre los cambios que ahí ocurren: la lucha entre el lago y el capital, animada recientemente por este nuevo proyecto de aviones y pistas, no necesita de nosotros para saberse viva.



Cartografía

En la vista plana de *Google Maps* del Valle de México, el lago de Texcoco aparece como un terreno baldío, claramente separado de la zona urbana —la cual se extiende como un conjunto denso de pequeños cuadrados grises al occidente— por una línea recta cortante que lo atraviesa de norte a sur. Al oriente, en cambio, el plano monocromático de aquello que queda de la antigua cuenca se degrada lentamente en secciones verdes y de color tierra, interrumpidas por pequeñas líneas que señalan caminos, fronteras o barreras geológicas: se trata de una región que redibuja constantemente sus límites. Los pueblos y ejidos del oriente se extienden en formas irregulares, a veces superpuestas, a veces salpicando la planicie del lago en intrusiones de puntos y planos minúsculos. En ocasiones, estos pueblos campesinos, que disputan su frontera con el lago de Texcoco desde hace unas décadas, no se destacan en esta versión del mapa que, por el contrario, designa algunos lugares inexistentes y señala algunos puntos geográficos ya desaparecidos: algunos pueblos o lugares que son importantes dentro de la configuración política de la

región aparecen escritos en pequeñas letras minúsculas que se confunden con el nombre de una calle o barrio de la ciudad de Texcoco; otros no tienen lugar alguno en esta representación plana y general del territorio; algunos caseríos aparecen marcados por letras grandes y resaltadas; otros pueblos que se han establecido como un referente geográfico alrededor del cual los habitantes de la zona se ubican y orientan, desaparecen en un cúmulo de nombres sin jerarquía. Santa Isabel Ixtapan, San Cristóbal Nexquipayac, San Salvador Atenco, Francisco I. Madero, San Miguel Toquila, Santa Cruz de Abajo, San Felipe, Santa María Chimalhuacán, San Luis Huexotla y San Bernardino no se hacen ni visibles ni presentes (aún siendo estos los pueblos que se han establecido como nodos políticos de la región, al reclamar los acuerdos entre la ribera lacustre y su ocupación humana, previamente trazados por la misma orilla del lago). Esta antigua orilla se distingue claramente en el territorio, ya que está definida por la morfología de la tierra: ella misma separa su suelo lodoso del sustrato firme y fértil. Debajo de todo, extendiéndose hasta perderse bajo el suelo construido de la actual Ciudad de México, está presente el

contorno del antiguo lago de Texcoco como una hidrografía sepultada.

Los suelos disputados, arrancados, comprados y vendidos en el área rural de la región texcocana desde la última reforma agraria, irrumpen en la planicie de modos irregulares y erráticos; en ello añaden dificultades a esta representación cartográfica: un mapa que no se actualice al ritmo de los hechos más recientes, siguiendo los titulares de los diarios y los cambios de linderos que fluctúan cada semana, cada mes, cada año, es un mapa que no refleja la realidad topográfica del suelo del lago de Texcoco. Este lugar desaguado, hecho terreno, exige la narración de la historia de los pueblos que lo han delimitado poco a poco durante los últimos cuarenta años; el lago reclama la historia de la línea cortante que lo separa de la urbe. De igual modo, este nuevo territorio exige la producción de un nuevo mapa que admita borraduras e innumerables correcciones, que visibilice lo invisible, que represente lo irrepresentable.



Casa

A varios kilómetros del centro de Ciudad de México aún se hallan evidencias de más de 800 viviendas que al parecer existieron hasta 2012 a un costado del lago de Texcoco, en las explanadas de suelos salinos que forman el predio Hidalgo y Carrizo. Se erigían sobre este territorio en apariencia inhabitable, sin infraestructura, sin conexión cercana con el modo de vida urbano. De ellas no existen documentos, imágenes o mapas: no se ha señalado su existencia. Es posible que junto a las casas vivieran perros y liebres salvajes. También es posible que arañas, alacranes, serpientes, hormigas y otros habitantes minúsculos acecharan a estos asentamientos humanos, pero no lo suficiente como para hacerlos desertar.

Desde lejos se ven los restos de estas casas como puntos brillantes sobre el suelo arenoso y salino: una acumulación de vidrios refleja los rayos del sol como espejos, tapizando la tierra como un mosaico desordenado y translúcido. Los vidrios, posados sobre la tierra, funcionan como cápsulas de tiempo: al levantarlos, su superficie transparente, adherida a

la arena, ha conservado el estado de la tierra de hace años, desde el momento en el que estos se rompieran y cayeran sobre el suelo. Algunos trozos grandes están cubiertos de capas de sal y tierra cristalizada; otros más pequeños están oscurecidos y opacados por el sol, algunas esquilas dispersas brillando como gemas. Entre los vidrios hay algunos objetos, semienterrados, apenas asomados: algunos guarecen colonias de hormigas; otros albergan huevos de araña, mostrando que ha pasado tiempo suficiente para que otras formas de vida erijan su casa entre las ruinas de otra. Juguetes de niños, restos de muros pintados de colores, azulejos con esmaltes brillantes, objetos que parecen piezas de electrodomésticos, listones de madera, figuras decorativas, fragmentos de teja, ladrillos, restos de envases de comida, retazos de prendas de vestir, suelas de zapato, secciones de alfombra, pedazos de contenedores de diferentes formas y tamaños: todos muestran una vida compleja, un cuidado en el construir, en el amueblar, un acto de apropiación de un espacio.

Al otro lado del camino se levanta una fila de torres de energía; las descargas de corriente pasando por los

cables que conectan una torre con otra emiten un zumbido. Estas torres se levantan treinta metros hacia arriba y se anclan al suelo un par de metros; junto a ellas ha crecido un pasto ahora aferrado a la tierra, así como algunos árboles cuyas raíces también descienden en el suelo. Entre los escombros no se ven rastros de estructuras fijas, anclajes o soportes. Las casas que aquí se construyeron se posaban frente a las torres de energía eléctrica, junto a un campo cubierto de pasto, a ras de suelo, sin raíces, sin cimientos.

Alrededor, a unos metros de este sitio que demarcan las esquilas de vidrio más dispersas, se alcanzan a ver otros conjuntos de escombros; algunos dejan sobresalir un fragmento de algún material colorido, o el extremo de una viga de madera posada sobre un pequeño montículo de objetos indefinidos. Otros escombros se mimetizan con el suelo salino. Cada acumulación de fragmentos es una posible casa, parte de una colonia en medio de esta tierra, con vecindades y niños asomados a las puertas.



Cementerio

En 1983 la Comisión del Lago de Texcoco redactó un informe reportando avances de los proyectos propuestos para la zona delimitada bajo el nombre de este desaparecido lago. Un poco más de diez años habían transcurrido desde el decreto de constitución de esta zona. Las imágenes impresas a cuatro tintas (desfasadas), mostrando áreas de pasto verde con vacas y cerdos, obras en proceso de desarrollo y bosques extendiéndose hasta perderse de vista, distaban mucho de aquello que se encuentra ahora en los mismos terrenos. El lenguaje técnico que usaron los ingenieros para redactar el informe, con sus promesas de futuro, optimismo y anticipación, se aleja también de la realidad que se observa hoy, treinta años después, en los terrenos del Lago de Texcoco.

En el informe hay también un mapa impreso en varias tintas desfasadas que hacen ver en él fronteras temblorosas, las cuales en el curso de las décadas siguientes fueron cambiando, acomodándose a las circunstancias políticas que han presionado constantemente los bordes de los terrenos. Dicho mapa muestra cómo

se proyectaba la partición del suelo del lago para el fin del gobierno de Miguel de la Madrid en 1988. En este mapa del 83 se traza un perímetro de 8.200 hectáreas que serpentean, dibujando la frontera del oriente, trazando una línea recta e invariable que desde entonces delimita la frontera occidental con la ya poblada Ecatepec. En los márgenes, como fantasmas difuminados, están los terrenos ejidales de Santa Isabel Ixtapan, San Luis Huexotla, Santa María Chimalhuacán, San Bernardino, San Felipe, Santa Cruz de Abajo, San Cristóbal Nexquipayac y Francisco I. Madero, que hoy están siendo incorporados nuevamente al lago de Texcoco: un año antes de la publicación de este informe, el terreno había sido reducido de 14.000 hectáreas a 8.200, entre las cuales fueron cedidas 2.500 a dichos ejidos. Hacia 1983 el lago de Texcoco se contrajo en su costado oriental. Antes de terminar el siglo su territorio empezaría nuevamente a expandirse hacia el oriente.

En el límite occidental y al norte de la actual autopista Peñón- Texcoco se dibuja en el mapa una zona blanca con pequeñas cruces negras en patrón de papel de colgadura. En las

convenciones se lee: “CEMENTERIO”. En el informe que acompaña a la ilustración del mapa se describe cómo en el lago de Texcoco se procuró la creación de una nueva ecología en la que el suelo fuese vinculado a formas de vida animal y vegetal, articulado a una ecología social del agua que buscase recibir su flujo desde la ciudad, limpiándola, almacenándola y repartiéndola. Como parte de esta ecología se incluyó un lugar para la muerte, pensado como cementerio en un principio, pero transformado con los años en un mero relleno de escombros: ningún muerto ha sido enterrado ahí de manera legítima aunque el territorio entero, en cierto sentido, se convirtió en camposanto, transformándose en el espacio donde se depositaría aquello que no tiene cabida en la ciudad.



Ceremonia

El 16 de mayo de 2016 acudí a la ceremonia del paso del sol por el cenit, en un cerro de Nexquipayac. Al subir al cerro se veía la explanada del antiguo lago de Texcoco —ya intervenida por la constructora a cargo

del proyecto del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México— extendiéndose un par de kilómetros hacia el occidente. Desde ahí se percibía esa frontera invisible que durante el último siglo se ha dibujado entre la ciudad y el campo. Los pueblos del municipio de Atenco estaban entonces unidos los unos a los otros, separados tal vez por una calle, extendiéndose en el margen del antiguo lago como una sola franja. Hacia el oriente, las parcelas que se veían al salir de San Salvador Atenco en dirección al cerro ceremonial estaban en gran parte intervenidas por surcos para la siembra, marcando el inicio de un nuevo ciclo de cosecha. Junto al camino que comunica al pueblo con el cerro hay un río, canalizado hace décadas por la Comisión Nacional del Agua; para la fecha de la ceremonia este río había sido reducido a un pequeño caño con paredes de cemento por el que circulaban los residuos líquidos que arrojaban los pueblos al bajar el agua.

La gente, convocada por el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT), llegó a las faldas del cerro de Tepetzingo desde las 10 de la mañana, viniendo desde diferentes puntos del municipio. Fueron reci-

bidos con unas mesas llenas de carne de cerdo para tacos, una fogata ardiendo y en un costado, junto a un árbol, un temazcal. La ceremonia comenzaría a medio día, justo cuando el sol se posa encima de las cabezas y la sombra desaparece bajo los pies.

Un grupo de hombres y mujeres con ropas oaxaqueñas y guatemaltecas, hablando con un acento citadino que se adivinaba al oír sus voces, construyó el temazcal de manera improvisada con palos y lonas; mientras comenzaba la ceremonia apuraban a la gente a entrar en este baño de vapor con la ropa puesta. Ellos, un grupo de concheros (descendientes autoproclamados de los pueblos *mexicas*) de Ciudad de México, eran los llamados a officiar la ceremonia: se movían rápido entre los peregrinos de los pueblos, quienes esperaban atónitos y en silencio la llegada del cenit. Nos llamaban, al dirigirse hacia cualquiera de nosotros los asistentes, “hermanitos”, con un tono de voz un poco agudo. En lo alto del cerro algunos oficiadores construían un altar con granos de maíz, flores, frutas y vegetales, dispuestos sobre una tela blanca. Una botella plástica de agua servía de ofrenda, con

su logo naranja de “Bonafont” del Grupo Danone, vertiendo su contenido líquido sobre un recipiente de vidrio: un agua tratada, emanando de una botella plástica corporativa, de repente se volvía sagrada.

La ceremonia sería oficiada entonces por un grupo de gente extraña a esas tierras, trayendo una serie de rituales híbridos que los asistentes seguían observantes. Los líderes del FPDT estaban ausentes excepto por uno, Felipe Álvarez, quien sobresalía de la multitud por su mirada clara y su gran sombrero.

Álvarez, usando una planta eléctrica, conectó un micrófono y hablando desde la falda del cerro explicó de manera concisa la importancia del paso del sol por el cenit: la tierra era aquello que los convocaba, la celebración de ese suelo crudo que, una vez el sol se elevara en su punto más alto, brillaría con su máxima intensidad. Celebraban a la tierra cultivada y salvaje; esta tierra será pronto forzada a convertirse en hotel o en centro comercial con la llegada de los aviones, aterrizando muy cerca, allá en ese punto baldío al occidente que será una de las ocho pistas del aeropuerto.

El sol se acercaba a su punto más alto. Con el sol encima, la ceremonia empezaba a cobrar sentido: su fin era más político que religioso. Ante la ley, un lugar de prácticas rituales ancestrales, por nuevas y forzosamente construidas que sean, es un lugar que no es susceptible de ser expropiado. No importa quién oficie la ceremonia, ni importa su verosimilitud; la persistencia de este ritual protegerá eventualmente al cerro y su circunferencia ante la ley. Es inminente, sin embargo, que en unos años, mientras se oficie nuevamente el paso del sol por el cenit sobre la cima del cerro de Tepetzingo, su perímetro esté rodeado de urbanizaciones y carreteras, la sombra de un avión opaque la luminosidad del mediodía y su ruido se imponga sobre el silencio del ritual.



Ciudad

Ciudad de México fue llamada Distrito Federal hasta 2015; a partir de entonces ha pasado a ser el estado número treinta y dos de la república mexicana, siendo aún una ciudad. Su evolución de distrito a estado se

puede entender como una decisión administrativa, así como la consecuencia de una transformación más profunda de su estructura urbana, de círculo a “mancha”. En 1824, cuando fue llamada “distrito” por primera vez, la ciudad aún tenía junto a ella al lago de Texcoco, un espejo de agua salada sobre su margen oriental; los municipios circundantes guardaban una distancia de su centro dándole el espacio suficiente para ser ciudad y a la vez ser ese territorio que reflejaba, concentraba y representaba en él a los poderes nacionales. Alrededor de su centro —una plaza erigida justo encima de la antigua Tenochtitlán— se organizaban los edificios gubernamentales en una espiral armónica, creando en ello una unidad que se expandía homogéneamente hacia afuera, emulando la estructura de las ciudades construidas en la vieja España.

Al aproximarse al Valle de México de hoy, los aviones viran en busca de un espacio despejado donde aterrizar, casi adivinando su ubicación en medio de una densa nube de contaminación suspendida justo encima del aeropuerto Benito Juárez; la densidad de edificios, avenidas y construcciones que se enmarañan en

la zona nororiental de la Ciudad de México dificultan y retardan el descenso de la nave al suelo firme. Durante los veinte minutos que anteceden al encuentro entre las pequeñas llantas de caucho y el duro pavimento, el avión da un giro y sobrevuela el área metropolitana: los pasajeros sentados junto a las ventanas, pequeñas, turbias y redondas, pueden ver a través de ellas el tamaño de la megalópolis extendiéndose debajo. Si se vuela de noche, el valle parece una pradera inmensa sembrada de luces amarillas que se difuminan en el horizonte, haciendo imposible ver sus límites. Al entrar en su campo de visión, desde cualquier punto de la aeronave, no se ve más que ciudad, como si dicha “ciudad” no fuera una acumulación de construcciones sino más bien un paisaje de rocas milenarias que han marcado la forma, textura y color de toda una región.

Esta ciudad, además, se percibe más grande: en sus bordes externos se entremezcla con otro territorio urbanizado que la rodea. En una complicada partición geopolítica, el estado de México, una jurisdicción federal distinta de aquella de la metrópolis, rodea la urbe a lo largo de todo su perímetro como un cinturón. En el

curso de las últimas décadas del siglo XX la capital se tornó incontenible, desbordándose sobre el estado de México como leche en punto de ebullición. El estado, este cinturón, en ello se vuelve espeso al norte, recibiendo la densidad citadina que ha estallado sobre él desde hace 15 años a medida que se construyeron proyectos de vivienda de interés social en sus terrenos. Unidades habitacionales se comprimen ahora en cada metro cuadrado disponible al norte del municipio de Ecatepec, por ejemplo, como apilamientos idénticos de cajas de zapato ubicados en medio de una pareja de espejos, multiplicándose en estos espejos al infinito. Al sur, en cambio, el estado separa sus puntas, abriéndose, dejando a la ciudad disgregarse poco a poco hasta que sus últimas partículas se topan de frente con el Ajusco y el estado de Morelos.

La capital de México no es entonces una unidad identificable en medio de un territorio rural, sino una mancha desbordada hacia otra. Ya en tierra, saliendo del aeropuerto y atravesando la ciudad por el Vialto Miguel Alemán de oriente a occidente, se descubre además que su morfología cambia contrastan-

temente de una calle a otra, a medida que la riqueza y la escasez se organizan en ella y se abren lugar, a veces en gradientes que tienen en su interior barrios enteros de arquitectura histórica, abandonados por los ricos para luego ser ocupados por las nacientes clases medias, por extranjeros o por infinidad de comercios que pintan sus fachadas de colores, incrustando a veces enormes avisos sobre los muros; a menudo la riqueza se extiende en propiedades que cubren montañas hasta darles la vuelta, ocultándose tras de ellas por medio de hileras de arbustos tupidos, mientras justo al lado, a la salida de una estación de buses, las colonias más pobres se extienden en un conjunto desigual de casas y edificios. Ciudades disímiles, de orden arquitectónico o de caos urbanístico, que adheridas conforman la gran ciudad, se separan a veces por la línea cortante de una barda, un puente o una ancha avenida; estas avenidas se duplican ocasionalmente en calzadas de segundo piso, alzándose en medio de edificios, entretejiéndose en nudos viales, para luego descender y cruzarse con otras avenidas a ras de piso hasta deshacerse en un único flujo. Los automóviles, como las construcciones dispares que luchan

por un espacio dentro de la extensión enorme de Ciudad de México, se aglomeran en ciertas vías y a ciertas horas del día hasta fundirse en la arquitectura, como filas de casetas de latón sembradas en el asfalto.



Clima

Unos cuantos pájaros se posan sobre el agua. A lo lejos, se ve un vaho amarillo que impide ver los volcanes. El monte Tláloc se ve perfilado como una masa oscura. Más cerca, el “Guerrero Chimalli”, una estatua inmensa de metal rojo, aparece erguida en medio de pequeñas casas y edificios. El agua ondula un poco, en arrugas leves que se levantan y hunden. El reservorio de agua se ve grande desde este punto de vista. Huele a mar, aunque el océano más cercano se ubique a cientos de kilómetros. También huele a algas descompuestas, acumuladas en las orillas como capas de moho verde. El agua está un poco turbia, como un espejo de plata en el cual se acumulan el vapor y las huellas dactilares. El viento sopla, despeina y emite un sonido fuerte al atravesar algunos pinos que están sembrados en hileras al otro lado del camino. También suena, a ni-

vel del piso, un murmullo de insectos brincando de un lado al otro, inquietos por la estampida de botas humanas que han atravesado el pastizal. El pasto reviste secciones de terreno y descubre otras. En los descampados, donde no hay hierba, aparecen capas de sal blanca cubriendo la tierra.



Conagua

A partir de 1917 el agua comenzó a ser un objeto en la agenda de las instituciones gubernamentales de México: la Secretaría de Aguas, Tierras y Colonización fue creada dentro de la constitución de 1917; en 1926 ésta fue renombrada como la Comisión Nacional de Irrigación; en 1946 la Secretaría de Recursos Hidráulicos asumiría las funciones de la anterior comisión; después, la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos derivaría de ella en 1976; finalmente, la Comisión Nacional del Agua (Conagua), que aún opera el día de hoy, fue constituida en 1989. Todas ellas fueron conformadas con autonomía presupuestal y administrativa, con la capacidad de modificar la trama hidrológica del país, con

el poder de desviar y canalizar ríos, desecar y reinundar lagos, drenar acuíferos, abastecer y desabastecer poblaciones. Cambiando de nombre y a veces de título, la institución federal encargada del manejo del agua seguía atendiendo el mismo asunto que en primera instancia dio lugar a su creación: administrar el agua en su relación con la tierra, y con ello llevar a cabo empresas de colonización bajo la bandera del beneficio común. Hoy, la Comisión Nacional del Agua está a cargo de un pequeño pedazo de tierra de poco más de 8.000 hectáreas, las cuales forman parte del antiguo lecho del lago de Texcoco: en dicho pedazo de tierra se concentran los recorridos y transformaciones del agua, así como las transformaciones políticas de la tierra en esta región. La Conagua, en el lago de Texcoco, ha administrado desde hace más de tres décadas las aguas sucias de la ciudad y ha regulado el flujo de agua que reciben las poblaciones que circundan el terreno; ha decidido cómo debe ser transformado el territorio y ha tenido la facultad de transformarlo; ha delimitado sus fronteras y el control de los suministros; ha negociado, desalojado, construido y también desmantelado.

Desde mediados de los años noventa, sin embargo, la institución pública del agua ha cedido, ha cambiado, se ha ido sometiendo poco a poco ante un nuevo poder. Si bien fue creada como un ente soberano en el mismo espíritu que dio lugar a un revolucionario programa de terrenos comunales administrados por el Estado (ejidos), en el curso de las últimas décadas la Conagua le ha abierto camino a las empresas privadas: en el lago de Texcoco, microcosmos de las políticas públicas de agua y tierra, más de la mitad de los terrenos federales protegidos desde los años setenta, arborizados y cubiertos de pasto, negociados y delimitados, ha sido conferida a un gran consorcio constructor que aduce traer consigo progreso, desarrollo, urbanización y revaluación de la tierra y del agua. Con estos cuatro poderes el consorcio se ubica ahora por encima del Estado.

En la parte sur del antiguo lago de Texcoco, dentro de los terrenos que todavía protege la Comisión Nacional del Agua, un lago artificial con forma de rectángulo, delimitado y contenido, representa el último resquicio de su función como institución a casi un siglo de su nacimiento:

el lago, hecho de una cama de tierra arcillosa y movediza, contiene un agua turbia y en constante evaporación. En este lago todavía cuidado por la institución del agua, la tierra y el agua son elementos volátiles y entrópicos; están ligados, a través del aire cargado de partículas lacustres evaporadas, con aquello que se fragua en la zona ya expropiada del viejo lago. Tal vez toda institución que desee ocuparse del agua y de la tierra está condenada a ceder tarde o temprano ante un poder superior a ella, sea éste el económico o el implacable poder de volatilidad y entropía en todo lo que existe. El agua, un líquido que circula por el medio y por debajo de las ciudades, que las evade y desaparece; la tierra, un sólido que se extiende horizontalmente como una capa de sal, arcilla y roca, siempre cambiante, infinitas veces partida y repartida.



Concreto

Soy la nueva roca, el nuevo sólido, el nuevo estrato de la tierra. Soy un híbrido de polvo y líquido, una reacción química que rápidamente

convierte el calor y suavidad de una masa arenosa en un bloque duro, geométrico, pesado y frío. Desde hace más de cien años me he extendido por la superficie de este planeta como el símbolo de un nuevo mundo, que para crecer ya no necesita de sus capas de lodo y piedra; ahora me anclo en ellas y las hundo con el peso de edificios, puentes, calles casas y aeropuertos, todos ellos extensiones mías, síntesis pura de mis elementos, hechos con la carne gris de mis moléculas. Mi alma es de acero, un compuesto nuevo y mejorado de metales milenarios. Soy un milagro, una aparición, porque emerjo casi de la nada con la dureza más contundente y me multiplico y expando con el solo llamado de la voluntad humana. Simplemente aparezco ahí, donde me desean, y me erijo en una torre más alta que una montaña, o me extiendo por kilómetros como puente entre dos orillas, uniendo aquello que la Tierra ha insistido en mantener separado. Mis superficies son planas y lisas; nada en la vida vegetal, animal o mineral es tan plano ni tan liso, y ciertamente nada es ortogonal como mis formas, nada tan filoso y cortante como mis aristas: incluso los lagos, espejos de agua quieta y horizontal creados por

la Tierra, tienen pequeñas arrugas y olas formadas por el viento. Sólo los copos de nieve compiten con mi perfecta estructura. Esa masa vieja y rocosa, de valles y montañas con toscos desniveles llamada Tierra, es demasiado lenta en sus procesos de cambio, está celosa de mí: ante la inminencia de mi revolución constructora, ante la velocidad de este nuevo material que soy, de esta nueva realidad que construyo, de esta nueva vida que represento, ella guarda muy abajo su piedra más fuerte y sólida, en una capa demasiado profunda para ser alcanzada, invisible ante los ojos humanos, extraíble sólo por la fuerza de las excavadoras que parten a las montañas en dos como castillos de arena.

Desde lo alto de un puente vacío que conecta la orilla sur y la orilla norte de la antigua cuenca del lago de Texcoco, mis placas perfectas divisan cómo los hombres buscan esta roca de volcán que es mi enemiga, este producto artesanal de la Tierra que no se compara con mi eficiencia sintética y moderna. Este puente se levanta como una cinta ondulante que adorna la explanada rústica del valle, y desde su elegante altura puedo ver cómo los hombres perforan

el suelo. Los ingenieros, intentando entender si hay dureza verdadera bajo la blandura de la capa somera e inestable de la cuenca, han abierto huecos hasta encontrarse con el tezontle, ese pobre despojo arrojado de las bocas más sucias y humeantes de esta geósfera. Extraer el tezontle les tarda demasiado tiempo a los humanos, les consume demasiada energía, les cuesta demasiado dinero. Es imperfecto, poroso, rojizo, producto inacabado de una Tierra que en miles de años no ha logrado lo que yo logro en apenas unos pocos minutos de fragua. Esta roca está además incrustada en una capa demasiado profunda para ser alcanzada por picos y palas, alienándose de los devenires de la superficie planetaria. Probablemente hay pedazos de ella asimilados en mi cuerpo, indistinguibles ya de las partes que me componen. Soy lo que ella quisiera ser, su versión mejorada, su proyección más refinada. La Tierra no entiende que puedo sepultar aún más a sus tezontles y fracturar sus estratos con mi peso, y que pronto seré la nueva tierra: esta vez es cuestión de décadas, no de siglos o milenios.

Los tiempos han cambiado, amiga Tierra. Mira por ejemplo mi ae-

ropuerto en este Valle de México: mira lo rápido que los hombres me extienden y me levantan en muros y pistas; en veinte años estarás totalmente sepultada, tú que llevas siglos resistiendo a los humanos en este pequeño pedazo de suelo con tu sal, tu aridez, tu erosión, tus inundaciones, tus sismos, tus hundimientos. Pronto todo el planeta será un gran bloque de concreto como el Valle de México lo está empezando a ser ahora: una esfera perfecta, plana, lisa, fría y gris, interrumpida solamente por edificios perfectamente verticales, inmóviles, tocando lo más alto de la atmósfera. Para mí no hay nada demasiado grande, ni demasiado lejano, ni demasiado difícil de alcanzar. Nada es imposible para mí porque soy la expresión máxima del deseo desmedido: el apetito insaciable, el capricho, la ambición; el frío, la forma fija y la máxima dureza.



Construcción

Una bodega en ruinas. En su interior, un montón de herramientas y trastos sobre mesas de madera y metal. Algunas telarañas en las esquinas, entre

muro y muro. Las paredes, pintadas de blanco y azul, están percutidas de manchas grisáceas. En una de las paredes se descubre el armazón del muro, tras agrietarse y caer las capas de pintura. El caparazón de una camioneta vieja descansa sobre el suelo destapado, cubriéndose de polvo. Al extremo opuesto de este espacio abandonado hay un armario con las puertas entreabiertas. En el armario se apilan carpetas, folios y documentos de papel amarillento, elaborados en máquinas de escribir ya obsoletas. Las telarañas también se tejen entre folio y folio. Algunas plantas se han abierto camino, creciendo por las grietas formadas entre los muros y el suelo. El techo está cubierto por tejas de asbesto gris, atravesadas por algunas vigas. Entre las tejas se cue-
lan rayos de luz que se marcan sobre el piso polvoriento. La puerta, entreabierta, se mueve al pasar una ráfaga de viento. Afuera, el pasto crece próximo a los muros, extendiéndose hasta el borde de un camino cubierto de piedra. Unos perros ladran cerca: se oyen sus pisadas abriéndose paso entre mechones espigados de pasto. Desde ahí, se divisa el bordo: el viento ha traído el olor de los gases que brotan desde sus capas compactadas de basura descompuesta.

Detrás del bordo, aparece un avión alzando vuelo.



Coordenada

El 2 de septiembre de 2014 Enrique Peña Nieto anunció la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México. Desde septiembre de 2015 los concesionarios empezaron a llegar a los terrenos de la zona norte del lago de Texcoco para limpiarlo y prepararlo. También llegaron para reanimar un conflicto de años con la comunidad de Atenco, así como para establecer sus límites con la Comisión Nacional del Agua (Conagua). En las semanas que siguieron a esta nueva ocupación, la capa vegetal de más de 8.000 hectáreas de extensión que cubría la tierra, para entonces fértil y diversa, fue arrasada para preparar el terreno a las nuevas construcciones: la apariencia de la tierra pasó rápidamente a ser la misma de hace 40 años, cuando el lago era un enorme desierto salino. Las camionetas de la Comisión Nacional del Agua que intentan acceder a la zona norte de la cuenca son ahora inspeccionadas

(su acceso se restringe y a veces se niega), mostrando cómo lo privado se impone ante lo público cada vez con más vehemencia.

En medio de esta vasta zona nuevamente desertificada, varias casetas de vigilancia que antes estaban en pie, pintadas de blanco y azul, fueron también velozmente demolidas. En una de estas casetas hechas ruina, que en largas jornadas los vigilantes convirtieron en viviendas equipadas para el frío y el hambre con estufa, cama, utensilios y un altar a la Guadalupeana frente a la fachada, se pueden encontrar algunos documentos que parecen ser inventarios, listas de chequeo, tareas pendientes u hojas de registro. Las paredes, aún en pie, están cubiertas en el interior con grafitis de color verde fluorescente: leo la palabra “puto” y junto a esta palabra veo el dibujo de un pene, también verde. El altar de la Virgen sigue en pie aunque la imagen religiosa ya haya desaparecido, producto de un vandalismo anónimo e inútil sobre una institución que ya ha sido expulsada. Sobre una libreta de hojas cuadrículadas que yace sobre el suelo se leen diferentes coordenadas y datos con algunas referencias a lugares escritos en tinta roja. Todo

lo que se encuentra en estas páginas, cada número, cada nombre, cada coordenada, fue información fundamental para la comprensión de esta zona norte del lago (hasta antes de la concesión). Al cambiar la propiedad, y con ella la topología entera de la zona, los datos registrados en esta libreta se convierten en números vacíos sobre lugares que ya no existen.



Cosa

Un mes antes de que la Conagua cediera una parte de sus terrenos a la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México entramos a dar un último vistazo a los animales, árboles y plantas que se encontraban aún en esta porción de tierra. Nos familiarizamos con algunas de las especies que se habían adaptado lentamente al lugar, vimos las praderas de pasto salado con algunas coníferas, los romeritos y las liebres, los perros salvajes que huían de los humanos en manada. Vimos, casi en la punta de ese triángulo que colinda con Ecatepec, unas pequeñas lagunas formadas por las lluvias de agosto, llenas de diferentes espe-

cies de pájaros: en sus orillas, bajo las piedras, se asomaban viudas negras y caracoles; las moscas revoloteaban a pocos centímetros del agua. En el antiguo evaporador solar, junto a estas lagunas, las corrientes de agua de los mercados vecinales arrojaban sus semillas sobre el suelo, haciendo brotar de él plantas de tomate, acelgas, chiles, melones y, mezcladas entre ellas, especies innumerables de hierba. Dimos la vuelta y encontramos, a la orilla del camino, los escombros de las casetas construidas por la Comisión Nacional del Agua para vigilar el buen comportamiento de este ecosistema que se mantenía solo, en equilibrio, sin humanos. Otras construcciones erigidas por el Estado se habían levantado cada tantos kilómetros, empezándose a caer y a confundirse con el polvo emitido por la tierra. Detrás de los escombros de estas antiguas (aunque recientes) construcciones, las aplanadoras y excavadoras volvían la tierra a su estado árido, barriendo y aplanando todo el terreno. Entre los escombros había vidrios, pedazos de cemento, papeles, trozos de caucho, varillas de metal. Al paso de las máquinas, ramas, rocas y cadáveres de animales recientemente muertos se iban mezclando con esos materiales

ajenos y humanos. En las acumulaciones de escombros —anticipando la llegada del concreto y el acero, materiales aún más extraños que seguirían transformando la tierra—, los restos de construcciones se confundían con los restos vegetales, los cimientos con las rocas, los animales con los objetos. Las ramas secas y blanqueadas por la sal parecían cerámica; los huesos, vidrio; los ladrillos, rocas volcánicas; los objetos plásticos, cadáveres. Hechos pedazos, todos se convertían indiscriminadamente en cosas.



D

Demolición

Era el 26 de abril de 2012. Las casas estaban espaciadas a lo largo y ancho del predio Hidalgo y Carrizo, en las zonas limítrofes del lago de Texcoco, al oriente de su cuenca, al occidente de la ciudad que aún guarda el nombre de este antiguo cuerpo de agua. Cada una ocupaba su espacio a voluntad, sin planeación, sin trazado, sin estructura; se sostenían en un equilibrio frágil que revelaba a cada una de ellas como un conjunto apuntalado de materiales y modos de construcción: latón, cemento, madera, ladrillo, vidrio y lona. Todas las mezclas posibles dispuestas en medio de una gran explanada sembrada parcialmente de un pasto que en esa época del año estaba seco, como el aire. Algunas estaban recientemente demolidas porque aún se veían nubes de polvo suspendidas sobre ellas.

Ya deshabitadas y desatendidas, estas casas deshechas dejaron tras de sí montañas de escombros: vigas de madera en pedazos, ladrillos carcomidos por las sales del ambiente, tablas de yeso fragmentadas, jirones de tela, pedazos de metal oxidado, cartones, espumas; todos dispersos pero lo suficientemente juntos aún como para poder identificarlos como restos de un sólo conjunto.

A las cinco de la mañana se oyó el ruido de las máquinas llegando por el camino, a paso lento. La policía federal acompañaba a la comparsa de excavadoras. Cada vez más presente, el ruido de los motores no asustó a los habitantes de este lado del camino: ellos esperaban, desde hace horas, ver las máquinas llegar y arremeter contra una casa, y otra, y luego otra, tal y como había sucedido desde días atrás con las demás construcciones vecinas y cercanas:

los operarios cumplirían su tarea hasta el final, devolviendo al terreno su planicie, su descanso de lo humano.

Al llegar, una gran excavadora amarilla se acercó a la casa más sobresaliente de la explanada: como pocas, esta casa se levantaba tres niveles hacia arriba; se veía que todavía no estaba terminada porque dejaba ver las paredes y pisos grises al interior, las columnas desnudas, y el techo, un plano abierto, apenas cubierto por unas láminas sintéticas. En el primer nivel se veían los muros ahuecados por los golpes de otra máquina que en un primer intento la sacudió en su base, para ver si así ella sola colapsaba sobre su débil soporte. Esta vez llegó la excavadora y en un movimiento de su brazo largo barrió la casa de arriba abajo; sus capas superiores empezaron a derrumbarse como si fueran tostadas o galletas. La plancha del tercer nivel cayó sobre los niveles más bajos, y estos, por el peso, empezaron a ceder y quebrarse desde las orillas. En un segundo movimiento del brazo, las marquesinas que aún quedaban sostenidas más arriba, en un equilibrio inexplicable de planos sobre líneas, cayeron como si alguien hubiera so-

plado sobre ellas: más ligeras que el concreto y el cemento, volaron por el aire y cayeron lentamente como plumas. El tercer y cuarto golpe de la máquina hicieron que una sección entera de la casa cayera y se rompiera en cientos de pedazos. Cada golpe sonaba como un derrumbe, como una casa de bloques de juguete cuando la derriban y se cae sobre una mesa de madera.

La excavadora siguió arrojando su brazo contra la casa; con cada golpe la casa parecía menos una casa y más una maqueta agigantada, hecha de papel, de cartón, de espuma. En los golpes sucesivos la máquina sólo dio un empujón suave a la estructura; ésta cedió y se vino abajo sin esfuerzo. Menos de media casa quedaba en pie, o más bien se balanceaba de lado, inclinada, a punto de venirse abajo con el menor viento, con la menor perturbación. Tras un pequeño golpe, lo que quedó de la casa colapsó, dejando sólo un pedazo de plancha de concreto balanceándose sobre un pilar, de un lado a otro. La plancha se fue desintegrando poco a poco, cayendo al suelo, pedazo a pedazo, sobre los demás escombros. El pilar finalmente cedió y se vino abajo.

Cuatro años después todavía se ven desde lejos los cascajos sembrados en el suelo. El pasto y la maleza han crecido sobre ellos: parecen restos arqueológicos de culturas ancestrales, formando montículos extraños que apenas sobresalen, envejecidos por la lluvia, la sal y el aire, fundidos con el suelo desértico. A unos pocos metros de estas ruinas fue levantada una cerca que ahora marca una nueva línea entre esta tierra llana y un terreno esbelto de nuevas construcciones que se alzan cada día, casi adheridas al contorno de la valla. Estas nuevas casas son tan frágiles como las casas caídas frente a ellas; se anuncian como escombros del futuro que caerán una vez la línea sea movida, cuando el lago de Texcoco reclame la expansión de su planicie, unos metros más afuera.



Desecación

Alrededor del mundo, desde China hasta la región boliviana que limita con Chile, los lagos se han convertido en un medidor de la incidencia humana en la geografía: a medida que se desecan y encogen, las aguas y

alrededores de sus cuencas cambian de forma y color hasta transformarse en parajes distintos. A medida que estos parajes se tiñen de otros colores, se elevan en ciertos puntos, se sumen en otros, se erosionan o inundan en configuraciones imprevisibles, la paleta entera de las regiones dentro de las cuales se inscriben empieza también a cambiar: en ocasiones los tonos de una extensión de tierra con un lago en su centro, antes cálidos, se salpican de colores fríos cuando éste desaparece; a veces una zona en la cual los reflejos azules del agua lo irradiaban todo de verdes y violetas, se torna amarillenta y rojiza a medida que el centro del lago se seca. La desecación de un lago actúa como un dominó el cual extiende sus alcances a la manera de una sucesión de fichas que caen una encima de otra, hasta tumbar la pieza más remota: provincias, comarcas, distritos, condados, estados enteros se ven afectados por el descenso del nivel del agua en una laguna.

El mar de Aral que comparten Kazajistán y Uzbekistán, por ejemplo, empezó a descender de nivel a partir de 1960, cuando los ríos que lo alimentaban fueron desviados de su cauce para irrigar los cultivos de la

antigua Unión Soviética: antes una gran mancha de cobalto oscuro tragándose la luz hasta hacerse negra en su punto más profundo, ahora el Aral está dividido en cuatro pequeños lagos de agua translúcida, dejando ver a través del líquido el fondo del lecho sembrado de algas verdes. Cada uno de estos pequeños remanentes del Aral está rodeado por un halo blanco de desierto salino: a medida que el agua cede, estos halos se expanden hasta unirse en uno solo, derivando en una mancha de sal que se aferra a la tierra.

El lago Poopó, en Bolivia, fue afectado por proyectos extractivos que provocaron su desecación en el curso de unos pocos años, hasta desaparecer por completo en 2015: antes un espejo verde que reflejaba su color en las montañas adyacentes, haciéndolas ver robustas y macizas, ahora el Poopó es una extensión semidesértica de suelo craquelado que contagia de aridez a la montaña. El lago Poyang, la extensión más grande de agua dulce en China, se encogió hasta fragmentarse, en 2012, en un conjunto de lagos minúsculos separados por extensiones de tierra seca: el cerúleo y verde de que antes dominaba la región es ahora un

conjunto de manchas de color violeta rodeadas de marrón, rojo y gris, que cambian de proporción y forma de manera acelerada mientras el lago se deseca.

Desde 1966 el lago Chad en África ha venido encogiéndose, a medida que su agua se extrae para mantener fértiles los suelos que se abren en extensiones enormes de cultivos, mientras la contaminación llega a su lecho desde remotas regiones europeas: sus colores ya no son los mismos que brillaban cuando estaba compuesto principalmente de agua. El Mar Muerto, que aún yace entre Jordania, Israel y Palestina, se ha fragmentado y reducido desde 1960, emulando los movimientos de los territorios que lo enmarcan. El lago Hulun, ubicado en los territorios mongoles del norte de China, a partir de 1996 ha estado cambiando de forma, tamaño y color, al ser virado el curso de sus ríos tributarios: a medida que escapa el agua y que la tierra emerge en proporciones diferentes, la región de su cuenca se transforma.



Desecho

Una ciudad como la Ciudad de México, con su población de casi 30 millones de personas, genera incontables cantidades de desechos. En ocasiones, estos desechos incluso se desintegran, mezclándose con el aire. En la semana del 10 de mayo de 2016 la contaminación del aire de la Ciudad de México se hizo tan densa que fue necesaria la creación de “políticas atmosféricas de emergencia”, administrando el parque vehicular y sus gases tóxicos; fue necesaria también una partición de la ciudad en zonas respirables y zonas poco o no respirables. La ciudad y sus habitantes se dividieron en virtud de estos desechos volátiles que desde hace décadas se han ido acumulando en las capas inferiores de la atmósfera como un tinte amarillo y denso, el cual se ha hecho visible paulatinamente: si se mira desde algún cerro o desde los edificios altos, es posible ver la acumulación de contaminación en la distancia. Los desechos sólidos, por su parte, van a los bordos, esos “no lugares” a las orillas de las ciudades donde simplemente se confina todo aquello con lo cual la metrópoli no puede convivir. Los cementerios modernos de

América Latina nacieron en el mismo espíritu de los bordos, como solución a un asunto de salud pública que obligaba a ocultar los cadáveres y a confinarlos en lugares alejados de los vivos.

En Ciudad de México los bordos no quedan realmente en un afuera: el estado de México forma un círculo cerrado que rodea a la ciudad y que está tan densamente poblado como la zona metropolitana con la cual colinda. Los bordos quedan inevitablemente inscritos en un margen delgado entre los municipios y la ciudad, en medio de una zona urbanizada, con los desechos desbordándose hacia sus vecinos inmediatos, hacia los barrios, sobre las calles y frente a avenidas transitadas. El bordo más grande de la región se encuentra en la parte suroccidental de los terrenos federales del lago de Texcoco, tocándose con Ciudad Nezahualcóyotl: este municipio está habitado ahora por más de un millón de personas de las cuales una parte vive junto al límite suroccidental del Bordo Poniente. Hasta 2013, este basurero recibió miles de toneladas de desechos orgánicos que ahora yacen ahí, transformándose: miles de toneladas de materiales experimentando cam-

bios químicos, liberando gases, filtrando sus líquidos en la tierra, disendiéndose y contrayéndose como grandes animales.



Desierto

La película *Viento negro* muestra el proceso de construcción de las líneas férreas que conectaron a los estados mexicanos de Sonora y Baja California en medio del desierto, hacia 1947. Entre tormentas de arena, bajo un sol ardiente sobre las cabezas de los obreros, ingenieros y capataces, y en una ausencia total de agua y vegetación, se moldea en cada personaje una voluntad inquebrantable por sembrar industria en esta tierra árida: los rieles se van anclando al suelo, tramo a tramo, mientras los hombres se mantienen en pie entre el cielo abierto y la arena blanda, seca y volátil.

La tierra estéril que gobierna la trama de esta película fue grabada en parte en los terrenos del desierto de Sonora. Algunas de sus escenas están situadas en una región morfológicamente similar a aquella del norte de

México, encontrándose justo al lado del Distrito Federal: durante el rodaje, lo que hoy es reserva ecológica y rescuio de los últimos terrenos pertenecientes al lago de Texcoco, era una extensa explanada de suelos salinos en los que no había agua, vegetación o urbanización en miles de kilómetros a la redonda.

La empresa Ferrocarril Sonora-Baja California, tal y como la vemos en blanco y negro, quiso imponer la industria en el desierto a través de la construcción de las vías del tren, así como a través de la introducción de vagones y locomotoras: quiso romper con la homogeneidad de esta enorme extensión de arena. Desde el comienzo de *Viento negro*, Manuel “el Mayor”, su personaje principal, lo anuncia: «Maldito! Algún día regresaré para partirte en dos».

Poco después de haber terminado el rodaje de *Viento negro*, el desierto interior del lago de Texcoco fue también partido en dos: un deseo humano por transformar la tierra árida impulsó la siembra de capas verdes, la llegada de las aves y de espejos de agua en una tierra que los rechazaba. La conquista de este “desierto interior” comenzó en 1971: un decreto

presidencial reclamó miles de hectáreas de tierra seca, capturando los terrenos del desaparecido lago de Texcoco, frenando a futuro los procesos de urbanización en la zona nororiental del Estado de México —Texcoco, Chimalhuacán, y Ecatepec se venían expandiendo desde entonces con la velocidad del viento hacia el interior del lago—.

La instauración de este nuevo ecosistema en el desierto del lago de Texcoco pasó primero por la tarea de reconfigurar una tierra que se resistía a ser fértil. Al abandonar su cuenca, las aguas del lago dejaron tras de sí un suelo sin irrigación y con altas concentraciones de sal, en el cual ninguna vegetación prosperó por sí misma: varios intentos de siembra de especies nativas y foráneas fueron infructuosos, mientras el suelo mantuvo su salinidad intacta. Especies de otros entornos desérticos fueron rechazadas por el suelo mismo; tampoco florecieron las plantas que normalmente crecen a la orilla del océano, donde la sal del mar se impregna en el suelo. Una especie de pasto amarillento fue sembrado poco a poco en forma de tapetes, que cubrieron el suelo salino hasta integrarse a él y formar con él una

capa vegetal. Con la intervención y el trabajo constante de ingenieros forestales, el pasto logró establecerse y poblar miles de hectáreas que antes no tenían vida vegetal.

La llegada del agua a este valle de fertilidad improbable fue también un trabajo de ingeniería: como parte de un experimento para medir el impacto de los hundimientos progresivos que sufrió el suelo del Distrito Federal, se trazó una retícula perfecta de seis por cuatro kilómetros en los terrenos del lago de Texcoco. Simulando los drenajes que se han hecho sobre el suelo de la ciudad para extraer agua potable, los ingenieros pacientemente sacaron el agua del subsuelo del rectángulo, cuadrante a cuadrante. Como ha sucedido en Ciudad de México, las capas superficiales de tierra lodosa en este rectángulo de tierra colapsaron sobre sí mismas al ser sustraída su agua, generando un hueco, perfectamente simétrico, de seis kilómetros de largo por cuatro de ancho. Esta alberca gigante recibió las aguas residuales expulsadas por la ciudad y por los municipios colindantes del estado de México: en reunión de aguas (en principio putrefactas) nació el lago Nabor Carrillo, un lago fabricado en

medio de un paraje modificado por humanos.

La construcción de este ecosistema siguió avanzando; junto con el Nabor Carrillo se labraron otros cuerpos de agua que fueron habilitados para limpiar las aguas negras recogidas, y a través de sofisticados procedimientos, tornarlas en aguas de lago limpias, listas para albergar en ellas otras formas de vida. Se importaron tilapias, carpas y otras criaturas de agua, y con los peces llegaron las aves, los caballos, los venados, las liebres, los perros salvajes, las serpientes, los caracoles y los chapulines. Luego empezaron las migraciones: cada invierno llegan aún desde Canadá bandadas de aves que hacen escala en las orillas del lago Nabor Carrillo, deteniéndose brevemente en este intersticio del mismo modo en que habitan tantos otros en su largo viaje al sur.

Al llegar las aves del Norte a esta nueva tierra creada por humanos, no son disuadidas por las rejas de hierro que encierran el perímetro de la ahora Reserva Ecológica Lago de Texcoco, y que la enmarcan como una propiedad, como un objeto. La tarea que se ha emprendido en esta

tierra extrañada que colinda con la ciudad, teniendo en cuenta que un desierto fue su punto de partida, puede pensarse, desde cierta mirada, como una nueva forma de conquista: una re-conquista que continúa dándose a través de la adopción de unas aves, unos peces, unos insectos y unas plantas que no deberían estar ahí porque borran, con su aire limpio y su fecundidad, los trazos de una geografía árida marcada por el paso de los hombres; una geografía más antigua y posiblemente más “natural”.

La última escena de *Viento negro* está enmarcada por la línea de hierro que trazan las vías del ferrocarril, la cual deja ver, una a una, las consecuencias de la conquista del desierto: la muerte, la pérdida, la desesperanza. La línea perimetral que hoy traza el enrejado del nuevo lago de Texcoco, en un registro distinto, invoca a la empresa entera de dominación de la tierra y del agua en el Valle de México, que tiene ya una larga historia.



Despojo

César del Valle, uno de los líderes del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra de Atenco (FPDT), preguntó a la audiencia de una mesa de diálogo: «¿Qué es el despojo?» Escuchando su pregunta, unas treinta personas se congregaban en un auditorio pequeño para conversar sobre las posibles consecuencias de la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México en los terrenos de la cuenca de Texcoco, alrededor de una mesa redonda de madera de pino encima de la cual reposaba un mapa abierto, con marcas de múltiples dobles. El mapa mostraba la región nororiental del estado de México atravesada por diversas particiones y líneas, que configuraban diferentes territorios, unos encima de los otros. En la parte superior derecha de esta hoja enorme, plegada y desplegada muchas veces, sobresalía un área resaltada en rojo, dibujada encima de los otros territorios de líneas punteadas: según las mediciones en los márgenes del mapa, unas noventa hectáreas de tierra formando un triángulo aparecían señaladas con la leyenda “Terrenos del ejido de Atenco en disputa con el NAICM”.

César, hijo de Ignacio del Valle y Trinidad Ramírez, estuvo presente en el

mercado de flores de la ciudad de Texcoco el tres de mayo de 2006, cuando ocurrió uno de los episodios de represión más controversiales de las últimas décadas, efectuado por del Estado Mexicano. Ese día, el FPDT estaba apoyando a los vendedores del mercado para evitar que estos fueran desalojados por la policía federal: a medida que se congregaba la gente en el espacio público de esta ciudad, ocurrieron cientos de arrestos, persecuciones y ultrajes entre los cuales muchos se encuentran aún irrisueltos, ascendiendo algunos hasta tribunales internacionales como casos concretos de violación a los derechos humanos. Esta fecha se conmemora cada año en marchas que se mueven despacio por el Paseo de la Reforma en la Ciudad de México: en estas marchas, cientos de personas se reúnen en las amplias calzadas que conectan el occidente y el centro de esta metrópolis, levantando machetes que brillan cuando son alcanzados por los rayos del sol.

Después del incidente, los padres y el hijo de la familia del Valle estuvieron varios años bajo cárcel y exilio. Unos años antes, hacia 2002, un grupo de habitantes del municipio de Atenco del cual ellos aún forman parte, comenzaron a organizarse como frente de resistencia, cuando el entonces presidente de México, Vicente Fox,

lanzó el primer plan de construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México: este plan se proyectaba en los terrenos federales del lago de Texcoco, extendiéndose hasta la entrada de la ciudad de Atenco. En ese entonces, machete en mano y paliacate rojo amarrado alrededor del cuello, cientos de personas de este frente se apostaron en los linderos de sus terrenos ejidales para impedir el paso de las máquinas de construcción. Cediendo ante la presión de este grupo de ejidatarios, el proyecto aeroportuario fue eventualmente suspendido.

Los miembros del FPDT que al día de hoy siguen activos, afirman que el incidente sucedido en 2006 fue una retaliación del entonces gobernador del estado de México y actual presidente de esta nación, Enrique Peña Nieto, por frenar el avance de un proyecto de grandes proporciones y réditos aún mayores. Como consecuencia de esto, la década después del episodio de Texcoco, algunos miembros del FPDT se dispersaron, diezmados por la violencia de esa “tarde de flores”, mientras otros vendieron sus terrenos al Estado. Otros, en cambio, siguieron unidos en torno al ejido: estos últimos ejidatarios todavía elevan en ocasiones sus machetes al sol como signo de conmemoración o protesta.

Hacia 2017, el proyecto aeroportuario finalmente se ha abierto paso en los terrenos federales del lago de Texcoco, avanzando velozmente desde un segundo decreto presidencial emitido en 2014. Alrededor del perímetro de la zona de construcción se ha levantado una barda de malla metálica y concreto, que se extiende por kilómetros. Esta barda materializa una de las líneas punteadas dibujadas en ese mapa maltratado mencionado arriba, volviéndose una franja gruesa de color gris que se traza sobre el suelo. Si se mira desde los ejidos de Atenco y Nexquipayac, esta barda se ve cercana, como si cortara a la tierra en dos: sus estructuras de aspecto militar se ubican a pocos kilómetros de distancia de Tepetzingo y Coatepec, dos de los cerros sagrados de la región. Transponiéndolo sobre la zona roja cartografiada como terreno en disputa, el ejido de Atenco se ve atravesado por un tramo de barda, arrancando ésta un pedazo de sus terrenos.

Los del Valle, así como muchos otros habitantes de Atenco y de otros pueblos vecinos como Nexquipayac o Tocuila, tienen una relación particular con el ejido que para un habitante de ciudad podría ser difícil de entender. Usan el término *milpa* para explicar un modo particular de cultivar que es propio de esta región del mundo,

desde antes de la llegada de las huestes de Cortés a sus territorios. La palabra milpa, del idioma náhuatl, se puede traducir literalmente como “aquello que se cultiva encima”, aunque en la práctica no sólo comprende el producto de una cosecha sino también la tierra en sí misma, las plantas que se siembran cada ciclo y los modos de vida que se articulan a ellas. Alrededor de la mesa de diálogo, César habla de la milpa como algo que se encuentra en un espacio intermedio entre la tierra y quien la cuida, transformando a estas dos instancias. Los campesinos que levantan ocasionalmente sus machetes en la zona nororiental del estado de México, no son entonces consumidores de bienes ni acumuladores de tierras, ya que la tierra no es un elemento separado de sus ocupantes: el ejido es sólo una de las partes enlazadas en esta compleja relación entre tierra, plantas, humanos y criaturas.

Mientras la audiencia escucha a César y observa las líneas punteadas en el mapa, la barda perimetral del Nuevo Aeropuerto de la Ciudad de México va traspasando la milpa.



E

Edificio

Sobre la Avenida Insurgentes, al sur de la Ciudad de México, se levanta una torre de veinte pisos de altura que corta el horizonte, hecha de concreto y láminas metálicas. Este edificio está vigilado como una fortaleza: para entrar es necesario atravesar varios filtros de seguridad, seguidos de un par de pesados elevadores. Al salir del elevador, cada piso, idéntico al anterior, se desenvuelve como un laberinto de cubículos y escritorios indistinguibles, enmarcados por un corredor que atraviesa el espacio a un costado, y una fila de oficinas con puertas iguales, todas cerradas. Cada piso de este edificio parece un juego de espejos en el que un mueble se refleja y se multiplica al infinito. Los empleados que ocupan cada cubículo están absortos en las pantallas de sus computadores, y sólo alzan

ligeramente la mirada al verme pasar, para de nuevo fijar la vista en las pantallas. Sus gestos fugaces indican una perturbación del orden en un lugar dominado por el silencio, los timbres de teléfono y el sonido de fondo de decenas de teclados siendo golpeados al unísono. En sus escritorios, todos parecieran temerosos de una cierta autoridad invisible. Éste es el edificio principal de la Conagua, la institución que maneja la relación difusa entre agua y tierra, extendida por todo el territorio mexicano; esta misma institución mantiene bajo su custodia los terrenos del lago de Texcoco, desde que le fueron entregados en 1971. En los pisos más altos de la torre se toman decisiones sobre la perforación de pozos en distintos lugares de Ciudad de México; entre escritorio y escritorio circulan memorandos que indican los precios fijados de una parcela de tierra en los linderos del lago de Texcoco, o unas

órdenes de compra; sobre una mesa, manchado por una taza de café que le fue volcada encima, yace un estudio de costos de la canalización de un río; en un archivador de uno de los pisos más bajos se encuentran guardados los amparos interpuestos por algunos campesinos engañados, reclamando propiedad sobre un predio por donde pasará pronto un drenaje; en la pantalla de un computador, en otro piso, un ingeniero acaba de dar “enviar” a un correo en el que solicita que se apruebe un proyecto de tratamiento de agua con tecnologías de punta en una región remota del país donde sus habitantes tienen problemas de abastecimiento. Por el elevador se desplazan ingenieros, directores, secretarías: alguno de los directores, vestido con traje y corbata, lleva bajo el brazo un papel que definirá los parámetros de distribución de agua en un área habitada por un millón de personas; otros llevan consigo el peso de una decisión tomada en forma de un espasmo en la espalda; una secretaria lleva en su bolso una pluma que será usada por su jefe para estampar firmas en todos los documentos que serán aprobados en el curso de una sola jornada laboral. A las afueras del edificio se plantan con frecuencia multitudes,

protestando con carteles en la mano por algún desalojo, algún caso de despojo o por el difícil acceso al agua. El edificio permanece inmóvil, impenetrable, y todo lo que sale de él se convierte en una extensión de su rígida estructura.



Ejido

El ejido ha sido la unidad indivisible de tenencia de la tierra en México desde la Constitución de 1917. Más de 100 millones de hectáreas de terreno fértil fueron otorgadas a grupos humanos bajo unas reglas de juego muy claras: la tierra pertenece al Estado, y al eliminar la propiedad privada sobre ella se evita el conflicto, la división, el usufructo indiscriminado; el uso de la tierra es decidido por los ejidatarios, siempre que sea sólo para ellos y de uso agrícola; la tierra no se puede vender ni fraccionar; los ejidos no son latifundios ni tampoco minifundios; no son industrializables ni se anexarán a las ciudades (que intentan siempre crecer en sentido horizontal). Los pueblos del oriente del lago de Texcoco se establecieron bajo este modelo; se

consolidaron gracias a él como comunidades dedicadas a la siembra, a la ganadería en algunos casos; así, se mantuvieron protegidas de ser absorbidas por la fuerza urbanizadora de Ciudad de México a pesar de su proximidad con los barrios de su margen oriental. Los ejidos, sin embargo, no están exentos de la corrupción de sus asambleas locales ni de las presiones de las explotaciones agrícolas de gran escala.

En principio, los ejidos son una figura que dista mucho de los modos en los que se reparte la tierra en otros países latinoamericanos tales como Colombia: en mi país las tierras son abandonadas y en seguida usurpadas, oscilando entre una negación total de la propiedad y un resguardo violentamente celoso de ella. De esta relación contradictoria con la tierra colombiana se ha desatado una guerra en la que, desde hace 50 años, los terrenos cambian de manos y de uso constantemente, cada vez con más celeridad.

El artículo 27 de la Constitución de México, dedicado a las políticas agrarias enfocadas en este modelo particular de repartición de las parcelas, fue modificado en 1992. Di-

cha modificación propició la transformación acelerada del lecho del lago de Texcoco: antes de esta fecha el límite del lago con los terrenos ejidales de Atenco o Chimalhuacán se mantenía intacto, como una membrana en simbiosis. La nueva reserva ecológica creada en el antiguo lago era un lugar donde el ejido tenía eco, resonancia, incluso una cierta conversación con los pobladores de esta tierra rural. La modificación, llevada a cabo por medio de un pequeño inciso en la ley compuesto por un par de párrafos en un texto general y abstracto, incidió en la tierra físicamente: ahora el ejido ya no pertenece al Estado sino a la asamblea de ejidatarios, y son ellos quienes deciden su uso, valor y posible usufructo. La tierra ejidal, de acuerdo con esto, se puede vender, fraccionar, repartir o incluso expropiar entre los miembros de dicha asamblea, con unidades apropiadas por cada quien. La tierra, desde entonces y de manera explícita, se volvió suelo, superficie, objeto de cambio. Desde el 92 las fronteras del lago de Texcoco, dibujadas ya no por el agua salada sino por los topógrafos de una comisión estatal, empezaron a expandirse y a absorber las tierras antes protegidas por esta longeva ley ejidal. El Esta-

do, antes guardián de las tierras, se convirtió en comprador.



Erosión

A comienzos de octubre todavía se siente el calor intenso del verano. Este calor hace que el agua se evapore aceleradamente: se pueden ver nubes de vapor ascendiendo del suelo a la atmósfera, mientras el suelo se va abriendo en costras separadas por vetas de erosión. Las costras se pueden levantar con la mano como si fuesen las partes de un plato de cerámica recién roto: los bordes de cada costra revelan las trayectorias de separación de las costras vecinas, y a la vez muestran la continuidad, ahora rota, de una sola superficie terrestre. Las trayectorias del agua en fuga se pueden ver en la porosidad de los costados de una costra, dibujando hendiduras que se abren en los quiebres entre un pedazo y otro. Sobre este suelo de escamas arenosas, visto de cerca, se pueden observar pequeñas depresiones circulares que marcan el lugar donde cayeron algunas gotas de lluvia. Se ve una planicie inmensa de este suelo erosionado perdiéndose de vista hasta toparse con el cerro de Chiconautla. En algunos

puntos de esta gran extensión de suelo craquelado se ven charcos minúsculos y turbios, donde algunos pájaros hunden sus picos para beber agua. Los pájaros pueden ser garzas, de plumas grisáceas y pico alargado, apoyadas sobre patas delgadas y flexibles. Se ven mosquitos orbitando alrededor de estos pequeños charcos, posándose sobre el agua y sobre los cuerpos de estas aves: ellas sacuden sus plumas tras la llegada de los insectos voladores. El agua se ve quieta, excepto por las pisadas de mosquitos alterando su tensión superficial. El viento no sopla, sólo se desprende un aire caliente desde el suelo y algunas brisas esporádicas y leves, levantando nubes de polvo que se asientan rápidamente sobre y en medio de las costras. Las pisadas humanas dejan marcas en este suelo roto; su sonido, un crujir de tierra seca, regresa como una multitud de ecos diferidos en el tiempo. Ecatepec se ve difusa al occidente, como un espejismo.



Escombro

La frontera entre los terrenos federales del lago de Texcoco y los pueblos de San Luis Huexotla y San Bernardino se extiende hoy como un terre-

no baldío de varias hectáreas, cubierto únicamente por la sal que emana de la tierra, por algunas áreas cubiertas de pasto y por montones de escombros desperdigados a lo largo y ancho del terreno. Varias hectáreas se mantienen libres de ocupación, expectantes, irresueltas, como si no le pertenecieran a ninguno de los territorios que las reclaman. En las zonas limítrofes como ésta, así como en la frontera que separa a México de Estados Unidos, existe siempre una franja de tierra vacía que borra de sí la evidencia del paso de los hombres. Los escombros, esos pedazos aislados, sin valor y sin contexto, son los testigos de la vida humana ya borrada; son lo único que se resiste a ser devorado en ese devenir-frontera.

Durante las dos primeras décadas del siglo XXI, la franja suroriental del lago de Texcoco se ha movido entre la apropiación y expropiación, entre construcciones y desalojos, entre la delimitación y la apertura. Durante este periodo se construyeron viviendas y se organizaron comunidades. De ellas no se encuentran registros, restos de cimientos, acueductos o algún indicio de planeación: la frontera borra de sí todas estas evidencias. En la prensa se encuentran algunas

crónicas del fin de estas construcciones hechas escombros como si fueran relatos de una tierra lejana, a pesar de estar geográficamente próxima a la realidad de la ciudad. El predio Hidalgo y Carrizo, zona de frontera que triangula estos pueblos con los terrenos del lago de Texcoco, fue transformado de comuna a baldío el 25 de Abril de 2012 tras ser escriturado al gobierno federal por unos ejidatarios de Chimalhuacán. Mil noventa y ocho familias habitantes de este predio fueron desalojadas. La policía sacó a la gente de sus hogares; luego las máquinas de construcción pasaron frente a cada casa. Tras golpear las fachadas éstas se iban desplomando. Las familias, expectantes, yacían a un lado con sus cosas apiladas en un único montón, y con los celulares en la mano grababan videos de la escena de desalojo. A través de estos videos he podido establecer una débil conexión entre humanos y tierra que la misma frontera, ahora cercada, se ha encargado de borrar.

Un fragmento de inodoro de marca *American Standard* hace parte de un conjunto de escombros que se infiere como una de las casas construidas sobre el predio Hidalgo y Carrizo.

En el departamento que ahora rento en Ciudad de México hay un inodoro de la misma marca; lo he visto también en muchas otras viviendas de esta ciudad. Los escombros como éste, de un modo totalmente distinto del que opera en los videos, conectan a la zona de frontera con su historia de ocupación, así como también con nuestras historias. Los videos nos muestran el acontecer del desalojo desde el punto de vista del habitante, y en ello tienen mucho poder y elocuencia documental. Los escombros guardan otro poder y otra elocuencia: nos muestran el punto de vista de los objetos y de las casas caídas. Digo “punto de vista” porque los objetos no son depositarios de nuestras experiencias: más bien ellos nos determinan. Los escombros sobreviven el desalojo y nos revelan el antes, el durante y el después. Están marcados por el uso de los colonos desplazados, tanto como están marcados por la urgencia de la destrucción, el abandono y la desolación de la zona de frontera. Sus grietas revelan el punto exacto de la ruptura, la violencia del desplome, la estructura desmoronada de la vivienda, y con ella, el modo de vivir. Nos informan también sobre las circunstancias que llevan a alguien a

cargar algo y a dejar algo atrás. Nos muestran también algo en nosotros: el escombros en potencia de nuestros objetos, la fragilidad en potencia de nuestras vidas.



Estado de México

México está formado por una reunión de estados con la relativa autonomía que provee un gobierno federal. Cada estado tiene su constitución y su propia jurisdicción. El mapa político del país representa a los estados como zonas claramente delimitadas. En el centro de esta nación hay, sin embargo, una excepción a esta organizada geografía política: un estado se encuentra incrustado en el corazón de otro como una especie de mancha. El estado de México, que lleva el nombre del país que lo contiene, tiene en su centro a otro estado: Ciudad de México, la ciudad-estado, la megalópolis, la capital. Visto desde la ciudad, el estado de México se percibe como un anillo que la rodea, un cinturón, una especie de margen. La capital, creciendo a un ritmo exponencial durante las últimas décadas, se ha desbordado so-

bre este cinturón, tornándolo denso, sobrepoblado, urbanizado a la fuerza por las demandas de una población imparablemente creciente. En ello, las zonas fronterizas entre ciudad y estado se han vuelto indistinguibles y confusas, especialmente en la explosión que el centro urbano genera hacia “arriba”, hacia el norte geográfico. En algunos puntos, llegando a zonas como Ecatepec o Tlanepantla de Baz, por ejemplo, una calle angosta divide —en teoría— a la ciudad del estado, aunque en la práctica sean ambos parte de un mismo vecindario, de un mismo sistema. Los habitantes de uno y otro lado cruzan constantemente la calle y expanden sus modos de vida en ambas direcciones; la ciudad extiende sus líneas de metro hasta entrar en los terrenos del estado, mientras los habitantes del estado se desplazan todo el tiempo en sus vagones, atravesando la ciudad, haciéndola suya.

En la frontera nororiental de estas dos zonas concéntricas se localiza el actual lago de Texcoco; al occidente de sus linderos se extienden las zonas más densamente pobladas del estado de México: Ecatepec y Ciudad Nezahualcóyotl; esta última, en la época en que el lago de Texcoco era aún

un cuerpo de agua, era la parte más honda de su cuenca. Al desaparecer el agua y descubrir la tierra del fondo lacustre, la zona fue velozmente invadida por urbanizaciones irregulares, acumulándose las unas junto a las otras, unas sobre las otras, hasta formar un barrio entero que ahora presiona los bordes de los terrenos inhabitados del actual lago de Texcoco. Estos dos municipios han sido afectados de manera crítica por el crecimiento desbordado de la ciudad, hasta lograr tener las más grandes concentraciones demográficas de la región: dos municipios, sumando casi tres millones de habitantes de ciudad, localizados fuera de sus límites, junto a más de 8.000 hectáreas protegidas celosamente de toda tentativa de urbanización.

Al oriente del lago de Texcoco, el estado de México se extiende unos kilómetros hacia afuera del círculo de asfixia de la ciudad, donde el rastro metropolitano llega a disiparse; se empieza a divisar en el horizonte un borde exterior que toca el terreno de otros estados: Hidalgo, Tlaxcala, Puebla. Saliendo de la ciudad hacia este borde exterior, cruzando los terrenos del lago de Texcoco, la tierra se despeja, divisándose otra tierra,

diferente de esa ciudad expandida; al llegar a la entrada de la ciudad de Texcoco, luego de atravesar la antigua cuenca del lago, aparece la otra cara del estado de México: ciudades pequeñas, vida de campo, aire más limpio y más seco; montañas, planicies y ejidos, esas viejas particiones de la tierra cultivada.



F

Fraccionamiento

Al oriente de los terrenos del lago de Texcoco se encuentra el predio El Salado, terreno de un par de kilómetros cuadrados de área. Hacia 2002 este predio tenía el aspecto que ahora guardan los antiguos terrenos ejidales de la zona sur del lago de Texcoco: un terreno árido que acumuló los restos de casas rápidamente construidas y abruptamente destruidas, en el que no se veían indicios de infraestructura que permitieran a estas casas funcionar, comunicarse o delimitarse. De manera similar a lo que se ha convertido hoy el predio Hidalgo y Carrizo en la zona suroccidental del lago de Texcoco, El Salado fue un terreno precariamente urbanizado que daba la apariencia de estar entre disponible y resguardado, entre abandonado y saqueado. Este predio limita al occidente con El Ca-

racol, un círculo perfecto de tierra que fue usado como evaporador para la extracción de sal y sosa cáustica por una empresa ya desaparecida, y que aún se ve como un punto redondo y azul en medio de un mapa lleno de líneas irregulares y discontinuas, limitando también al norte con Ecatepec. Al sur se abre a la vista la inmensa explanada del antiguo lago de Texcoco, hasta hace poco una llanura de pasto y porciones desertificadas en tiempos de estiaje, e inundada en tiempos de lluvia. El predio, un triángulo en medio de estos tres territorios, se funde a veces entre sus fronteras movedizas.

Entre 1997 y 2002 este predio se constituyó como el antecedente de un modo de fraccionamiento de la tierra que se expandiría en las décadas siguientes a muchos terrenos comunales de la zona. En él, centenares de familias habían logrado

construir, con gran dificultad, cuatro paredes y un techo sobre sus cabezas. Entretanto, esa explanada que se abría aún inhabitada al sur de sus linderos empezaba a ser visualizada como el campo de aterrizaje de futuros aviones, centros de comercio y urbanizaciones. Hacia 2001 Vicente Fox, entonces presidente de México, abrió su agenda a un aeropuerto que lograría cristalizarse más de diez años después. En esa época, el levantamiento de movimientos sociales generó controversias e impactos mediáticos que sacaron a la luz los problemas del proyecto aeroportuario. Al día de hoy, la inevitabilidad de este proyecto y el desgaste de dichos movimientos sociales han disipado en gran medida la visibilidad de sus problemáticas. El crecimiento de la ciudad resultó en un desborde de su población hacia afuera, hacia el estado de México, unido a migraciones provenientes del centro y sur del país. Ecatepec, vecino inmediato de El Salado, alcanzó en 2015 una población de más de un millón seiscientos mil habitantes que, como agua cerca del punto de ebullición, anticipaba en el cambio de siglo su posterior explosión y desborde. Los terrenos federales del lago de Texcoco tendieron también, sigilosamen-

te, a expandirse y absorber a los ejidos desde los años 90, en el marco del gran proyecto de recuperación de la cuenca. El aeropuerto, la ciudad y el Estado, tres agentes conformados a su vez por individuos intercambiables, presionaron cada uno sobre las diferentes aristas del pequeño terreno. El Salado fue dividido en parcelas vendidas una y otra vez, avaladas y revaluadas, revendidas y traspasadas en una serie de transacciones en las que se esfumaba la certeza sobre su propiedad, en las que se confundían los ejecutores del fraccionamiento como líneas de abstracción de una retícula: el presidente, los concesionarios, el gobernador del estado, los especuladores inmobiliarios, el Grupo Atacomulco, el ejército, la policía. El terreno mismo desaparecía en secciones infinitamente reducidas mientras las casas, esos frágiles equilibrios de paredes y techos, corrían constante peligro de desaparecer del mapa ante la densidad de esta nueva y cortante cuadrícula. Los habitantes de las casas, como el suelo que pisaban, empezaron también a ser fraccionados.



H

Historia

Jeffrey Parsons y Luis Morett, dos arqueólogos investigando el pasado de la cultura azteca en tiempos anteriores a la llegada de los españoles al Valle de México, extendieron sus estudios fuera del perímetro de Tenochtitlan hacia la zona nororiental del lago de Texcoco, desde los actuales terrenos federales protegidos que limitan con Chimalhuacán y Texcoco, hasta la zona norte que ahora está concesionada para la construcción del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, limitando hacia el oriente con Atenco. Entre 1982 y 1992 recorrieron a pie las más de 8.000 hectáreas de terrenos semidesérticos del antiguo lago —su suelo parcialmente cubierto de tequesquite o pasto y sembrado con algunas especies de coníferas—. Anduvieron kilómetros recopilando

información para un estudio sobre los antiguos modos de producción de sal —aparentemente abundantes en el perímetro del lago— y recogiendo muestras de insectos que pudieran apuntar a la vida que reinaba en la cuenca en los siglos anteriores a la Conquista. En ello encontraron algunos tepalcates prehispánicos, escombros de construcciones en piedra y otros objetos, dispersos en diferentes partes de la superficie de tierra, algunos incluso en lo que pudo ser el fondo del lago. Entre los objetos no se formaban acumulaciones numerosas o lo suficientemente próximas como para dar indicios de ocupaciones permanentes. Al andar a pie por el terreno, Parsons y Morett podían además tener ellos mismos la experiencia de los desplazamientos geográficos que siglos atrás realizaban los dueños de los objetos encontrados, y con ello deducir que no existieron colonias o viviendas inter-

conectadas. Los objetos domésticos parecían ser parte de campamentos temporales, y las herramientas de trabajo se encontraban en lugares alejados de dichos campamentos, impidiendo ubicar signos claros de una relación de copertenencia entre ambos sitios. La dispersión y falta de vínculos con una comunidad identificada dejó a las reliquias del lago de Texcoco encontradas en estas expediciones sin posibilidad de representación histórica.

Desde 2012, en la zona suroriental de los terrenos del lago de Texcoco, en un terreno de 50 hectáreas conocido como el predio Hidalgo y Carrizo, quedaron depositados montones dispersos de escombros de viviendas tras ser desalojadas las familias que habitaban en ellas. Al igual que aquellas encontradas por los arqueólogos una década atrás sobre la misma tierra salina, dichos escombros no muestran evidencias de una infraestructura suficiente como para ser consideradas una colonia (caminos, acueductos o cimentaciones de una vivienda en sentido estricto). Las familias que construyeron sus casas en este terreno polvoriento y con fondo de arcillas movedizas no dejaron tras ellas signos

de arraigo a su tierra, y por ello los escombros que dejaron atrás, al igual que los tepalcates y objetos prehispánicos dejados en la misma tierra por sus predecesores, son pocos y están demasiado disgregados como para reconstruir a partir de ellos la historia de una comunidad.



Humano

Ernesto Carrillo ha sido mi guía en los recorridos por los terrenos del antiguo lago de Texcoco. Él se viste siempre de jeans, cinturón de cuero y camisas planchadas e impecables, de rayas azules y blancas. El sol golpea fuerte en el día de nuestra primera visita; en pieles como la mía ese sol suele dejar marcas rojas durante días. Un sombrero de cáñamo y ala ancha protege su cabeza; la piel de este hombre de edad avanzada y figura esbelta, guardada por la sombra, se ve curtida por años de sol y sequía, morena y gruesa, de otra raza más fuerte que la mía por su cercanía al campo y a la montaña. Ernesto lleva recorriendo estas tierras desde que eran un desierto sin agua ni pasto, hace más de veinte años. Es in-

geniero agrícola de la vecina Universidad de Chapingo, hecho que trae a la conversación desde que aprieto su mano por primera vez, acompañando esta mención con un gesto de orgullo y una amplia sonrisa. Cuando lo conocí, habló también de la historia de estas planicies desde los tiempos de sus ancestros; habló de Nezahualcóyotl, señor de las tierras vecinas al lago, haciéndolo como recitando de memoria un relato aprendido hace años, revisitado múltiples veces en el hábito de asociar unos parajes cambiantes a unas palabras inmóviles, de mantener intacto en la palabra lo que en la práctica se resistía siempre a ser detenido, controlado. Hace poco más de veinte años Ernesto trabaja con la Comisión Nacional del Agua: desde entonces el lago de Texcoco es extensión de sus brazos y piernas; es su proyecto, su hogar desde temprano en la mañana hasta que cae la tarde. Él vio crecer los primeros brotes de pasto salado, y ha visto el entusiasmo y abandono de muchos proyectos, tras el paso veloz de muchos gobiernos. Ha sido testigo de la llegada de los peces y de la presencia de venados sobre los pastos que sembró con sus propias manos. Durante las primeras revueltas de Atenco, cuando Vicente Fox

era el presidente de México, Ernesto estaba cerca, como un silencioso testigo.

Recorremos las planicies del lago de Texcoco, cubiertas de pasto y sal, atravesadas por caminos de roca volcánica, en una camioneta blanca de llantas gruesas y platón descubierto con los logotipos oficiales del gobierno estampados a los lados. Al entrar al lago —un territorio cercado en todos sus bordes y abierto únicamente en dos puntos donde se levantan sendas rejas que topan con la salida a la autopista, protegido por el mismo gobierno que estampa su marca a lado y lado del carro—, los guardas lo saludan y le abren paso de inmediato al ingeniero Carrillo: una presencia familiar, un colega, un compañero, acompañado por una extraña persona de ciudad en el asiento del pasajero.

Anduvimos un rato hacia el interior de los terrenos de la antigua cuenca, topándonos con las orillas del lago Nabor Carrillo. En sus orillas, extrañamente regulares y continuas, hablamos de Colombia, de México, de su familia, de la mía. Uno de sus hijos lleva su nombre como un legado adherido a una futura descendencia.

cia: Ernesto Carrillo, hijo de Ernesto Carrillo. Ingeniero como su padre, Ernesto, el segundo, se encuentra ahora trabajando para el Grupo Aeroportuario de la Ciudad de México, consorcio que está ocupando ahora las dos terceras partes de los terrenos cuidados por su padre, para construir un aeropuerto más grande para la capital mexicana. Recorremos la zona norte del lago de Texcoco en la camioneta blanca mientras el sol se levanta en el cenit y el calor se hace más intenso. Este cuadrante de tierra será el emplazamiento del futuro proyecto aeroportuario: miles de hectáreas cuidadosamente sembradas serán limpiadas por los empleadores de su hijo, me cuenta Ernesto, para luego ser cubiertas por capas uniformes de tezontle y asfalto. Luego de decir esto, y haciendo énfasis en cómo todo lo verde que vemos ahora desaparecerá las semanas siguientes, el ingeniero toma un rizoma de pasto salado de la tierra y me explica el proceso de siembra de cada espolón, los tiempos de brote y las mermas que sufre en las épocas de estiaje: el pasto crece fuerte pero lento, resistiendo la hostilidad del suelo, las tormentas de viento y la ausencia de agua. El pasto sólo muere si es arrancado del suelo o sepul-

tado por el peso de una tierra nueva.

Ernesto pertenece a la tierra del lago de Texcoco, al igual que pertenecen a ella la vegetación que queda en pie, los animales que en ella se ocultan y las ruinas que se han depositado en el curso de más de dos décadas. Él es una de las muchas formas de vida resiliente que se han adaptado a las condiciones difíciles de la cuenca, y que resisten en ella hasta ser arrancadas de la tierra misma o hasta que otra tierra, enteramente ajena, caiga encima.



I

Industria

En diciembre de 2014 la Compañía Harinera Nacional aún llevaba a cabo sus operaciones en una vieja fábrica ubicada en el barrio San Simón Tolnáhuac, a un par de calles de la salida del metro Tlatelolco, Ciudad de México. A las 23 horas del cuatro de diciembre los vecinos de la harinera empezaron a sentir que la temperatura se elevaba, al tiempo que humo y destellos de luz parecían emanar de la fábrica. En minutos, un vecino capturaba con la cámara de su teléfono la impactante escena de una fábrica incendiada: casi ocupando una manzana a la redonda, la silueta de la Harinera Nacional se enmarcaba por altas llamas amarillas y por el sonido de estructuras desplomándose, vidrios estallando y muros quebrándose ante la presión del calor. Los bomberos llegaron

al filo de la medianoche, y una vez sofocado el incendio, hallaron al inmueble inhabitado, intransitado por días o incluso semanas. La planta, el molino y el laboratorio de la fábrica parecían también estar inermes, salvo por algunas mesas incineradas y unos afiches colgados en el muro que mostraban variedades de trigo, mapas de México e imágenes de la ciudad cuando los ríos todavía atravesaban a las colonias por el medio. No hubo equipos, no hubo máquinas, no hubo infraestructura para salvar, como si la fábrica hubiera sido abandonada a conciencia para ser luego quemada.

El caparazón quebradizo de la harinera sigue ahí, meses después del incendio, como evidencia de este extraño evento, de este accidente. Un vigilante aún hace sus rondas por los pasillos y hangares vacíos; pasa el tiempo midiendo el grosor de los

muros, adivinando en ello la posible edad de la fábrica al momento de su caída; me cuenta que la harinera puede llevar un siglo estando en pie: pudo de hecho estar cumpliendo un siglo exacto de existencia justo antes de quemarse.

Una fábrica como ésta, quemándose un siglo después de ser construida, se convierte en símbolo de la historia de la industria mexicana: el trigo que trajeron consigo los españoles en el siglo XVI, y que durante cerca de trescientos años estuvo unido al campo, a la vida de la tierra, de los animales y del agua, a finales del siglo XIX llega a ser materia prima de los primeros molinos modernos implementados en fábricas como ésta. En el curso de tan sólo un siglo, la fábrica sirvió como escenario de rápidas transformaciones infraestructurales, tecnológicas y operacionales, mutando siempre de adentro hacia afuera, ampliándose progresivamente hasta que sus paredes y techos fueron demasiado pequeños para contenerla.



Invasora

En el área de la Comunidad de Madrid, España, se encuentran algunas plantas invasoras que se han vuelto presencias comunes en la flora local. Especies como la mimosa, la madre-selva, el eucalipto, la alcandórea y la lantana, rápidamente se han naturalizado. Estas plantas pueden ser pensadas como la contraparte vegetal de una serie de migraciones humanas que han sido introducidas al continente europeo durante el último cuarto de siglo, muchas de ellas desde las Américas. Las migraciones de plantas y animales, más antiguas y menos notorias, tienen un comportamiento notablemente distinto del que tienen las migraciones humanas: dichas poblaciones llegan con la urgencia de pisar un suelo nuevo y posiblemente más fértil, adaptándose en silencio a las condiciones de su nuevo ambiente. Habitan los intersticios, encuentran fisuras donde se introducen con dificultad, y están a veces sometidas al modo de vida que proponen las poblaciones nativas. Las migraciones humanas en ese sentido suelen ser sobrevivientes. Las migraciones de plantas y animales, por el contrario, se apropian del entorno ajeno, modificando veloz-

mente sus patrones de crecimiento de acuerdo a las condiciones del suelo, usando a su favor las debilidades de las especies nativas: se convierten en colonizadoras y dueñas del suelo para luego convertirse en depredadoras de las especies colindantes. En este proceso, las invasoras vegetales tienen la capacidad de alterar el equilibrio del ecosistema en el cual se insertan, volviéndolo a veces árido y hostil para sus habitantes anteriores.



L

Liebre

Los biólogos consultores del Grupo Aeroportuario de la Ciudad de México, vestidos con chalecos reflejantes y jeans, agarraron una liebre entre los matorrales de la futura pista tres del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México, en un punto remoto al norte del antiguo lago de Texcoco. Ellos han sido contratados por los constructores para minimizar la cantidad de animales y plantas abatidas por las aplanadoras, las capas de tezontle compactado, y finalmente por el asfalto que formará el sustrato para soportar el aterrizaje de numerosos aviones. En esta búsqueda, más simbólica que efectiva dada la extensión del terreno y el tiempo que queda antes de que los cronogramas se impongan sobre la agenda de impacto ambiental, muchos animales pequeños quedarán sepulta-

dos como cadáveres anónimos; en el acelerado cambio de las capas de tierra que trae la construcción consigo, ya serán virtualmente fósiles para la fecha de apertura del aeropuerto. El nombre científico del animal es *Lepus californicus*. Su nombre común es liebre cola negra. Aunque aún cabía entre las manos de una bióloga con chaleco, estaba hecha una bola de pelos grises y marrón, con sus orejas agachadas y sus patas retraídas hacia el cuerpo; era una liebre grande, robusta, que si estuviera corriendo o saltando a plenitud, se estiraría de las pezuñas hasta la punta de sus orejas hasta medir al menos medio metro. La llevaron más allá de la autopista Peñón- Texcoco, a las orillas del lago Nabor Carrillo, en la última comunidad de microorganismos, plantas, animales y cuerpos de agua que aún permanece en esta zona. La mujer la sostenía con firmeza, una mano sobre el tórax, la otra sobre las

patas traseras; la liebre temblaba, sus orejas agachadas y su mirada alerta; los ojos, inquietos y dilatados, abiertos como esferas negras, buscaban algún punto familiar donde posar la mirada, alguna referencia que calmara el ritmo de sus latidos ante la presión de la mano sobre las costillas, ante la inquietante presencia de los humanos, sus voces, sus carros, sus cámaras. Atrapada entre unas manos blandas pero firmes, no se movía. Esta no era su casa; este lugar no era para ella un lugar familiar, aunque la vegetación espesa se pareciera a aquella que conocía, y aunque ese espejo de agua salada se pareciera a un lago. No era su casa, todavía, aunque en estas orillas los patos migren aún cada invierno y otras liebres se oculten entre las capas verdes y amarillas de pasto salado. Una cámara, fija sobre los ojos del animal, registraba su respiración agitada y el desconcierto en su mirada. En un movimiento rápido, la bióloga abrió el abrazo de sus manos, y la liebre saltó como un proyectil en el aire, para caer entre el pasto, y en cuestión de segundos, perderse de vista.



Límite

La cuenca del lago de Texcoco tiene como una de sus capas geológicas más someras un lodo blando, resbaladizo y de comportamiento volátil: ante pequeños cambios de presión de las capas inferiores, o tras un leve desplazamiento de las placas tectónicas que lo sostienen, la tierra lodosa se hunde en un lado de la cuenca para levantar una protuberancia de igual magnitud en otro lado. El lago, durante miles de años que anteceden la llegada de Hernán Cortés al Puente de los Bergantines, fue cambiando de forma constantemente por la condición maleable de su suelo arcilloso, así como por el clima de la región, que hacía que las aguas descendieran en tiempos de duras sequías y calor para luego reinundarse y conectarse con los cuatro lagos cercanos, formando con ellos un único e inmenso contorno. Mientras hubo agua en la cuenca, la orilla nunca estuvo en el mismo lugar. Gabriel Espinosa (quien ha estudiado el sistema social y biológico del lago de Texcoco durante el apogeo de la cultura *mexica*) me ha confesado que los mapas más fidedignos usados en su estudio no son aquellos elaborados por topógrafos, quienes dibujan

el contorno de un cuerpo de agua tan grande como la ciudad que existe hoy, usando como referencia el estado actual del terreno. Los mejores mapas, para Gabriel, son aquellos que pueden trabajar de acuerdo con la irregularidad del suelo, mirando cómo en sus diferentes accidentes se inscriben signos de vidas pasadas: si hiciéramos un corte transversal en la tierra, los microorganismos y plantas devenidos fósil, distribuidos en una onda vertical de tierras removidas, nos ayudarían a imaginar una orilla cambiante y oscilante para el lago, que no corresponde con la homogénea horizontalidad de una superficie de agua.

El lago, aún hoy cuando el agua ha dejado de ser su principal elemento, sigue teniendo una orilla difícil de trazar. Desde el decreto de constitución de los terrenos federales del lago de Texcoco, emitido por Luis Echeverría en 1971, la frontera oriente empezó a fluctuar de un modo análogo a como sucede con la arcilla que está justo bajo la tierra. Las comunidades de Santa Isabel Ixtapan, San Luis Huexotla, Santa María Chimalhuacán, San Bernardino, San Felipe, Santa Cruz de Abajo, San Cristóbal Nexquipayac, Francis-

co I. Madero, San Salvador Atenco y San Miguel Tocuila han habitado un límite borroso al oriente del actual lago de Texcoco, un terreno movido por fuerzas políticas y económicas que, como las placas tectónicas y las presiones del subsuelo, modifican la morfología de la tierra. Algunas comunidades crecen y decrecen a su ritmo, dan forma a la tierra y se expanden en ella.

Sin embargo, la progresiva fuerza de urbanización de otras comunidades expande la frontera occidente del lago al ritmo de las lógicas de propiedad privada que dan uso y sentido a la tenencia de la tierra en las ciudades modernas. Con ello, las fronteras fluctúan a partir de fraccionamientos de la tierra trazados en retículas, de acuerdo con movimientos de especulación sobre el valor de porciones de suelo expropiadas una hectárea aquí, y readjudicadas una hectárea allá. La línea divisoria que se estableció en un mapa arbitrario en 1971, tal y como sucede con las reconstrucciones geomorfológicas que imaginan al lago de Texcoco hacia los años 1500, no dan cuenta de estas variaciones sutiles y veloces que mueven el contorno del lago año a año, en un ritmo cada vez más acele-

rado, menos acorde a las oscilaciones del propio suelo, y que se anticipa más violentamente fluctuante en la próxima década.



Lodo

Un sismo es en cierto modo una danza entre dos placas tectónicas. La una se mueve hacia la otra y esta última se retrae animada por el impulso de la placa opuesta. Se acomodan la una bajo la otra, la una al lado de la otra, y mientras éstas se acomodan, liberan energía hacia arriba, animando todo aquello que sostienen, moviendo la tierra en tremores o vaivenes. Bajo el Valle de México, las placas de Cocos y Norteamérica han estado desde hace miles de años en la tensión que antecede a la danza. De cuando en cuando se provocan la una a la otra y se mueven sutilmente, cambiando en ello, lentamente, la configuración del tablero que se levanta sobre la superficie de esta tierra: volcanes, valles, ríos, lagos, montañas y más recientemente una ciudad que se sostiene como una maqueta de cartón bamboleándose entre dos mesas desniveladas.

Esta maqueta a escala humana se sume en su centro con el peso del concreto y de la piedra, asentándose sobre el fondo de un lago desecado: un suelo de lodo, algas, agua, sal y microorganismos sedimentados durante milenios. En 1957, un sismo reveló cómo este suelo lodoso de la Ciudad de México amplificaba las ondas vibratorias generadas por las dos placas tectónicas. El ingeniero Nabor Carrillo, artífice del lago en el nororiente del estado de México que ahora lleva su nombre, hizo este descubrimiento estudiando las características volátiles del subsuelo de la ciudad en los años cuarenta; el sismo fue su comprobación empírica más radical. Esta capa de tierra blanda y resbaladiza se desplaza de modo drástico ante el menor movimiento de los estratos inferiores, ante el más sutil cambio de presión o la más mínima fuga de agua. Al igual que una banda elástica, los movimientos de tierra la estiran; todo aquello que se haya construido encima se moverá hasta sus cimientos. Ninguna otra ciudad experimenta los sismos como Ciudad de México: en ella se siente como si el baile de las placas ocurriera sobre una cama de agua.

En el sismo del 57 algunos edificios

se movieron hasta fracturarse porque sus estructuras no sólo se pusieron a prueba en el espacio sino también en el tiempo. El movimiento amplificado por los suelos lodosos de la ciudad produjo un bamboleo de los edificios más altos que fue en aumento, haciendo bailar al Ángel de la Independencia en lo alto de su columna hasta que éste cae al suelo, derrotado por la insistencia de las ondas sísmicas. Veintisiete años después, en 1985, la danza entre Cocos y Norteamérica ocurrió con más fuerza, durando cuatro minutos. La trama de la ciudad ya era más densa, alta y pesada, pero no mucho más flexible. Cientos de edificios que sumaban alturas de más de nueve pisos se desplomaron en segundos como cajas de cartón apuntaladas, para luego desmoronarse en escombros pequeños de unos cuantos centímetros. Debajo de los escombros los lodos seguían moviéndose. La estabilidad de la ciudad dependía (y sigue dependiendo) de la quietud de un suelo de arcilla que no cesa de moverse, animado por las fuerzas de los sismos que suben desde lo profundo, por el peso de los asentamientos humanos que intentan anclarse a él. Los lodos que soportan a la ciudad se extienden hacia la antigua cuenca

vacía del lago de Texcoco, ejecutando una danza más lenta y sutil que aquella de las placas de tierra sólida.



M

Mapa

Los terrenos de la reserva ecológica del lago de Texcoco se encuentran justo después de la línea que separa a la Ciudad de México del estado de México, hacia el nororiente. Al cruzar esta línea divisoria se cruzan varias fronteras a la vez. Se transita por una división política entre ciudad y no-ciudad, en la cual todos los rastros de urbanización desaparecen abruptamente. Se atraviesa también una división geográfica entre ciudad y campo: un campo salino de vegetación escasa, un terreno plano y abierto, ajeno a la topografía intrincada y hundida de Ciudad de México. También se traspasa una división climática, que es tal vez la que más sorprende porque se siente en el cuerpo: al pasar la línea entre ciudad y estado la temperatura se eleva dos grados centígrados, la pesadez de la

contaminación disminuye y el aire se seca notablemente mientras empieza a emitir un fuerte olor a sal.

En estas tres fronteras se actualiza una abstracción, una virtualidad. El trazado propuesto por la propia tierra se altera a través de las urbanizaciones, las calles, los acueductos y redes de energía; se altera el suelo de un lado de la línea al ser desprovisto de su agua, al ser teñido y cubierto con capas de asfalto. En el otro lado, el suelo se desertifica, revelando una nueva capa de arena y sal. La frontera empieza a concretarse también a partir de expulsiones mutuas. Desde ambos lados de la división se arrojan separadores físicos: avenidas, bardas, casetas de cobro que sirven como formas construidas de mutuo rechazo. Ocurre también la expulsión de lo que es útil y estorboso para cada lado, siendo arrojado al lado contrario: de un lado la basura y las aguas

negras; del otro lado las urbanizaciones y los humanos. A lo largo de las décadas, las divisiones políticas, impuestas como líneas arbitrarias sobre un trazado de papel, devienen divisiones geográficas.

Las mutuas expulsiones empiezan a moldear el terreno: visto desde el aire, si se mira hacia abajo, se pueden distinguir dos planos de color, claros y contrastantes. La tierra cambia tanto de un lado de la línea como del otro, y al cambiar la tierra, cambia el cielo: las corrientes de viento, las precipitaciones, la densidad misma del aire empieza a ser distinta en ambos lados de la línea. Un clima nuevo se produce a cada lado, envolviendo de un modo distinto todo lo que está debajo: los animales, las plantas, los minerales y los humanos deben cambiar bajo el nuevo clima, deben adaptarse y transformarse en él. Se producen nuevas poblaciones, generando cada una sus propios códigos, sus propios comportamientos y sus propias maneras de agruparse. Del lado contrario las dinámicas de vida empiezan a parecer extrañas, lejanas, ajenas, como si pertenecieran a una geografía distinta. Cada lado deviene un lugar diferente del otro, establecido en sus propios términos.

Una línea imaginaria, que se traza arbitrariamente sobre el mapa, deviene territorio.



Mercancía

El supermercado Soriana Híper Tacubaya tiene el tamaño de un hangar: si estuviera vacío, en su interior se podría estacionar un avión de pasajeros como el Airbus A318 o el Boeing 737. Imaginemos este avión aterrizar en medio del Circuito Bicentenario, tocando tierra en el punto en el que termina el bosque de Chapultepec para luego dar la vuelta e incrustarse en este edificio monstruoso en la colonia San Miguel. Antes de aterrizar la aeronave, el edificio estaría totalmente abierto en su cara frontal, su interior estaría desocupado excepto por algunos tubos fluorescentes arrojando luces tenues e intermitentes en todas direcciones. Es difícil imaginar la irrupción de un avión en medio de un centro de tráfico vial y humano como aquel que rodea a este supermercado; es más difícil aún imaginar un supermercado vacío, cuando su razón de ser es el exceso, el sobreestí-

mulo: toneladas de productos que se apilan en torres de hasta tres metros de altura, que se extienden en filas interminables de variaciones, el mismo producto repetido en diferentes tamaños, colores y formas; olores que se filtran por las tapas de todos los envases, por las aberturas de las bolsas plásticas o las rendijas de los mostradores de pescados, quesos y carnes; sonidos que descienden de las bocinas suspendidas de las vigas estructurales, emitidos por las pantallas planas y los equipos de audio, ascendiendo desde las ruedas oxidadas de los carros de mercado intentando desplazarse sobre el piso. El supermercado es el lugar en el que se reúne un conjunto improbable de cosas, estando todas siempre disponibles: los cambios de estación, la escasez, la sequía, las huelgas o el desabastecimiento no afectan el flujo de mercancías ni dejan huecos en los anaqueles.

La sección de frutas y verduras de este Soriana siempre está vibrante de colores y olores de productos frescos, puestos ahí por manos invisibles. Las hojas de algunas plantas comestibles se duplican en un espejo que se suspende del anaquel, inclinado este último hacia abajo para mostrarnos

la cara oculta de los vegetales, para multiplicar su abundancia engañando nuestra percepción. Verdolagas, espinacas, apio, cilantro, lechugas en diferentes variaciones se amontonan en cajas de madera, sus hojas sobresaliendo de ellas a la manera de arreglos florales con múltiples matices de verde. Las mismas hojas se organizan en un anaquel justo al lado, junto a las fresas, frambuesas y tomates cherry. Estas hojas, antes sueltas y de cierto modo “silvestres”, se organizan aquí en porciones lavadas, desinfectadas, medidas y pesadas; se empaacan en pequeñas cajas de plástico translúcido con algunos huecos a los lados para que ingrese en ellos el aire; se exhiben con etiquetas que indican el nombre del producto, el cual ya se muestra a través de la minúscula vitrina del contenedor, en un ejercicio de condescendencia con el comprador quien (se asume) no reconoce aquello que crece en la tierra si no hay un signo, una cuantía que lo acompañe.

Las verdolagas crecen lejos del supermercado, cosechándose al comienzo del año en las tierras fértiles del estado de México. En el municipio mexiquense de Atenco existen unas parcelas ejidales sembradas con estas

plantas comestibles, lo suficientemente extensas como para alimentar a un número de familias de esta región. Las plantas son cuidadas por un grupo de habitantes de San Salvador Atenco de modo constante, evitando esparcir pesticidas sobre éstas, esperando a que crezcan y se hagan fuertes para permitir ser removidas de la tierra sin afectar al suelo o a las plantas vecinas aún pequeñas. Las plantas dependen de cierta manera de los cuidados de la mano humana, aunque en mayor medida de los elementos no humanos que las afectan: el clima debe ser estable, el suelo debe estar firme y a la vez húmedo, el agua debe fluir en cantidades regulares sobre las hojas y hacia las raíces. Sus hojas reflejan un cierto balance entre tierra, agua y aire, siendo el resultado de una relación específica entre estos elementos.

Empacadas en su contenedor de plástico, las hojas de verdolaga que se encuentran en un anaquel del supermercado Soriana Híper Tacubaya han sido transformadas de planta a mercancía. La transformación “alquímica” de sus hojas y ramas se ha consumado en el anaquel, ese espacio de acumulación indiferente de objetos. En las inmediaciones de la

sección de frutas y verduras están los licores, arreglos de botellas de vidrio transparente y verde; los quesos empacados, bloques homogéneos de tonos blancos y amarillos; las camisas dispuestas en ganchos junto a las medias y la ropa interior; las vajillas de plástico, vidrio y cerámica junto a los cubiertos, vasos y tazas; la comida enlatada ocupando una fila entera de más de diez metros, cilindros de metal del mismo tamaño con contenidos diferentes; los embutidos junto a las carnes empacadas en vinilo, organizadas éstas en paquetes de rojos y rosa comprimidos por una película de plástico; los televisores en filas y columnas, todos encendidos en el mismo canal; las cafeteras, licuadoras y planchas a un lado, todas con su cable enrollado como una cola de animal; los panes organizados como ladrillos de masa de harina formando un muro que se alza sobre las cabezas de los compradores. Todos estos objetos provienen de equilibrios o desequilibrios específicos, de lugares diferentes, de procesos de producción distintos aunque irrelevantes al momento de comprar. Todas las cosas se encuentran en este hangar como lo mismo, como variaciones de la misma mercancía que asume su forma según la demanda,

siempre llenando el supermercado hasta su último resquicio.



Metro

La línea siete del metro es la más profunda de toda la red de transporte subterráneo de la Ciudad de México: para tomar los trenes en dirección a Barranca del Muerto o a El Rosario, se deben bajar tres niveles de escaleras, cada uno sumando la altura de tres sótanos superpuestos. La temperatura se eleva a medida que los cuerpos de todos los pasajeros se internan en los túneles, atravesando estratos geológicos cada vez más profundos. La plataforma —donde se detiene el tren y se agolpan los transeúntes en sus bordes, intentando subir al carro en empujones de cuerpo con cuerpo— podría estar construida justo debajo de las capas arcillosas que guardan un acuífero somero, en medio de las primeras capas rocosas de esta porción de corteza terrestre. El tren transita entonces bajo tierra, de norte a sur, bajo los cimientos de las edificaciones de la parte occidental de la ciudad. En Tacubaya, esta línea se intersecta con las líneas uno y nueve, detonando un hormigueo de personas que, como espuma,

emergen de los vagones al detenerse, siendo expulsadas hacia arriba y hacia afuera: más cerca de la superficie, pasando de una línea a otra, subiendo de un estrato mineral a otro. La línea nueve nace ahí y, bajo tierra, atraviesa la ciudad de occidente a oriente, cortando con la velocidad de un tren en movimiento los lodos lacustres que se han asentado sobre estratos más duros. Al oriente, cuando acaba la línea nueve, los vagones se detienen cerca al actual aeropuerto, en Pantitlán. Ahí, los pasajeros emergen del lodo de la antigua cuenca de Texcoco para abordar buses que esperan, con sus motores encendidos, a la salida de esa estación del metro. Muchos pasajeros subterráneos siguen entonces su camino por encima de las capas arcillosas, sobre asfalto, hacia varios municipios del estado de México.



Michoacán

El Museo Animista del Lago de Texcoco abrió las cajas que contienen su colección en noviembre de 2017, en la ciudad de Morelia, Michoacán. La colección de este museo está formada por pedazos de roca, plantas secas, escombros de edificaciones, objetos

y herramientas que fueron recogidos del suelo lacustre en la cuenca central mexicana, ahora seca, fragmentada, poblada de estas materialidades diversas. Estos objetos se desplazarán de ciudad en ciudad en años posteriores, de sala en sala, de público en público, viajando en cajas que se mueven mientras el camión que las contiene transita por carreteras llenas de curvas y accidentes. Los objetos en tránsito se alejan unos de otros, se aproximan unos a otros, chocan entre sí.

Michoacán, territorio que recibe por primera vez a esta colección, está llena de lagos que se extienden como manchas brillantes de diferentes formas y tamaños. A la vez, esta región de México sufre de desabastecimiento, sequías y procesos extractivos que disipan sus cuerpos de agua en varias direcciones: hacia arriba, a través del vapor de aire caliente que asciende al secarse un lago a medida que aumentan las temperaturas de la tierra; hacia abajo, en tuberías que raptan el líquido de un río y lo dirigen hacia la Ciudad de México. El sistema Cutzamala, una red de represas, tuberías y plantas de tratamiento, abastece de agua michoacana a la capital mexicana, así como al adyacente valle de Toluca: esta red se extiende desde el municipio michoacano de Tuxpan, a pocos kilómetros del lugar que recibe

año a año a las mariposas monarcas, para succionar el agua de sus fuentes y conducirla hasta los grifos de edificios, comercios e industrias capitalinas.

Las mariposas monarcas habitan los cerros que comparten los estados de Michoacán y México, en migraciones masivas que llegan desde Canadá los otoños e inviernos. Estos animales de alas color naranja y negro yacen en árboles que atrapan el agua con sus raíces, troncos y hojas; esta misma agua se filtra y es conducida hasta una represa, para irse a la Ciudad de México a través del sistema Cutzamala. De modo similar, multitudes de patos canadienses hibernan sobre la superficie del vaso regulador Nabor Carrillo en los terrenos del lago de Texcoco cada año, formando una cama de plumas verde y marrón que reposa sobre aguas extranjeras.

Mientras las piezas del Museo Animista del Lago de Texcoco cruzan la frontera occidental del estado de México hacia el estado de Michoacán, transitando por una vía ubicada al norte del lugar donde hibernan las monarcas, aparece un lago enorme que se abre hasta perderse de vista. El Cuitzeo, el cuerpo de agua más grande de esta región, está dividido por una autovía recta que se extiende de sur a norte, cortando al agua en dos mitades, se-

parándolas por medio de una gruesa capa de asfalto. Este lago escindido se ha ido gradualmente secando de manera dispareja. Desde 2003 las dos mitades del lago existen desniveladas la una respecto a la otra, convirtiéndose en dos cuerpos distintos aunque incompletos, uno más alto que el otro, uno más seco que el otro, necesitando más el uno al otro a medida que se separan. Mientras la parte oriental cede poco a poco, las aguas de la parte poniente de este lecho han descendido con mayor celeridad hasta reducirse a una capa delgada de escasos centímetros, más delgada aún cuando las temperaturas se elevan, descubriendo áreas enormes de tierra polvorienta que se levanta del suelo en tolvaneras cargadas de residuos: de esta cuenca se elevan partículas microscópicas de materia orgánica que arrastran por el aire la vida cadavérica del agua.

Las piezas del Museo Animista del Lago de Texcoco se agitan en la parte trasera de un camión en movimiento, transitando la vía que bordea al Cuitzeo: una carretera amplia que intersecta a la ruptura lacustre para luego unirse con ella en dirección sur, hacia Morelia. Estas piezas revelan el posible pasado, presente y futuro de esta cuenca michoacana, aún perteneciendo a una cuenca diferente: los objetos del museo animista hicieron parte de

una capa de materia ajena que se extendió sobre la superficie de un lago desaparecido, un lago que hace más de quinientos años tenía un tamaño similar al de su hermano michoacano, encogiéndose en los siglos subsecuentes hasta romperse en múltiples pedazos.



Mina

Algunos pueblos que aún habitan la antigua orilla oriental del lago de Texcoco, como aquellos que se ubican en las faldas del monte Tláloc, consideran al agua como un elemento que brota de las profundidades de la tierra para luego emerger desde lo alto de los cerros. Los geólogos, por su parte, consideran que todos los relieves de la corteza terrestre están esculpidos por las trayectorias reiteradas del agua, en sus recorridos de los picos a los valles, diseñando en ello múltiples contornos y accidentes. La visión que se forma en los devenires cotidianos de habitantes que caminan un cerro y viven en él, así como la visión del científico que lo observa todo desde la distancia del estudio académico, convergen al reconocer la existencia de una colaboración íntima entre tierra y agua. Los

cerros, particularmente aquellos que están hechos de estructuras esponjosas como el tezontle, son reservorios hinchados de agua que emerge desde abajo, alzándose en picos redondeados, para luego brotar desde su parte más alta. Por la pendiente de una montaña el agua corre sin esfuerzo hacia abajo, llenando zanjas que la misma geografía abre como caminos, creando líneas serpenteantes de agua que alcanzan las partes bajas y se expanden por los valles con la fuerza que provee la caída.

Desde lo alto del cerro de Tezoyuca, estado de México, es posible seguir el recorrido de camiones de tráfico pesado transitando día y noche por carreteras de múltiples curvas que se pierden en caminos cubiertos de tezontle. Al pasar, las máquinas cargadas de esta misma piedra volcánica hacen temblar la tierra y levantan nubes de polvo a ambos lados de la carretera. El polvo, al asentarse, se deposita sobre la vegetación que crece como maleza a la orilla del camino, para luego viajar en trayectorias lentas hacia los sembrados, introduciéndose de modo indetectable en las casas vecinas cuando el viento sopla fuerte. El suelo de estas casas se cubre entonces de una capa adicional de partículas provenientes del corazón de un monte minado, quedando adheridas también a escobas y traperos: los minúsculos puntos

de piedra son dispersados en el agua al lavarse estos utensilios de limpieza doméstica, escurriéndose por las coladeras hacia el sistema de drenaje. En ello, otra relación entre tierra y agua se teje poco a poco, arrastrando a la tierra en partículas a través del cauce del agua, mientras este líquido se fuga para nunca regresar.

El cerro de Tezoyuca ha sido explotado como mina desde mediados de la década de 1990 para compactar, con piedra volcánica o tezontle (así la llamaban los pueblos *mexicas*), el suelo de la naciente autopista Peñón-Tezcoco. La mina siguió abriéndose en años subsecuentes, aunque a paso lento, dejando expuesto un yacimiento de roca roja, como una incisión en la superficie del monte. Desde 2014 una porción de terrenos federales pertenecientes a la antigua cuenca de Texcoco fueron cedidos al consorcio constructor del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México. Estos terrenos se extienden por más de 5.000 hectáreas a pocos kilómetros del cerro herido de Tezoyuca. El terreno que alojará al nuevo aeropuerto, cóncavo y lodoso, se hunde progresivamente a medida que los acuíferos que están debajo, en el subsuelo del lecho lacustre, se drenan para abastecer de agua a los habitantes de la megalópolis mexicana. Agua y tierra se unen en los cerros,

separándose al llegar a estos terrenos: el suelo cede de modos caprichosos tras la fuga del agua, perturbando todo lo que se erija encima. Las pistas para aviones, la terminal, los edificios adyacentes que se proyectan en planos ideales necesitan un suelo plano y firme donde levantarse.

El cerro ya abierto en Tezoyuca ha empezado a ser minado de modo acelerado desde entonces. Junto a éste, otros cerros vecinos se han convertido en canteras para extraer material de relleno: tezontle rojo y tepetate blanco hacen ver manchas monocromas de tonos que antes no se veían en el paisaje. Millones de metros cúbicos de piedra, antes formando una enorme masa rocosa oculta bajo la vegetación de las montañas, ahora se extienden sobre el suelo de este antiguo lago del centro de México: una enorme alfombra de piedra roja y polvo. A medida que los pedazos de tezontle se asientan sobre el lecho, acumulándose en capas que intentan simular la homogeneidad de una planicie, una cantera de cuarenta metros de profundidad se cava en Tezoyuca: las raíces de los árboles quedan expuestas al filo de su abismo, mientras un precipicio se abre a ras de los muros de varias casas construidas en su cima.

Convertido en una mina a cielo abier-

to, expuesto hasta revelar el fondo desde el cual emergería el agua, el cerro de Tezoyuca no permite ya el ascenso del líquido al manantial, ni su caída al valle, ni la labor escultórica del agua sobre la piedra.



Monumento

El lago de Texcoco se le apareció a Cortés como un enorme mar interior: desde la orilla que ahora es sólo un punto en una calle transitada de la ciudad de Texcoco, el conquistador vio que la “marea” subía y bajaba entre lluvias y estiajes, y se sorprendió al encontrar que, en su inmensa superficie, la orilla contraria se perdía de vista, mostrando al lago como un continuo oceánico de agua que se perdía en el horizonte. En este lugar exacto, al parecer, Cortés descargó las naves deconstruidas que había llevado cargando, desarmadas, por tierra, para ahí ensamblarlas, ponerlas a navegar en las aguas salinas del lago y luego conquistar Tenochtitlán con su flota de embarcaciones colosales. El Monumento al Puente de los Bergantines, este punto anónimo en la ciudad de Texcoco, señala el

borde que tenía el lago hacia 1521, al inicio de la conquista del Valle de México. Este monumento al día de hoy consta de una columna en piedra coronada por un capitel y una placa tallada, ubicada en medio de una plaza de unos diez metros cuadrados de superficie, y enmarcada por tres muros pintados de rosa, un par de bancas de parque y una maceta. Sobre los muros de la pequeña plaza se inscriben dos leyendas en cursivas de bronce que se leen a medias debido a que algunas letras han sido arrancadas, probablemente para ser fundidas y vender su peso en metal. Una dice “Puente de los Bergantines, donde Cortés botó las naves para la (t)o(ma) (de) (la) (capital) (a)zteca (en) 1521”. La otra es su contraparte, su némesis, su contrarrelato (y por esto, en mi opinión, es el verdadero marcador monumental): “En un atardecer texcocano... se hundió para siempre detrás de las montañas el quinto so(l) (de) (lo) s (me)xi(c)as”. Debajo de una de las leyendas hay un grafiti en aerosol azul con una firma. A unos kilómetros —lago adentro—, junto a la puerta de la ciudad que recibe a los automóviles con la leyenda “Texcoco es Historia”, yace una réplica del bergantín cubierta en todo el

contorno de su casco oxidado por intervenciones en aerosol de colores brillantes. El bergantín intervenido, la firma y el robo de las letras muestran la secularización de los monumentos por los usos de un espacio público, desprovisto ya de referentes al pasado, así como por la implosión de una ciudad que se estrella con los terrenos del antiguo lago, que tiene que crecer de afuera para adentro. El monumento se encuentra ahora en el corazón de una zona urbanizada, al filo de una calle de alto tráfico, con carros estacionados a lado y lado de la calzada. Frente a él hay una fila de tiendas y viviendas, postes de luz y una acera larga y estrecha. Al levantar la mirada hacia el punto en el que Cortés divisó la inmensidad de ese mar interior de Texcoco, se adivina el contorno de una multitud de techos, antenas y cables eléctricos que se balancean entre una y otra vivienda. Más atrás, la densidad del aire de la Ciudad de México borra la línea del horizonte.



Movimiento

En octubre de 1985 varios camiones

cargados de escombros se dirigieron a la salida nororiental del Distrito Federal. Los pedazos de construcciones destruidas por el sismo que había sacudido a la ciudad semanas antes, se bamboleaban en la parte de atrás de estos camiones, desplazándose en tránsito lento desde el edificio Nuevo León de Tlatelolco. Lo que es hoy la autopista Peñón-Texcoco era todavía un camino sin tránsito por el cual entraban todos los camiones a los terrenos federales del lago de Texcoco, entonces semidesérticos y en gran parte baldíos. Ya adentro y repartidas en diferentes direcciones, las cargas se arrojaban al suelo: al caer, dejaban adivinar la forma de una columna o de una escalera entre toneladas de pedazos indiferenciados. Entre los escombros también se asomaban algunos objetos que, treinta años después, aún se encuentran sobre la superficie salina del lecho del lago: girones de tela, vestidos, tacones de zapato, fragmentos de platos de cerámica y otros objetos que no es posible identificar hoy, al encontrarse atrapados entre pedazos de muros que los aplastan.

La tierra que ha recibido estos escombros en el lecho seco del lago de Texcoco, se hunde gradualmente al

ser drenada el agua de su manto freático; en una contradicción geológica que sólo puede ser producto de la intervención acelerada de los hombres sobre la tierra, el agua inunda parcialmente los terrenos, arrastrando consigo las cosas que encuentra a su paso: las capas superiores se erosionan y en ello se abren y agrietan; los vientos levantan tolvaneras que remueven las capas superficiales de polvo y sal. Las cosas que se depositan sobre el suelo se van hundiendo también, se van reacomodando y desplazando unos centímetros, sedimentándose entre las grietas erosionadas y cubriéndose con tierra. Al no tener la profundidad que sí guardan las tumbas alojando a los muertos siempre justo debajo de las lápidas que los designan, o la de las reliquias arqueológicas protegidas por el peso de metros de tierra compactada, estas reliquias-desecho, estos escombros expulsados, estos pedazos que recuerdan la destrucción y no la gloria de una cultura, son movidos por los espasmos de la tierra; con ellos se mueven también sus relaciones con los demás escombros, su (siempre inexacta) ubicación: se mueve la historia de su encuentro (o desencuentro) con el lecho del lago de Texcoco.



Muelle

El lago Nabor Carrillo, un cuerpo de agua construido por humanos con forma de rectángulo perfecto, yace en medio de la enorme extensión de tierra que unas décadas antes aún contenía agua del lago natural de Texcoco. Un lago sobre un lago: el “artificial”, un rectángulo perfectamente definido; el “natural”, una forma siempre cambiante que tendía a desaparecer. En medio del Nabor Carrillo se levantó una isla, y sobre ella, una cabaña. Junto a la isla, sobre unas rocas que sobresalían al nivel del agua, se estableció una pareja de flamencos, sobrevivientes de la desaparición del antiguo lago. Sobre la orilla de este nuevo cuerpo de agua se construyó un muelle, esperando amarrar en él embarcaciones que hicieran rutas cortas a la isla y traer visitantes, deportistas, biólogos, turistas, navegantes. Los tablones y columnas del muelle se pintaron de azul claro: la recién nacida Comisión Nacional del Agua acababa de llegar a los terrenos del lago de Texcoco, reemplazando a la

Secretaría de Recursos Hidráulicos y a la Comisión del Lago de Texcoco: estas instituciones, desde 1971, definieron las fronteras territoriales del lago y con ello anticiparon su futuro. La Conagua dejaba su marca en todas las construcciones pintándolo todo de azul claro, estableciendo su diferencia a través de un color institucional.

Al poco tiempo de ser construido el muelle, y sin uso alguno, fue demolido. Con este doble movimiento de corto aliento se inauguró una lista de proyectos en esta tierra que en los años siguientes tendrían el mismo fin: ser construidos para luego ser arrasados.

El lago Nabor Carrillo puede ser otro receptáculo de este destino; sigue intacto, aunque cada vez más frágil dentro del mapa ecológico de la región: el aeropuerto que ahora se levanta en el lado norte de la carretera puede ser la próxima autoridad que esparza sus colores en esta porción de terreno federal, imponiendo una nueva lista de proyectos de rápida transformación y de un igualmente rápido devenir-ruina. Este lago es, como el muelle, una construcción rectangular y homogénea,

siendo igualmente susceptible de ser destruido. El muelle ha dejado sus pilares azules sembrados en la ribera, testimonios de su existencia y circunstancias. ¿Cuál puede ser la ruina del lago Nabor Carrillo cuando éste desaparezca?



Museo

Existe una colección de materiales cuidadosamente seleccionados, reunidos en diferentes sitios del antiguo lago de Texcoco. En medio de las ruinas de múltiples proyectos gubernamentales abandonados durante los últimos cuarenta años en los terrenos lacustres encontramos todo tipo de objetos: pilas de escombros, cimientos de edificaciones, ruinas disgregadas de casas derrumbadas, restos de paredes quizás pertenecientes a una bodega sin techar, pozos secos llenos de basura, cercas desvencijadas de un corral vacío, herramientas oxidadas en desuso, pilares viniéndose abajo, avisos ilegibles, objetos ocultos entre el pasto, documentos con esquinas rotas manchadas por el sol.

Estos y otros materiales fueron hallados en medio de una serie de excavaciones en las cuales se removieron sal y restos de tierra adheridos a sus superficies, hasta que dichas superficies empezaron a hacerse reconocibles en sus diferencias: de su aspecto inicial de masas sólidas de escombros emergió poco a poco un espectro amplio de consistencias y texturas: algunos materiales antiguos que han servido de sustrato al lago desaparecido de Texcoco, junto a ciertos muros levantados en intentos sucesivos de recuperación de su cuenca; materiales efímeros indicando el breve paso de la vida humana —la basura, los despojos animales y vegetales— junto a estructuras debilitadas de construcciones más recientes. Entre lo milenarío y lo nuevo, entre lo estable y lo inestable, se encontraron algunas piedras de tezontle negro y rojo unidas a pedazos de diferentes fachadas pintadas con el azul de la Comisión Nacional del Agua; se encontraron también pedazos de pasto artificial, botellas de refresco, fragmentos de azulejos de casas que ocuparon los bordes orientales del lago, algunos con patrones estampados y otros pintados a mano. También se anexaron a la colección algunos pedazos de madera de diferentes tamaños,

sirviendo a veces de vigas y a veces haciendo parte de algún mobiliario, colindando con muestras de materiales de construcción de edificios derrumbados en el sismo de 1985: estos últimos fueron dejados sobre la tierra para rellenar grandes extensiones de terreno hundido. Algunas ramas de formas curiosas se recuperaron al lado de huesos de animales, todo ello formando parte integral del paisaje ruinoso de los sitios excavados.

En las colecciones de los museos modernos de Europa se incluyen objetos que pueden parecerse formalmente a los materiales reunidos en los terrenos del lago de Texcoco: el hueso de un antepasado, un pedazo de cerámica, una espada con el mango doblado, una moneda de bordes irregulares. Estos objetos, al ser coleccionados tras excavaciones y discernimientos como aquellos efectuados hace poco en las tierras lacustres arriba mencionadas, reciben la designación de “reliquias”. Dichas reliquias se refieren siempre a la historia de un territorio conquistado o conquistador: la conquista en ciertos territorios pudo haber llegado como una barbarie aniquiladora, tanto como pudo haberse anclado gracias

a las sutiles intrusiones de una lengua, unas costumbres y unas formas de conocer. Algunas naciones, a través de las colecciones de sus museos, visibilizan la emancipación de un proceso colonial, y en otras, las usurpadoras, éste se hace manifiesto. Algunas colecciones intentan mostrar la persistencia de una identidad cultural a través de objetos antiquísimos; otras colecciones buscan reconstruir un espectro evolutivo, sus objetos reflejando los gradientes de una progresión histórica lineal. Los procedimientos museológicos que definen a este modelo han migrado además a las Américas, instituyendo en el “nuevo” continente una manera de elegir, curar, disponer e interpretar sus ruinas. En todos los casos, las colecciones museológicas intentan introducir una versión del pasado en la memoria colectiva, y en ello se fijan, se desactivan, se momifican.

La colección de materiales del lago desecado de Texcoco comprende un conjunto de pedazos que por defecto están fijos en su inercia, desactivados por su aislamiento, momificados por la presencia de la sal. Aquello de lo cual hacen parte nunca llegó a ser o tuvo una existencia frágil y breve, permaneciendo en ello desprovistos

de señales que los puedan vincular a alguna narrativa museológica instituida. En todo el lago resuena además el eco de la desecación como un inmenso proyecto fallido, siendo ésta el sustrato de iniciativas subsecuentes que han fallado, una tras otra.

Un museo que contenga en él esta colección deberá operar de un modo distinto sobre sus objetos: deberá darles un sentido que nunca tuvieron o que tuvieron y en seguida perdieron; deberá construir alrededor de estas historias posibles que sean verosímiles, aunque no necesariamente verdaderas; deberá proyectar reflejos de múltiples pasados sobre dichos objetos, aunque estos reflejos se contradigan entre sí.

Los materiales reunidos en este antiguo lago forman parte de un continuo que enlaza los desarrollos, decesos y resurgimientos de su tierra, agua, plantas, animales, humanos y empresas de conquista: al estar atravesados y de cierto modo constituidos por todos estos elementos, dichos materiales portan señales de múltiples devenires. En esta medida, la colección palpita con los flujos vitales de todas las instancias que han

conformado y deformado la cuenca de Texcoco.

Ahora, vamos a abstenernos aún de llamar “reliquias” a los materiales contenidos en este nuevo museo, ya que por la acción de diferentes fuerzas simbólicas y físicas, estos serán animados.

Llamémoslo *Museo Animista del Lago de Texcoco*.

Los procedimientos museológicos articulados a esta colección deberán dar forma a posibles escenarios en los cuales aquello que vive y aquello que muere en lago de Texcoco se muestren indistinguibles entre sí.



O

Oficina

La carretera Peñón-Texcoco conduce a la entrada de las oficinas que administran los terrenos federales del lago de Texcoco. Un guarda se ubica tras unas rejas azules; tras las rejas hay un edificio de una sola planta, amplio, expandiéndose horizontalmente por el terreno a través de enormes espacios interiores vacíos. El Centro Mexicano de Capacitación en Agua y Saneamiento, que es el nombre que recibe este edificio, es también en cierto sentido el corazón de los terrenos federales del lago: su corazón administrativo, su corazón político y el único lugar legítimamente ocupado por los humanos. En su interior se une un grupo de personas que difiere radicalmente de los demás grupos que ocupan las zonas colindantes al oriente de este territorio: los habitantes de los ejidos se

separan del denso tejido urbanizado de la Ciudad de México por medio de los terrenos del lago de Texcoco. Separados por las 8.000 hectáreas de esta franja de tierra de suelo inhabitado, sin vías de comunicación excepto por una ancha autopista que se extiende hasta la entrada de la ciudad de Texcoco, los pobladores de la tierra que colinda con el lago no han seguido el mismo patrón de crecimiento y disgregación que caracteriza a municipios como Ecatepec o Ciudad Nezahualcóyotl — al menos hasta hoy—. Algunos de estos grupos se llaman a sí mismos “pueblos”: muchos mantienen una relación íntima con la tierra, siendo en su mayoría comunidades rurales unidas por vínculos de sangre, linaje o pertenencia. De este modo se establece una diferencia entre una oficina y una comunidad. Las personas llegan a las oficinas del lago de Texcoco de diferentes orígenes,

y conviven durante horas de sol en silencio, sentadas frente a computadores, separadas por cubículos enmarcados por ventanas que se abren hacia inmensas planicies de tierra vacía. Se llaman entre ellos “colegas”, o usan palabras que anteceden los nombres e indican jerarquía, como “licenciado” o “ingeniero”. Entre uno y otro hay metros de espacio vacío y alfombra impoluta, ocasionalmente una mampara o una puerta. Las conversaciones ocurren en los pasillos entre uno y otro momento de aislamiento, uniéndolos a todos en torno a una misión y un trabajo: este trabajo no es igual al trabajo de la tierra que surge de relaciones de necesidad, sino que es un trabajo sobre la tierra, desde la distancia. Es un trabajo sobre una tierra que, aunque físicamente presente, se convierte en el simple sustrato de un edificio: distante, indiferente, objetual. La oficina, ese espacio físico que alberga a un grupo de personas compartiendo una porción importante de sus vidas, podría ser cualquier edificio en cualquier otro lugar.



Orilla

El lago Nabor Carrillo puede verse desde un avión: si se entra en el espacio aéreo del Estado de México desde el oriente, el lago aparece como una extraña mancha negra y rectangular, como una represa, como un territorio inexplicablemente despejado, cubierto de una sustancia oscura y brillante. Visto desde la altura de un avión volando sobre el espacio aéreo de la Ciudad de México, la perfecta geometría del lago contrasta con la caótica mancha urbana que comienza a expandirse unos pocos kilómetros al occidente. Los habitantes de la ciudad y sus inmediaciones no visitan el rectángulo de agua más grande del Valle de México: el Nabor Carrillo está protegido por barreras que restringen el acceso a extraños, de modo que sólo biólogos, agrónomos y funcionarios federales que trabajan en el área han conocido esta cuenca ortogonal de aguas tratadas.

Al ver el lago desde la orilla descubro que, a ras de suelo, su forma rectangular se desdibuja, percibiéndose en cambio como una inmensa elipse, curva y continua, que se extiende hacia el horizonte. Como si fuera un mar, de sus aguas se desprende un

olor intenso a sal y a algas; sobre su superficie se agitan pequeñas ondas de viento; además flotan grupos de patos que se han familiarizado con sus aguas, reposando sobre ellas. Alrededor del lago se construyó un camino de tezontle que en épocas de sequía cruje y levanta nubes de polvo al ser pisado y en épocas de lluvia se compacta y humedece como el barro. Las orillas del lago permanecen solitarias, siendo los patos y otras aves migratorias las únicas presencias animales que se observan en kilómetros. En medio del lago, dos flamencos posados sobre sendas piedras sobresalientes permanecen quietos, como dos esculturas rosadas puestas desde hace veinte años. Casi nadie transita por este cinturón de tierra que rodea al lago: a veces un hombre que trabaja en una zona cercana sale a correr por el camino que bordea al agua.

Sobre el perímetro del Nabor Carrillo se adivinan varias construcciones en cemento, agrietadas o derrumbadas durante los treinta años de vida del lago: un monumento parecido a las esculturas modernas de la Ruta de la Amistad —colección de monumentos que se extiende al sur del Anillo Periférico en Ciudad de Mé-

xico— levantándose como un arco invertido en homenaje al artífice del lago (el ingeniero Nabor Carrillo); también se divisan un embarcadero hecho pedazos, asomándose en el agua y aferrándose a la orilla, una caseta de vigilancia de la cual se asoma la gorra de un vigilante vestido con uniforme negro, y unos pilares desnudos y alineados, cubiertos por la hierba y parcialmente carcomidos por la sal. Estas construcciones están pintadas de un mismo tono azul claro: este color, un poco más intenso que aquel de una piscina y un poco más claro que aquel del mar, brilla desde lejos en distintos puntos de los márgenes del lago, resaltando sobre los tonos pardos del paisaje. En el cuadrante oriental de esta inmensa superficie de agua salada, lago adentro, hay una isla poblada con vegetación foránea y frondosa; en medio de la isla se observa una casa. Una embarcación amarrada a un madero enterrado en la orilla se suspende sobre el agua.

La isla se ve pequeña desde la orilla; los dos flamencos, separados de la isla por un par de kilómetros, se pierden como puntos indistinguibles en la inmensidad de este espejo de agua. La orilla del lago Nabor

Carrillo, en medio de su ausencia de sonidos humanos y su soledad, y entre los graznidos de una comunidad creciente de aves, se convierte en un intersticio: aparece cada vez menos como el borde de una geometría regular y cada vez más como el umbral a un mundo sin humanos, hecho de agua salada, de pájaros de distintas especies, de construcciones azules arruinadas por la sal, el agua, el viento y el abandono.



P

Paisaje

Robert Smithson, artista estadounidense y pionero del llamado “arte de la tierra” (*land art*) tenía 35 años cuando murió en un accidente de avión en 1973. La aeronave cayó en picada mientras el artista observaba desde el aire a su obra *Rampa de Amarillo* en el estado de Texas, alzándose encima de un círculo roto de más de cien metros de diámetro, en medio de uno de los vastos parajes de América del Norte. Lo imagino ahora precipitándose en una caída infinita, vertical pero ligeramente serpenteante, hacia una planicie de tierras secas y nubes de polvo confundiendo con las nubes del cielo en el horizonte. Imagino el sol ardiendo, rojo y redondo, reflejándose en rayos de luz sobre millones de cristales; luego el estruendo sordo del avión rompiéndose en pe-

dazos al tocar tierra y la explosión, lanzando una esfera de llamas hacia el cielo, azul y despejado. Pienso en cómo sería morir en medio de uno de estos parajes, sin vida humana en kilómetros a la redonda: cuando un avión impacta la tierra, todo se convierte en materia indiferente, en una combustión de pedazos de carne y metal irrumpiendo en la planicie. El encuentro entre un humano y una tierra como aquella de Texas se da con la agresividad de un accidente.

Un paisaje siempre se abre ante la mirada desde un único punto de fuga, extendiéndose a una distancia abarcable, permitiendo trazar sobre éste la línea del horizonte. Los paisajes se forman para ser enmarcados por el ojo humano, para ser potencialmente dominados por nuestra mirada. Por el contrario, las grandes montañas, desiertos, valles e incluso las carreteras infinitas de

esta región del planeta no se pueden pensar como paisaje, porque ya hemos colisionado con ellas al intentar domesticarlas. Las tierras americanas tienen un carácter tal que al acercarnos a ellas, pueden aparecer tan vastas y abiertas que éstas nos devoran. Es así como entran en una categoría ontológica diferente a la del paisaje.

Las planicies de Texas no son un paisaje porque son demasiado extensas, áridas y desoladas; el desierto del sur de California, con sus réplicas idénticas del árbol de Josué espaciadas hasta hacernos olvidar cuál de ellas indica el norte, tampoco es un paisaje como tal; ambas regiones fueron además parte de México y parte de una América más extensa. El Valle de México, parte del mismo continuo de tierra que se extiende desde el norte, no es un paisaje: su cuenca ha sido intervenida por manos humanas. La cordillera de los Andes, que al recorrerla hacia arriba va cambiando de vegetación, de clima, de olor, hasta que termina siendo otra tierra irreconocible, tampoco es un paisaje.

En América, de norte a sur, la tierra a veces se desborda hacia la inmensidad desértica que borra toda coor-

denada, o a veces se convierte en un tejido denso de selva, montaña, capas de verde y otros colores que se contienen unas dentro de otras y que en ello escapan del control que ejercería un horizonte. En los desiertos norteamericanos la escala hace del paisaje una empresa imposible, mientras en las selvas y bosques del centro y sur del continente la flora y fauna se multiplican hacia abajo, hacia estratos que están siempre ocultos a la vista. La perturbación humana en suelo americano se expande en un rango infinito de variaciones que incluye a los primeros asentamientos de pueblos agricultores, las embarcaciones que hace siglos atracaron desde Europa en sus orillas, las intervenciones del arte sobre su superficie y las empresas extractivas modernas. Atravesada (a veces violentamente) por los hombres, la tierra americana no se puede ver como una tierra virgen o como un espacio puramente “natural” a contemplar, sino como una tierra híbrida entre humana y no humana, entre desafiante y amenazada. Por esto se resiste a ser paisaje, a ser objeto contemplado.

Smithson dibujó la *Espiral Jetty* sobre la orilla del Gran Lago Salado en Utah un año antes de morir. Consti-

tuida por piedras, tierra, y vacíos por los cuales se filtra la sal del lago, la *Espiral* puede entenderse como una manera de ejemplificar la resistencia de la tierra a ser paisaje: la orilla del lago se abre hacia adentro como una explanada de sal y rojo sangre; sobre ella se alarga la espiral como una forma que pudo haber sido construida hace miles de años o haber surgido del mismo lago en una extraña turbulencia. La espiral es y no es parte del lago, es y no es una construcción humana, sobresale y a la vez se confunde con la tierra. Abrazando a la Tierra en un círculo que se enrosca sobre sí mismo, se extiende más allá de la orilla del Gran Lago Salado como una presencia híbrida.



Parque

En una zona de los terrenos del lago de Texcoco se encuentra, intacta, una cancha de fútbol, cubierta de un pasto de color verde intenso hecho en nylon. La cancha permanece vacía, uniéndose a otras canchas de deportes diversos a través de caminos. Al pie de éstas se encuentran cabañas de madera, también solas y

sin ocupar. Todas estas construcciones forman parte de un proyecto que se hizo urgente y polémico durante la presidencia de Felipe Calderón. El Parque Ecológico Lago de Texcoco se propuso de modo paralelo a otro proyecto: *México, Ciudad Futura*. Ambos proyectos insistían en la necesidad de recuperar una zona lacustre del mayoritariamente seco lago de Texcoco, mitigando un inminente impacto ambiental que la ciudad llevaba décadas resistiendo. Pequeñas variaciones diferenciaban a un proyecto del otro (las más grandes eran probablemente políticas): proponían, cada uno a su manera, un sistema de lagos e islas interconectadas que habilitarían las funciones ecológicas de un terreno protegido, a la vez dando lugar a urbanizaciones uniformes (tal vez de clase media), así como a diferentes tipos de comercios; estos proyectos instalarían en su centro, como un eje articulador del gran todo, un nuevo aeropuerto. Es comprensible que la zona federal del lago de Texcoco fuese vista como una gran fuente de ganancias para una firma de arquitectos y para sus amigos políticos: un terreno vasto y vacío de miles de hectáreas de extensión, de posibilidades enormes para las fuerzas urbanizadoras de

una ciudad que ya no permite más crecimiento horizontal, y cuyo plan de ordenamiento se revela cada vez más caótico y menos funcional. Un proyecto planteado desde la premisa de un rescate ecológico, además, ocultaría bien los intereses privados y partidistas bajo la capa del bien común.

México, Ciudad Futura fue la promesa no cumplida del gobierno de Calderón. El Parque Ecológico Lago de Texcoco, por su parte, se abrió camino pocos meses antes de terminar su gobierno: en julio de 2008, dentro de una campaña presidida por el propio presidente, se anunció en la ciudad de Texcoco, vecina inmediata de los terrenos federales, que la construcción del parque sería una realidad. Faltaba poco para el fin del gobierno de Calderón, y aún así se comenzaron las licitaciones. Se restauraron en seguida los suelos para la construcción de la infraestructura principal; se construyeron las cabañas, las canchas, los caminos y se anclaron los postes de luz al suelo; se levantaron también algunas señales, entre ellas, el mapa del parque en colores, muy cerca de la entrada principal.

Al llegar Enrique Peña Nieto al poder el proyecto fue abandonado, quedando como un parque construido a medias, aislado entre terrenos federales: una ruina sin presente, pasado o futuro, y en ella, encarnadas, una serie de promesas no cumplidas. El nuevo aeropuerto por su parte, de manera directa y sin rodeos, se abrió lugar.



Pasto

La fecha de la desecación definitiva del lago de Texcoco no aparece escrita en documentos oficiales. Algunos habitantes de la ciudad de Texcoco con quienes he logrado entrevistarme afirman que, en época de lluvias, en 1970 aún era posible navegar en canoa sobre las aguas del lago y llegar al centro del Distrito Federal. Hay sin embargo evidencias que muestran cómo su desertificación ya era inminente a mediados de la década del 60. La película *Viento negro*, estrenada en 1964, narra la historia de la construcción del Ferrocarril Sonora-Baja California; en el fondo de algunas escenas se revela un desierto enorme que en realidad era la zona

norte del lago de Texcoco, donde hoy comienza a construirse un aeropuerto nuevo para la ciudad. El lago se convirtió, drástica e irónicamente, en un desierto similar al desierto de Sonora: los vientos levantaban intensas tormentas de arena; la temperatura se elevaba en el día para luego descender en la noche.

Una transformación igualmente radical del paraje comenzó a ocurrir durante la década del 70: la entonces Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos conformó la comisión del Lago de Texcoco, iniciando la siembra de una única especie vegetal sobre un suelo de fertilidad improbable. El pasto *Distichlis spicata* crece como un rizoma, arrojando desde sí nuevos brotes como líneas de fuga en diferentes direcciones. De estos pastos pueden o no desprenderse otros nuevos, o pueden extenderse como largos brazos hasta adherirse a un punto de la tierra. Al crecer de forma horizontal, su movimiento por el suelo se parece al de un reptil: el pasto salado es una planta que tiene algo de animal.

Como una capa vegetal no crece sola, sino que lo hace en la medida en que el suelo se lo permite, adaptándose

a ella y amoldándose a sus raíces, el pH del suelo se ajusta lentamente a aquel requerido por las plantas. Con progreso lento, en el lago de Texcoco el suelo fue cambiando ante la presencia del pasto hasta lograr ser poblado enteramente por éste: hectáreas enteras al interior de la zona federal se convirtieron en un nuevo ecosistema de color verde amarillento, híbrido de lago, desierto y pastizal.



Pato

La zona que rodea al lago Nabor Carrillo, hoy delimitada como reserva ecológica, está poblada de aves nativas todo el año y de aves migratorias durante el invierno. Según algunos expertos en avifauna que han observado y seguido a los pájaros que se posan en los árboles, este punto del Valle de México es el lugar más importante en el área para las bandadas que recorren rutas migratorias. Miles de estos animales —principalmente patos como el bocón, la cerceta de alas azules, la cerceta café, el pato tepalcate, el golondrino, el chalcuán y el pato coacoxtle— se sientan so-

bre las aguas de este vaso regulador en grupos de un par de cientos de animales, flotando sobre ellas, haciéndolas su casa por unos cuantos meses.

Las migraciones son procesos de largos desplazamientos por aire, que implican a veces sobrevolar porciones continuas de océano y tierras inhabitadas, llevando a cabo largas jornadas de vuelo con cortos descansos. Grupos de aves llegan cada año al mismo lugar con la certeza de que al año siguiente van a regresar, “sabiendo” de alguna forma que las generaciones posteriores de su especie recorrerán exactamente la misma ruta: miles de kilómetros que luego, desandarán. El agudo sentido de orientación de estas aves les permite prestar especial atención a los cambios sutiles del clima, la luz y los vientos, observando desde el aire marcadores geográficos como cordilleras, costas y valles que sirven de guía en su recorrido, los cuales señalan dónde pueden parar y cuál será su destino. Esta concepción del tiempo y del espacio dista de la humana, especialmente de aquella que introduce el capitalismo tardío, al compartimentar el tiempo en porciones exactas de labor productiva y

tiempo improductivo, las relaciones sociales en conjuntos desunidos de individuos, y el espacio en un ámbito público y uno privado. La bandada, por el contrario, forma toda ella un sistema que conoce y reconoce las rutas migratorias como si fueran extensiones de los cuerpos de los pájaros, continuaciones de sus plumas.

Para estas migraciones, el punto de llegada al Valle de México es un lago que no tiene más de un lustro de existencia. En principio y técnicamente, el Nabor Carrillo no es siquiera un lago: es un vaso regulador, una concavidad forzada sobre la tierra que está disponible a ser llenada cuando las lluvias amenazan con inundar la ciudad. Emulando torpemente la perspectiva de las aves, si se mira desde un avión aterrizando sobre el aeropuerto de Ciudad de México, el Nabor Carrillo aparece como un perfecto rectángulo en medio de terrenos contrastantemente irregulares. Además, desde su creación, sobre este lago han sido depositadas las aguas negras de la zona nororiental de Ciudad de México, reunidas en el lago Churubusco (otro vaso regulador abierto en los terrenos del lago de Texcoco, unos kilómetros al occidente). Aunque tratadas, estas aguas

guardan minerales y elementos de origen metropolitano. Los patos han recorrido miles de kilómetros de pajares indomados; por generaciones, han migrado insistentemente a este lugar, revelando uno de muchos posibles procesos de adaptación a un “artificio” de tierra y agua.



Pozo

La Ciudad Deportiva Magdalena Mixhuca, en Ciudad de México, ocupa varias cuerdas de la colonia Granjas y bordea tres estaciones de metro de la línea nueve. Un autódromo, un foro, una cancha de fútbol, posiblemente una alberca y otros campos deportivos se encuentran dentro de su perímetro. Dentro de ella también se encuentra un área cerrada por Petróleos de México: una porción de tierra acordonada con rejas grises y opacas oculta una gran obra infraestructural anclada en medio de los campos deportivos. Ubicándose en la parte sur de la Ciudad Deportiva se ve una torre blanca de andamiajes metálicos que se alza un par de decenas de metros hacia arriba, sobre la cual se puede

leer el logotipo de Pemex, en letras verdes y rojas. Pasando junto al cerramiento de rejas grises se alcanza a oír un zumbido de máquinas operando; unos campamentos de obra se adivinan por los agujeros de la reja principal.

La torre blanca que se siembra en esa porción de terreno, en medio de un área urbanizada, es la parte sobresaliente de una perforación que se introduce dos mil metros hacia abajo, abriendo un hueco entre varias capas de arcillas, limo y rocas. A dos mil metros bajo tierra hay un acuífero, escondido y perfectamente contenido: el antiguo lago de Texcoco, formado miles de años antes de que se formara el Valle de México, sepultado por capas de piedra volcánica de múltiples erupciones, así como por la formación progresiva de estratos desplazados hacia arriba. Este lago ha sido resguardado por barreras de piedra que han impedido que éste se filtre y desaparezca, siendo protegido también por la enorme distancia que lo separa de la primera capa de suelo. Un cuerpo de agua perfectamente formado convivió entonces con un lago gemelo, ubicado justo encima, separados ambos por un par de kilómetros, hasta el momento en

que el lago superficial fue secado.

El drenaje del lago que ocupaba la superficie ha sido acompañado de otros procesos de ocultamiento y desplazamiento de corrientes y depósitos de agua. Los ríos que corrían por el Valle de México fueron revestidos por capas de concreto y sobre ellos, paralelos a ellos, ahora corren avenidas. El lago de Texcoco fue secado y expulsado por tajos, canales y túneles. Ahora, en unos pocos metros de terreno y en medio de un lugar urbanizado, se extrae otro cuerpo de agua: la perforación en Magdalena Mixhuca es una de varias que han llegado al resguardo del lago, apenas tocando sus aguas.

El acuífero, el lago profundo de Texcoco, saldrá a la superficie en forma de flujos de agua que pronto serán canalizados y almacenados en esta pequeña porción de la Ciudad Deportiva, en Iztapalapa, o en alguna de las demás infraestructuras circundantes. Los pozos profundos, a diferencia de las presas, son indetectables a la vista porque están bajo tierra: sobre ellos se levantan bardas de metal, producto de la implementación de políticas públicas y procesos de privatización. El lago, sin em-

bargo, pronto escapará por la fuerza de las bombas hacia los suministros de agua, hacia los grifos, haciéndose más presente, más cercano. La ciudad por su parte, al no poder expandirse más hacia los lados, se ancla más al suelo y empieza a descender, extendiéndose a través de este pozo hacia abajo, hacia el centro de la Tierra.



Proyecto

En la biblioteca que guarda la memoria institucional del lago de Texcoco, dentro de las oficinas que tiene la Conagua en San Juan de Aragón, están archivados facsímiles de todo tipo de proyectos redactados desde 1971. Allí se encuentran los informes de los pocos planes que aún funcionan, incluyendo iniciativas con visión ecológica: dichas iniciativas prometían transformaciones para el futuro de este terreno, hoy en día pareciendo asuntos de un pasado lejano; también se guardan copias impresas de aquellos proyectos realizados y clausurados, facsímiles de aquellos que nunca se realizaron, y ejemplares de los que eran imposi-

bles de realizar. Entre estos, un álbum argollado con cubierta de cuero rojo guarda los planos de un proyecto habitacional a construirse en el lago de Texcoco. Ninguna de sus páginas está fechada, pero al encontrar el sello de la Secretaría de Recursos Hidráulicos en su portada, se puede inferir que el álbum fue compilado entre finales de la década del setenta y comienzos de la década del ochenta del siglo pasado. En cada una de las páginas y al pie de los planos dibujados a mano está escrita, en letras mayúsculas de tipografía gruesa y sin serifas, la palabra “Coplasa”.

La empresa constructora Coplasa aún existe y está a cargo de numerosas obras públicas a lo largo y ancho del territorio mexicano. Desarrolla obras de infraestructura vial y presas para proyectos mineros en Zacatecas y Durango. También construye infraestructura minera para concesiones privadas y adecuaciones industriales para complejos agrícolas de gran escala. En las imágenes de sus obras más importantes se ven enormes extensiones de terrenos desertificados con torres de acero y aluminio, grandes hangares que se extienden sobre suelos desnudos y edificios asentados sobre planchas

de concreto.

La existencia de este documento muestra que los impulsos e impactos que ahora se abren lugar bajo la forma del Nuevo Aeropuerto y su proyecto desarrollista, sobre los terrenos del lago de Texcoco y sobre toda la región, no son un asunto de una o dos décadas de antigüedad. En este álbum de cubierta roja se visualiza —a través de la mano de un dibujante y los colores de sus tintas— cómo un complejo habitacional se desborda hacia un espacio rural e inhabitado como una mancha cuadrículada, mucho antes de concebirse los diseños de *México, Ciudad Futura* o del Parque Ecológico Lago de Texcoco, otros dos proyectos con ideas similares y que anteceden al aeropuerto. Coplasa planteó una posibilidad de privatización de la tierra hace más de 40 años; lo hizo el grupo ICA hace casi diez años y hoy lo hace el Grupo Aeroportuario de la Ciudad de México, esta vez con éxito. Para éste último consorcio y para todos los anteriores, el aeropuerto no representa tanto una necesidad concreta de la ciudad, situada ahí, en medio de un antiguo lecho de lago, sino una idea abstracta de desarrollo que pudo haber tomado cualquier

forma: edificios, fábricas, centros comerciales, autopistas, terminales aéreas. No interesa la función tanto como el hecho mismo de construir, intervenir, sacarle provecho a una tierra desaprovechada. Los planos de Coplasa, reinterpretados por los modos actuales de diseñar, bien pudieron haberse incorporado a un plan de construcción cualquiera, multiplicando sus módulos de vivienda de tipo medio por los cientos, añadiendo en medio un pequeño cuerpo de agua que imprimiera en él un sello de consideración ambiental.



Pueblo

Los pueblos del nororiente del estado de México están todos unidos: es difícil saber dónde termina uno y empieza el otro. Las calles son angostas. A ambos lados se aglomeran casas de una sola planta. Sobre algunas paredes exteriores se ven pinturas murales maltratadas por el paso de los años: retratos de Emiliano Zapata, consignas políticas, frases que se repiten en varios colores y tipografías. Algunas casas tienen fachadas de ladrillo; otras, rejas de metal y pintura electrostá-

tica. A paso lento y siguiendo el tráfico de camiones de carga, las calles se convierten en laberintos estrechos que terminan en callejones cerrados, a medida que el automóvil se interna en alguno de los pueblos. Tal vez estamos en Atenco, Nexquipayac o Tocuila, pegados estos por calles que comparten nombre, o que tienen dos nombres, uno a cada lado de la calle. La gente camina por aceras delgadas de cemento y piedra. Los comercios están abiertos, exhibiendo avisos pintados a mano o impresos en lonas de colores. Un olor a comida se filtra por las ventanas del carro en movimiento. En el centro de cada pueblo está la plaza, la iglesia, los puestos de fruta que aparecen bajo carpas rojas algunos días de la semana. Hay gente sentada en bancas de madera y metal oxidado, mirando otra gente que camina. Algunos niños corren atravesando la plaza, pareciendo huir de la escuela. Un panteón, enrejado, deja ver sus lápidas a pocos centímetros del suelo: las piedras, agrietadas, están rodeadas de pasto crecido de manera dispareja. Los carros se estacionan a los lados de la plaza, junto a la acera, en fila. Atravesando la plaza, las calles desembocan en caminos destapados. Aparecen los ejidos: las casas se erigen espaciadas; se asoman los cerros y los ríos bordeando los caminos; se divisan amplias extensiones de pasto, sembrados de maíz,

nopales adheridos a cercas de alambre
y madera.



R

Rehabilitación

Los desechos orgánicos que expulsa la Ciudad de México son acumulados bajo superficies de membrana plástica, para luego ser comprimidos como si fueran una capa más de tierra en proceso de sedimentación: a esto se le llama “relleno sanitario”. A pesar de estar compactados y confinados a lugares demarcados, los rellenos siguen siendo superficies de tierra metropolitana con un uso de suelos indeseable y problemático. Los desarrolladores inmobiliarios han modificado este uso de suelo al construir, encima de los rellenos, edificaciones que obligan a alzar la mirada hacia lo alto de un edificio cubierto de cristales, y en ello olvidar que un proyecto nuevo está apoyado sobre una capa gruesa de desechos comprimidos. Este es el caso de Santa Fe, al occidente de la Ciudad

de México: un distrito financiero de altos edificios construidos sobre rellenos sanitarios. Ciudad Jardín Bicentenario está cerca del actual aeropuerto, siendo otro caso conocido de un basurero rehabilitado: un complejo comercial y deportivo que se levantó sobre el antiguo bordo de Xochiaca, al oriente de la ciudad. Si se hiciera un corte transversal del suelo de Ciudad Jardín, las capas superiores revelarían una morfología confusa y además inestable, teniendo en cuenta el hecho de que el barrio donde se asienta este complejo fue construido sobre el lecho de un gran lago desecado. Su suelo de basura se desborda aún en forma líquida sobre las capas inferiores, que son a su vez arcillas hechas de formas de vida que habitaron el lago hace siglos: plancton, algas, crustáceos, peces. El suelo se mueve porque está todavía experimentando cambios químicos y liberando gases. Las capas viejas

son blandas, las nuevas más blandas aún, y ambas, al ser maleables, están mezcladas.

Unos kilómetros al nororiente de Ciudad Jardín se encuentra el Bordo Poniente, otro basurero mucho más grande que el que intentan cubrir hectáreas de pasto y centros comerciales en otras zonas de la ciudad. La mayor parte de este bordo, el cual se encuentra en los terrenos actuales del lago de Texcoco, está expuesta al aire. En él se perciben con todos los sentidos los cambios de la basura que en el antiguo Bordo de Xochiaca y en los rellenos sanitarios de Santa Fe aún ocurren, pero sepultados bajo tierra: las aguas burbujan, la basura sólida se reacomoda, el suelo emite calor y cambia todo el tiempo de color y de forma.

En una porción de este relleno del lago de Texcoco, a comienzos del presente siglo, un grupo de ingenieros decidió compactar la basura, sentando las bases para un nuevo proyecto de rehabilitación: cubrieron el relleno de abono y luego de pasto; sembraron árboles que crecieron frondosos y fuertes; construyeron sobre ella un parque; dibujaron caminos y campos de juego. Si se

pisa hoy día, el suelo de este nuevo parque se siente caliente y movedizo, mientras se perciben gases escapar de él. Aunque invisible, la descomposición de la basura de millones de habitantes de la Ciudad de México será por largo tiempo la manifestación más contundente de este suelo híbrido intentando ser pradera.



Ruina

No soy una cosa, sino un estado de todas las cosas construidas. Soy el destino inevitable de todo lo que alteran las manos humanas, la caída de todo lo que se levanta. La emoción de los hombres por el futuro, ese impulso optimista de crear cosas que permanezcan, que cambien el mundo, que fijen la huella de una sola especie animal sobre la tierra, me produce tristeza y algo de lástima. Aunque aparezco siempre ante sus ojos de las maneras más sutiles hasta las más catastróficas, los humanos parecen no verme, o si me ven, me olvidan rápido. Tantas ciudades han caído y dejado pedazos míos sobre el suelo, tantas veces aparezco en forma de edificios destruidos, de nau-

fragios que quedan sepultados en el fondo del mar... Desde hace siglos estoy presente en todas las historias humanas, las de Oriente, las de Occidente, las del Norte y las del Sur. Recientemente me he multiplicado con la llegada explosiva del plástico a todas las culturas: las cosas son ahora más efímeras, de formas cambiantes, estructuras débiles y frágiles materiales. En este presente humano me asomo más rápido por las grietas de las paredes de yeso, por los cristales del plástico mareado al exponerse al sol, por las latas oxidadas de los carros y por la basura, esa multitud irreductible de basura que crece sin control, que se expulsa a los márgenes para abrir espacio a más cosas que me tienen dentro, en potencia.

La Ciudad de México me conoce bien; a veces me recuerda cada Septiembre: en 1985 un terremoto hizo caer los edificios más altos, los más fuertes; sacudió las estructuras de muchos que quedaron desde entonces asediados por mi fantasma. Me sembré en ese entonces como una capa fría, como la niebla que se levanta en los cementerios al amanecer. Hoy, treinta años después, los habitantes de esta ciudad dicen que me recuerdan, que es mi aniversario,

el aniversario de la ruina de la ciudad. Me invocan, me llaman, me lloran. No se dan cuenta de que nunca los he abandonado, que por el contrario he crecido y conquistado otros horizontes dentro de aquello que ellos llaman “progreso”, “desarrollo” o “novedad”. No me ven porque se detienen en las superficies brillantes de los edificios recién levantados, en el olor a asfalto nuevo y sedoso de las avenidas recién reconstruidas. Creen que soy lo que no soy, que tengo una cierta forma y belleza, que soy ese pedazo de columna blanca medio rota parecida a las de Grecia, o esa pared desnuda que aún queda en pie a pesar del paso de los siglos. Ellos creen que soy esa pirámide a la que le faltan algunas piedras, que ha perdido sus pigmentos.

No soy eso. Soy el estado latente de fractura de todos los vidrios brillantes, el límite de todos los proyectos, lo que se avecina, lo inminente.



S

Sal

Soy la sal del lago de Texcoco: cuando el suelo se seca, aparezco como una capa blanca de nieve que se hace muy presente a ras de suelo. Cuando me fundo en el agua de los lagos artificiales que ahora pueblan este gran terreno, me vuelvo invisible, indetectable. Soy una combinación de sodio y cloro, aunque nunca estoy pura: me mezclo siempre con la tierra y sus minerales, con los residuos que llegan volando de la ciudad y con el aire cuando soy volátil. Me llaman tequesquite, a veces, cuando formo costras grises sobre la tierra, que se agrietan y levantan como escamas. Me llamaron así los nahuas al pisar este suelo porque doy a la tierra el aspecto de una piedra brotante, de un polvo que sale de abajo, mágicamente, en forma de cristales.

Soy muy vieja, más que el agua del valle. Conozco este lugar mejor que nadie: he visto cómo ha cambiado, cómo sigue cambiando hoy. He visto cómo el agua ha ido y vuelto, hasta marcharse del todo hace unas décadas. Al estar unida a la tierra, he sentido cómo el suelo se ha hundido, tanto por el peso de la ciudad que está justo al lado, como por la fuga del agua hacia el valle de Tula. He percibido la pérdida, el abandono, el renacimiento de esta tierra. He notado cómo en ella se asientan los humanos; he observado cómo reparten sus parcelas trazando límites imaginarios que dividen la tierra. He apreciado cómo la han partido en dos al construir una autopista, justo en medio, ancha y recta; he advertido cómo desde entonces los camiones la atraviesan, y cómo me hace temblar la vibración de sus motores.

Aquí los ciclos de tiempo los marco

yo, al aparecer en el suelo más temprano que el sol y quedarme hasta entrada la noche brillando y reflejando la luz de la luna. Estos ciclos de tiempo corren de modo distinto al tiempo ordinario: todo crece más lento y todo muere más rápido. Sobre mí se posan las aves, se refugian los insectos, los peces que nadan en las aguas salinas que aún permanecen me introducen constantemente en sus branquias. En el suelo que se mezcla conmigo intentaron sembrar muchas especies de plantas que fueron muriendo, una a una, mientras yo seguía aflorando como polvo blanco, levantándome en el aire sobre los retoños muertos que quedaban tendidos en el suelo como cadáveres. Aquí soy el enemigo de la vida vegetal, y soy también la gran prueba que hace que lo que aquí florezca se haga más fuerte, más resiliente. Mi poder aquí es inmenso: convierto el agua en veneno para algunos, en fluido de vida para otros. Hago de la tierra una superficie desértica, plana e inmóvil como en otros planetas; la vida que aquí prospera se vuelve extraña por mi presencia.

He visto cómo los humanos han intentado conquistar mis tierras. Los he visto construir sus casas sobre mí.

He conocido esas casas por dentro y por fuera: me adhiero a todo, me incrusto en todos los metales y piedras, y me pego a los vidrios como una capa de esmeril. Las cosas que entran en contacto conmigo se envejecen, se enrarecen, se oxidan, se secan. Por esta razón las construcciones que aquí se instalan se hacen frágiles y eventualmente se rompen y colapsan. Los humanos, además, no están hechos para vivir a mi lado, y por eso van y vienen, dejando sus cascajos en el suelo como ruinas: sus voluntades, sus deseos, sus proyectos se hacen débiles en una tierra de mucha sal y poca agua; los castellanos, los defeños, los texcocanos, los empresarios de aquí y de allí, todos van y vienen, nunca permanecen.

Recuerdo que hace siglos la ciudad y el lago eran una sola; yo podía recorrer sus caminos a través del agua y rodear la isla que ahora forman su zócalo y su centro. Mezclada con el agua, conocí a Ciudad de México como un pequeño manojito de islas que tendían puentes entre ellas; pude ver también a otras ciudades levantadas al margen de sus orillas, mirándolas a través del lente de las aguas que llenaban al lago de Texcoco. Yo era en esos tiempos una presencia

invisible unida al agua, subsumida a ella: el agua, extendiéndose como un inmenso cuerpo en todo el valle, era temida y amada. Yo vivía de ese amor y ese temor que se extendían hacia mí, porque estaba siempre en ella, siempre con ella. Entonces, me llamaban tequesquite, y la ciudad tenía otro nombre, un nombre que ahora no se sabe pronunciar.

Cuando el lago crecía, unida a él me desbordaba sobre la ciudad hasta inundarla; por eso conozco sus edificios antiguos y modernos, sus calles pavimentadas y las múltiples capas de historia que esta ciudad ha acumulado. La conozco tanto por su antiguo nombre como por su nombre nuevo, y sé que la nueva ciudad se alzó sobre las ruinas de la otra. Desde aquí la veo todos los días a través de una capa de polvo y humo, seca y plana, densa y enredada como un hormiguero: temerosa de mi nueva forma, la ciudad permanece a mis pies. Para sus habitantes me he convertido en el fantasma que ha dejado el agua después de desaparecer, porque afloro y cubro el fondo del lago con el olor del agua salada, extendiéndome sobre él como un espectro.

Soy ese elemento que nunca pudo ser expulsado del valle porque me encuentro adherida a la tierra y siempre estoy brotando de ella. Me he convertido en dueña de esta planicie desde que el agua se fue del lago de Texcoco. Habito el suelo en forma de polvo blanco casi todo el año; caprichosamente, me levanto en el aire y con el polvo formo torbellinos que arrastran las ruinas aquí asentadas, desplazando a las más livianas de un lugar a otro. Los humanos han construido nuevos lagos sobre mí, enmarcados en bordes de cemento y piedra de tezontle, para traer de vuelta el agua e intentar borrar mi huella del suelo. Estos lagos están todos llenos de mí, aunque no sean más que espejismos del lago que hace poco fue expulsado.

Alrededor de estos lagos nuevos me acumulo y me hago más presente, me cristализo, me extiendo, me fijo sobre todas las cosas. Mi poder, fuera del agua, es un poder distinto, un poder despiadado, repelente, implacable: soy lo que carcome las superficies suaves, soy polvo, soy parte del aire, soy la tierra misma.



Símbolo

El mito de fundación de Tenochtitlán es conocido fuera de México a través de la imagen central del escudo nacional: un águila de enormes proporciones se posa sobre un nopal florecido, doblándolo con su peso; el ave sostiene con su pico y una de sus patas a una serpiente que lucha por escapar; la serpiente se pliega y despliega desafiando al ave con su mirada. Esta imagen, inscrita en la forma circular de una leyenda que la rodea con las palabras “ESTADOS UNIDOS MEXICANOS”, se convierte en símbolo del poder de una nación al ser reproducida por miles de banderas que ondean cada septiembre a lo largo y ancho del territorio; al ser convertida en el encabezado de todos sus documentos oficiales; al ser la pieza central del decorado en todos los eventos diplomáticos. En ello el águila, la serpiente y el nopal se convierten en imagen plana, en esquema, en logotipo.

Estas tres criaturas se pueden pensar también como símbolo de una relación perpetuada hasta el día de hoy entre tres elementos de la geografía central mexicana: aire, tierra y agua, articuladas entre sí de una manera

específica como la pose acrobática de dos animales y una planta succulenta. El águila sobrevuela el Valle de México abarcando con su mirada cenital la totalidad del territorio, un gran lienzo que se despliega bajo sus patas. La serpiente reptaba por el suelo salitroso de la cuenca de Texcoco, y a medida que se desplaza a ras de piso va captando los detalles y sutiles diferencias de la tierra, ocultándose en sus huecos y rincones, evadiéndose en silencio de la mirada del águila. El nopal se ancla en el suelo y extrae de él reservas de agua que guarda en sus hojas hinchadas, cubiertas de espinas afiladas que ahuyentan a las aves más pequeñas y a todos los insectos voladores. Este cactus está hecho de agua atrapada en tejidos turgentes sosteniéndose en un delicado equilibrio: con el aire seco que sopla en la región, la humedad de las hojas escapa en rápidas evaporaciones, dejando caparazones secos colapsados sobre sí mismos donde antes hubo plantas tan altas y firmes como árboles adultos.

En este nuevo símbolo, hecho también de águila, serpiente y nopal, están en disputa el aire como espacio abstracto donde se construye la visión homogénea de un territorio,

donde es posible abarcar lo que está abajo como un todo y desde donde es posible descender en picada para conquistar cualquier punto; la tierra, ese espacio de infinitas diferencias que sólo se perciben a ras, recorriendo kilómetros a pie parcela a parcela, barrio a barrio, pueblo a pueblo, ejido a ejido; el agua, ese elemento que mezclado con el lodo lacustre sostiene tanto a la visión de águila como a todas las posibles tierras, en una tensión superficial que cede para luego sumirse, que emerge del fondo de la tierra vertiéndose sobre ella, dando lugar a las formas de vida más extrañas y excesivas para luego dejarlas cadavéricas al fugarse como vapor, flujo de drenaje o chorro de grifo.



Subsidencia

En julio de 1965 el lago de Texcoco ya se parecía más a un desierto que a un lago. En su suelo de miles de hectáreas de extensión, que tomaba la forma de un inmenso terreno baldío en los márgenes de una ciudad en expansión acelerada, su lecho empezaba a imaginarse como una tábula

rasa de posibilidades infinitas. Estas posibilidades eran siempre pensadas como extensiones, prótesis o proyecciones utópicas de la ciudad: incluso la idea de construir ahí un parque, una extensión de praderas verdes, árboles y caminos, ya constituía un ejercicio de domesticación, de diseño, de delimitación de un área que en otros tiempos se expandía y contraía a voluntad, en ningún caso para obedecer los deseos de los hombres. En ese entonces el ingeniero Nabor Carrillo propuso realizar unos estudios de hundimiento de suelos en una porción pequeña de estos terrenos aún sin delimitar, al sur de lo que entonces era el camino vecinal Peñón-Texcoco. Carrillo, antes que cualquiera, se dio cuenta de que la ciudad se estaba hundiendo, y de que su hundimiento estaba directamente relacionado con la manera en la cual la ciudad se abastece (aún) de agua. Desde 1936 se empezaron a perforar pozos someros en diferentes puntos de la ciudad a medida que ésta crecía, que el lago decrecía y que la demanda de agua aumentaba. Debajo del lecho del cuerpo de agua más grande del Valle de México, una capa arcillosa y esponjosa guardaba un acuífero, que desde el pleistoceno recibía filtraciones de agua lacustre,

hinchándose hasta formar una capa homogénea, en perfecta tensión con las capas rocosas y con la superficie de la tierra. Los pozos dragadores se introducían (aún lo hacen) en esta capa; mediante succión, empujaban el agua hacia arriba mientras el acuífero se iba compactando, cediendo también ante el peso de la capa superior de construcciones arquitectónicas. Los estudios preliminares de Carrillo muestran cómo, a finales de la década del 60 y en los puntos más críticos, la ciudad ya se estaba hundiendo a razón de algo cercano a un milímetro diario.

Al llegar al lago de Texcoco el ingeniero delimitó un área rectangular de doce kilómetros cuadrados, para en ella poner a prueba la resistencia del acuífero. Pozos someros, pozos profundos, dragado de arcilla y pruebas con diferentes explosivos fueron abriendo agujeros en el suelo, hundiéndolo de manera acelerada, forzando la subsidencia de la capa lodosa que, de manera imperceptible y progresiva, llevaba años modificando el suelo en la vecina Ciudad de México. Las pruebas arrojaron datos, dando lugar a la formulación de modelos y posibles proyectos alternativos de abastecimiento que se

urdían alrededor de los terrenos vacíos del lago de Texcoco. La tierra, ya hundida como una palangana en este rectángulo que fue usado como laboratorio al aire libre, se convirtió en un nuevo lago, o más que en lago, en un nuevo símbolo: el hueco fue inundado con las aguas negras de la Ciudad de México mientras se asentaba sobre un suelo que ya había sufrido las consecuencias del crecimiento urbano.



T

Teléfono

Una bocina de teléfono emerge entre las ruinas del terremoto de 1985, dispersas y semiocultas en varios lugares del antiguo lago de Texcoco. Los escombros forman montículos de materiales de construcción de colores claros, dichos materiales usados por familias residentes en casas de clase media, en pie hasta la fecha del terremoto. Los materiales de construcción de estas casas, hechos escombros por la fuerza del sismo, son cada vez más difíciles de encontrar en las construcciones homogéneas y reducidas de los departamentos contemporáneos, erigidos como reemplazo para estas viviendas derrumbadas. En los nuevos departamentos, los “muros” se construyen como vacíos cubiertos por delgadas láminas de tablarroca, hechos de yeso y aglomerado de madera, protegidos

por vinilo de plástico que imita el color y la veta del pino, rematados por perfiles de aluminio anodizado. Los muros de cemento macizo, los bloques de piedra, los azulejos de talavera pintados a mano, los granitos y los mármoles que se ven hechos pedazos en diferentes lugares del lecho del lago, son todos parte de un pasado arquitectónico de materiales longevos, densos, pesados, detallados y cubiertos de delicados ornamentos.

Las ruinas de las construcciones forman entonces pequeñas colinas blancas, grises y amarillas. Entre estos materiales claros y elocuentes (porque al ser fragmentos nos muestran un corte transversal que revela información sobre su más íntima estructura) los objetos oscuros resaltan como puntos negros aislados y también como “cajas negras”: recipientes de información de la caída de una

casa con sus testimonios encapsulados y encriptados, contenidos dentro de la oscuridad de sus superficies.

La bocina de teléfono que emerge de las ruinas o escombros, siendo un pedazo de aparato plástico de color negro brillante con un cable que conduce los sonidos, cortado desde la raíz, se puede pensar como cierto tipo de “caja negra”. El cuerpo del teléfono está probablemente enterrado en el lecho del lago, o yace bajo los cimientos de un edificio recientemente construido en el centro de la ciudad. Las últimas voces que atravesaron la bocina no se escuchan. Su superficie negra no deja ver las huellas de su uso.

La bocina, pesada y voluminosa, contiene dos pastillas piezoeléctricas y un entramado de cables de colores que, cuando salen de ella, se enrollan en una espiral que se conecta con el cuerpo del teléfono, justo debajo. Sobre el cuerpo del teléfono se incrusta un disco plástico, agujereado, y bajo cada agujero, ordenados como las horas en un reloj de manecillas, están los números. Para operarlo se introduce el dedo en el agujero y se gira cerca de 180 grados: así se marca cada número. Al terminar de marcar

toda la secuencia de un número telefónico, suena un tono en la bocina, y luego de éste, se oye una voz.

Los teléfonos utilizados a mediados de los años 80 en Colombia eran muy similares a éste. Los aprendí a usar siendo niña, por la misma época del sismo, cuando tenía cinco años. Es probable que recibiera mis primeras llamadas hacia 1985, sorprendida por la magia del dispositivo que me permitía oír las voces de unos cuerpos que no veía y que estaban probablemente lejos. A muchos kilómetros de distancia de Colombia y en simultánea, la tierra estaba temblando en México.



Tepalcate

Cerca del límite entre los terrenos federales del lago de Texcoco y el ejido de San Bernardino se levanta una caseta de vigilancia sobre un montículo de tierra. La caseta está pintada con los colores institucionales de la Comisión Nacional del Agua de México: blanco y azul claro para los muros, y el techo de dos aguas pintado de rojo. Junto a la caseta se ex-

tiende un terreno cubierto de hierba, atravesado por surcos que parecen ser trazos de un arado que hace poco estuvo ahí. A unos metros de la caseta se levanta una cerca de alambre y estacas de concreto: al otro lado de la cerca, en el ejido, se ven unas gallinas corriendo en medio del pasto crecido, así como algunas construcciones aisladas entre sí. El montículo de tierra que le sirve de soporte a la caseta de vigilancia sobresale como una protuberancia de un metro o menos de altura, alzándose visiblemente sobre una planicie de kilómetros de extensión. Entre la tierra se asoman pedazos de color marrón que crujen al ser pisados: fragmentos de vajillas rotas, de vasijas, de cántaros, de figuras indefinidas, todos enterrados en medio del campo. Los fragmentos de cerámica que aparecen salpicados del color negro de la tierra formaban otrora piezas de vajilla: en México esta cerámica prehispánica aún es llamada con la palabra náhuatl *tepalcate*. Hace siglos, un grupo texcocano habría caminado por las orillas del lago, dejando tras de sí algunos de estos objetos: cántaros y platos llenos de comida que se ofrecían para convocar a sus ancestros, o a la lluvia, al lago mismo.

Hace algunos años, cuando las fronteras de este territorio estaban aún formándose, cuando no existían cercas y los ejidos se extendían un poco más al occidente, una familia de campesinos cultivó este terreno: las piezas de cerámica prehispánica yacían hasta entonces como en una tumba a ras de suelo. Las herramientas que se usaron para arar la tierra, al abrirse paso, fueron desenterrando estos tepalcates preservados hasta entonces por la capa gruesa y compacta de esta misma tierra. Como raíces de maleza que son separadas y despedazadas al crearse un nuevo cultivo, las figuras, vasijas y platos fueron rotos en pedazos, convertidos en pequeños sedimentos, en una parte más del sustrato suelto y amorfo que se liberaba. En los surcos del campo cultivado crecía probablemente una futura cosecha de maíz o tomate: las plantas se alzaban cubriendo todo el campo y ocultando lo que estaba (y aún está) debajo de ellas, entre sus raíces.



Tezontle

Recorriendo las naves laterales del

Museo de Antropología de Ciudad de México encontré una pequeña vitrina con una figura antropomórfica sobre un pequeño pedestal de madera, ubicada junto a un par de vasijas de cerámica. A diferencia de las piezas que había visto en otras salas, en donde la arqueología mexicana sorprende por su escala y lo incólume de sus superficies de piedra tallada, estos objetos pequeños y modestos estaban salpicados de manchas rojas, del color de la sangre humana. Las culturas que ocuparon la zona que hoy es el estado de México extraían hierro en Huahuaxtla y Huitzucó, en el vecino estado de Guerrero, transportándolo hasta sus ciudades en pesados botellones. Macerando los pedazos minerales en morteros de piedra, lo convertían en un polvo fino que esparcían sobre objetos rituales y funerarios, con el fin de augurar otra vida —distinta de la vida terrenal— para sus difuntos. El estado de México, lugar donde se extrajeron las piezas arqueológicas que hoy resaltan como puntos sanguíneos en la sala del museo, es también el lugar de extracción de la piedra de tezontle: una roca volcánica hecha de magma enfriado por procesos milenarios, porosa como una esponja y roja como las figuras rituales

que animaban a los muertos. En su estructura, estas piedras contienen moléculas ferrosas que se oxidan velozmente, tiñéndolas, al igual que lo hacía el polvo de hierro siglos atrás, del tono de la sangre humana. El tezontle, partido en pequeños pedazos, ha sido usado en construcciones mexicanas desde hace siglos: aparece en algunas viviendas coloniales que muestran el rojo en sus fachadas; se ha mezclado con el concreto para producir bloques más livianos, fundidos en edificaciones modernas; ha rellenado caminos para convertirlos en tapetes de rojo pedregoso cuando los presupuestos no alcanzan para extender una capa de pavimento sobre ellos. El lago de Texococo está hoy atravesado por líneas rojas de tezontle, trazando caminos que conectan al lago Nabor Carrillo con la carretera y al Bordo Poniente con su límite oriental. El Nabor Carrillo está enmarcado también por una delicada barda de tezontles apilados que evitan el desborde del agua en temporadas lluviosas. A medida que avanza la construcción del nuevo aeropuerto, el suelo entero de la zona norte del antiguo lago ha empezado a cubrirse de estas rocas volcánicas, compactadas múltiples veces en un intento por aplanar la cuenca. Filas

de camiones cargados de piedras rojas transitan ahora por la autopista que conecta a las minas de tezontle con los terrenos del lago, replicando los viajes del hierro en culturas antiguas; los cargamentos de roca son esparcidos sobre el suelo muerto de la cuenca, esperando que este mineral rojo le le infunda una nueva vida.



Tierra

Entre 2012 y 2013 pasé largas jornadas trabajando en un proyecto dentro del Cementerio Central de Bogotá. Este cementerio se construyó a finales del siglo XIX como un sistema compuesto de tres predios contiguos en el barrio Santa Fe, justo en el corazón de la ciudad. Durante la primera alcaldía de Enrique Peñalosa, que coincidió con el último cambio de siglo, una de las tres parcelas fue readjudicada para ser convertida en un parque, como parte de un plan de activación del espacio público. La estrategia de este plan consistía en generar amplias explanadas de concreto que cubrieran todo el terreno salvo uno o dos árboles y alguna icónica escultura

moderna. Lo llamaron “Parque El Renacimiento”, aunque contrario a su nombre, bajo este nuevo parque siempre yacerán los cimientos de un antiguo cementerio, el cual se formó como sitio transicional entre los entierros informales y la parcelación ordenada de las tumbas; así, este sitio guarda otros muertos más viejos bajo los cimientos de los mausoleos demolidos.

Al construir este “parque” no se tiene en cuenta el hecho de que la tierra tiene en sí una capa de “vida humana” que se asienta en ella, poseyendo una cierta “naturaleza” que le es propia. Tampoco se tienen en cuenta las dimensiones simbólicas de los entierros ni las relaciones que establecen vivos y muertos a través de la tierra (aquello que en algunas culturas se llama “lo sagrado”). Además, los cadáveres no son sólo un resto orgánico descompuesto que se diluye en la uniformidad de la tierra, sino un estrato híbrido muy particular: un eslabón entre la ciudad construida, los humanos que la habitan y la tierra que la soporta. Este estrato ya se ha establecido en ella, exudando su materialidad a través de la porosidad del suelo, hacia arriba: no hay plancha de cemento que pueda

neutralizar esta exudación.

Esta transformación del Cementerio Central de Bogotá revela unas prácticas de disposición y uso de la tierra en las que ésta es mirada como un objeto neutro y plano, como propiedad. De modo distinto, pero conservando esta mirada unidimensional, otros ejemplos de redistribución de la tierra revelan una misma voluntad de neutralización que devuelve un simple y llano “suelo”, susceptible de ser particionado a voluntad.

El lago de Texcoco, por su parte, perdió su agua y su carácter de eslabón entre ciudad, habitantes y tierra en una operación mucho más compleja y grande que aquella ocurrida en Bogotá. Su devenir-suelo se llevó a cabo gradualmente durante más de tres siglos; más de la mitad del territorio que antiguamente ocupaba su lecho está ahora cubierto por una capa de urbanizaciones convertida en ciudad, en una megalópolis que se ha ido sumiendo hacia abajo con el peso de sus edificios, a la vez extrayendo de su subsuelo los últimos restos de agua de esa capa híbrida y lodosa. Bajo la forma de un acuífero, dicha capa guardaba una reserva subterránea que preservaba algo de

la existencia biológica del lago que antes soportaba.

Ciudad de México es como esa plancha de cemento que se extiende sobre una porción del camposanto bogotano: por mucho que esta capa (esta vez mucho más gruesa y densa al estar hecha de edificaciones) intente transformar la tierra en suelo, aparecerán siempre fuerzas de resistencia que escapen desde abajo y que muevan la superficie urbanita, recordándole (recordándonos) la permanencia de otros estratos que la soportan y que nunca podrán ser particionados: estratos de relaciones tejidas entre humanos y geografía, formados por inscripciones de habitabilidad que se graban físicamente en las capas rocosas. Estos estratos entre vivos y muertos, entre materiales e inmateriales, son aquello que algunas culturas llaman “tierra”.



Tolvanera

A finales de la década del 60, en el lago de Texcoco ya no había agua la mayor parte del año. En épocas de lluvia su vaso se llenaba y volcaba so-

bre la ciudad, inundando sus calles principales, aunque esto sólo ocurría durante un par de meses. El resto del año la tierra sin agua se secaba y sus granos de polvo y sal quedaban expuestos al sol y al viento. Este viento levantaba los granos más gruesos y los arrastraba, los hacía rodar a ras de tierra dejando desnuda la capa inferior. Con su fuerza en todas direcciones, el viento alzaba este polvo hacia arriba y luego lo arrojaba al suelo de golpe, fracturándolo en explosiones localizadas de erosión eólica. Cuando las partículas gruesas caían al suelo, las más finas se levantaban en enormes cortinas de polvo que al acumularse formaban muros. Las partículas volátiles de estos muros se alzaban más arriba en forma de nubes, manipuladas por las corrientes más sutiles y conducidas a altas velocidades de avance de regreso hacia la Ciudad de México. Las tolvánicas, 33 de ellas al año en promedio, eran tan fuertes que se comparaban a las tormentas del desierto del Sahara. Volaban dentro de éstas, indistinguibles, partículas de polen, cemento, cenizas, hollín, silicatos, aluminatos y metales pesados que se iban adhiriendo en el camino. Entre medio día y media tarde soplaban los vientos más fuertes desde

el sureste y suroeste: el polvo caía sobre San Juan de Aragón, Ecatepec y Ciudad Nezahualcóyotl, cayendo también sobre las pistas del viejo aeropuerto así como sobre los parabrisas de los aviones. La gente en la calle abría los ojos y en las pupilas se incrustaba el polvo abrasivo, que se introducía luego por la nariz hacia los pulmones. Multitudes de personas tosiendo partículas de polvo, al unísono, empezaban a escucharse junto con el sonido del viento golpeando los muros, puertas, árboles y ventanas.



Traducción

Soy un espacio intermedio entre aquello que recuerdas, conoces, observas e imaginas; me muevo en saltos entre varias temporalidades, pasadas, presentes y futuras, a veces conjugando en una sola frase dos épocas remotas. Me formo en los intersticios que se abren entre elementos separados por silencios, midiendo sus distancias con diferentes herramientas: conceptos, datos, argumentos, símiles, elipsis, metáforas. También dibujo líneas

conectoras entre realidades dispares, acercándolas, revelando semejanzas, resonancias o vínculos secretos. A veces me llaman narradora, texto, voz, ficción. Cuando soy ficción logro ser mi propio mundo, un híbrido compuesto por la materia sutil del pensamiento, la materia densa de varios elementos reclamando ser nombrados, y un conjunto de afectos —que son como electricidad que se induce al acercar estas dos materias opuestas—.

Uso los espacios entre palabras y párrafos para insertar en ellos fuerzas que conducen el poder del nombre. Tomo además prestada la voz de diferentes sustantivos, pronombres y otras funciones enunciatoras, usándolos como vehículo de mis operaciones. Engaño a prosistas, poetas, dramaturgos, cronistas, ensayistas y teóricos cuando escriben, haciéndoles creer que aquello que hacen es un recuento verídico o una proyección inalterada de su mente, condescendiendo a mi lenguaje como un mero vehículo de esta proyección. Los confundo cuando escriben biografías porque creen que se describen a sí mismos, cuando en realidad se inventan, se construyen, se producen como réplicas de otras biografías; su

“yo” escrito es producto de una superposición de biografías infinitas y ajenas, no encontrándose el escritor en ninguna. Escribo así por todos y para todos; en ello distingo con claridad cada voz que escribe, incluso aquellas que intentan no estar presentes en un acto de escritura: quienes evitan la primera persona, quienes citan la palabra de otros para evitar exponerse, quienes defienden una división entre sujetos y objetos, quienes se ubican a un lado de esta división para hablar en nombre de los otros.

En este mundo humano me organizo entre las lenguas que se hablan. Soy el pasaje de lo hablado a lo escrito y la transición de una lengua a otra. Así como al interior de una lengua produzco relatos que toman algo y lo transforman, para hacer el tránsito de una lengua a otra necesito crear artilugios, componer, armar, seleccionar y organizar de nuevo mis signos en combinaciones nuevas: transformo balbuceos en palabras cargadas de sentido. Además, las lenguas que atravieso no son esferas unitarias sino conjuntos de heterogéneas variaciones, que van cambiando de forma a medida que cambia la vegetación, la geografía, el

clima, variando sutilmente de región a región, cambiando dramáticamente de nación a nación, mezclándose con otras lenguas que comparten el mismo territorio. Cada lengua se adapta y transforma en otra, ya que las cosas que se nombran nunca son las mismas en un paraje frío, húmedo, a penas habitado por humanos, que en un valle seco, cálido y poblado por millones de personas.

Los nombres, esas palabras poderosas que surgen dentro del carácter específico de toda lengua, también son una de mis formas: estos permiten que cada cosa se revele, conserve y cuide como única. A la vez, un nombre puede ser un instrumento de conquista cuando le impone una designación ajena a algo ya nombrado, ignorando relaciones íntimas y antiguas, previamente tejidas entre palabras y cosas.

Siguiendo las curvas y accidentes de una lengua, opero en conjunción con alguna mirada que la recorre, produciendo con dicha mirada hechos, evidencias, acontecimientos: unimos fuerzas, nos movemos, desplazamos las cosas de lugar y vamos dando forma dinámica a todo tipo de figuras que se creen estables y ab-

solutas. Las miradas que se pueden unir a mí son muchas: se encuentran limitadas por el rango de visión que alcanza un punto de vista y necesitan completarse acercándose a mí. Yo también me completo a través de ellas, me transformo de múltiples maneras con ellas, ya que puedo adoptar tantas formas como sea posible combinar mis signos. Quienes no entienden esta colaboración entre texto y mirada, malinterpretando mi intervención inventiva en todo lo escrito, me atribuyen un lugar en el reino de lo falso, creyendo que existe tal cosa como una distinción entre mentiras y verdades: las verdades, según esta distinción, serían aquellas cosas que se trasladan intactas al texto sin mutaciones, sin distorsiones, sin pérdidas.

Cuando una verdad no se entiende como *fabricación*, ésta empieza a producir interferencias generadas por un texto en algún cuerpo, algún pueblo o alguna geografía vulnerable. Estas interferencias se van manifestando lentamente como líneas divisoras, cuadrículas, fronteras, bardas, muros, prisiones, fracturas o heridas: mis signos, en principio escritos en papel o en la materia casi inaprehensible del código, a veces

terminan inscribiéndose en los cuerpos, en la arquitectura o en la corteza de la tierra.



Tumba

El 19 de septiembre de 2015 se cumplieron 30 años del sismo que derribó a la Ciudad de México. En una conversación con el empleado más antiguo del panteón de Dolores, supe que la noche después del terremoto los cuerpos encontrados bajo los escombros habían sido llevados en masa a los lotes aún vacíos del panteón, formando pilas inmensas de cuerpos no identificados, sobrepoblando el cementerio, poniéndolo en crisis. Si ocurriera hoy una tragedia similar, este cementerio no tendría espacio para recibir una cantidad de restos como la de 1985.

Las tumbas se organizan unas junto a otras en un denso tejido de lápidas, cruces y estatuas que se extiende a lo largo y ancho de una porción del bosque de Chapultepec. En las orillas del panteón se apilan aún algunas tumbas como si fueran a salirse de sus confines, y junto a ellas

se amontonan los escombros de sepulturas exhumadas, demasiado viejas como para permanecer ancladas a la tierra. Entre dichos escombros se encuentran fragmentos de tumbas de personas caídas en el sismo, replicando la fragilidad de las construcciones que las aplastaron: estas tumbas, ahora hechas pedazos, marcaron el lugar de inhumación de los restos de alguien a quien su casa le pudo caer encima en el momento del temblor.

Algunas fotografías de archivo muestran edificios enteros derrumbados, pareciendo formar cerros alzados en medio de la ciudad. En unas fotografías, toneladas de escombros se acumulan como capas quebradizas de los más diversos materiales, mientras en otras fotos las construcciones rotas parecen emerger de la tierra. En todas las fotos que he encontrado aparecen las personas como puntos minúsculos perdidos en la escala de estas ruinas modernas. Una parte de los escombros de las casas, de los edificios, de la ciudad caída en el 85, fue depositada en otra frontera, lejos del panteón que albergó a tantos de sus cuerpos: entre el borde nororiental de la Ciudad de México y el estado de México se extiende una franja

de naturaleza que también se formó en el curso de la década del ochenta, y que recibió en ese entonces sobre su suelo los restos materiales (no humanos) del sismo —antes de que las plantas crecieran sobre ellos y los ocultaran.



La Reserva Ecológica Lago de Texcoco comenzó a extenderse hacia el oriente hace treinta años, desde los bordes de Ecatepec y Ciudad Nezahualcóyotl: hoy se ha reducido su terreno, que en 1985 ocupaba más de 8.000 hectáreas. Los escombros del terremoto, que no encontraron lugar en la ciudad, fueron dejados ahí en ese vasto espacio inhabitado. Al recorrer la reserva se ven fragmentos de bloques de concreto, tejas, ladrillos y azulejos asomándose entre la vegetación que ha crecido sobre ellos en el curso de tres décadas. Entre los arbustos crecidos y el pasto tupido podrían estar guardados los restos de unos cuantos edificios, de los cuales sólo se ven las puntas. Las ruinas del sismo se ocultan progresivamente con el crecimiento de las plantas circundantes; a la vez, permanecen antinaturales, fuera del tiempo de la vida vegetal, emergiendo aún como lápidas de un camposanto remoto y disgregado.

V

Venado

La primera pareja de venados llega a Nueva Zelanda a mediados del siglo XIX, cuando un lord de Essex los envía como regalo a la isla del sur. La hembra de la pareja muere sin poder reproducirse tras el disparo de un cazador, quedando el macho solo hasta que el mismo noble inglés envía una nueva pareja de hembras. Al llegar las nuevas hembras, los venados se empiezan rápidamente a reproducir, poblando los bosques de este país del sur y multiplicándose. Hacia 1930 los venados son tantos que se ofrecen recompensas por sus cabezas, dando lugar a la matanza de más de un millón de especímenes en las décadas siguientes.

Cuentan los ingenieros de la Conagua que en 2012 llegaron al lago de Texcoco una manada de estos ani-

males desde Nueva Zelanda, dando lugar a una segunda migración, distante de aquella iniciada hace más de un siglo desde tierras inglesas. En algunos documentos estos animales aparecen como miembros de una manada que en 2005 ya compartía pastizales con vacas y caballos nativos, en algún punto de la zona federal. Los venados, totalmente ajenos al entorno de las planicies recientemente repobladas de pasto y árboles foráneos, fueron traídos sin un propósito claro, sin ser parte de alguno de los proyectos de reingeniería ambiental que estaban surtiendo efecto en las diferentes zonas del actual lago de Texcoco (entre estos proyectos se encuentran aún funcionando elaboradas y gigantescas plantas de tratamiento de aguas residuales, depósitos de basura transformada en abono para la tierra, delicados sistemas de riego por goteo y programas de siembra y fertilización). Lejos de

los tupidos bosques inscritos en el imaginario de los cuentos infantiles europeos, los venados extranjeros no se articulaban a un terreno en el cual humanos, peces, aves, liebres e insectos ya circulaban entre —y convivían con— mangueras, semillas y piscinas de aguas tratadas. En este nuevo entorno estos animales estaban confinados, desprovistos de la posibilidad de correr libremente entre las praderas, tenderse en las planicies desérticas parcialmente colonizadas por viviendas de invasión o habitar las instalaciones abandonadas del parque ecológico. Estas criaturas, en su extrañeza, parecían reinscribir una división ya borrada en esta cuenca tras siglos de transformaciones: la división entre lo nativo y lo foráneo.

La manada fue ubicada en un corral de unos cuantos metros cuadrados de extensión, en una especie de zoológico sin público. Hacia 2014, cerca de la fecha en la cual el gobierno federal dio luz verde al proyecto del nuevo aeropuerto, los venados fueron expulsados del lago sin dejar marcas ni descendencia. Con su partida, los corrales quedaron vacíos e intactos hasta ser tumbados por los nuevos ocupantes de esas tierras: de

estos corrales aún permanecían a finales de 2015 algunas láminas de asbesto sobre el suelo, las rejas dobladas por su propio peso y un bebedero en el centro, intacto y sin agua.



Vínculo

El lago Nabor Carrillo está enmarcado por una fila de piedras de tezontle rojo que dibujan su orilla y contienen su agua. Estas rocas, producto de emanaciones volcánicas, fueron alguna vez expulsadas del centro de la tierra hasta enfriarse en su superficie y fragmentarse en pequeños pedazos. Hoy resguardan un cuerpo de aguas también expulsadas: el Nabor Carrillo recibe aguas con brillos azules y un olor limpio y salino, como de mar, que han recorrido, al igual que las piedras, un largo camino. Negras y densas, las aguas de las cloacas de la franja nororiental de Ciudad de México son vertidas en el lago Churubusco, sobre el borde occidental del lago de Texcoco, para ser tratadas por finos métodos y conducidas de modo imperceptible al Nabor Carrillo. El calor las evapora en el aire que se respira desde una

orilla, mientras se están depositando, simultáneamente, millones de galones de agua tratada que llegan a la orilla contraria. Sobre ellas se posan bandadas de patos que migran todos los inviernos, haciendo escala de un largo viaje desde Canadá. Las aves, expulsadas de su tierra por el duro clima, habitan el Nabor Carrillo cada año desde diciembre hasta marzo: nadan en su agua y se calientan en las rocas de sus márgenes. En el espacio de estos meses fríos, tres cuerpos expulsados de procedencias enteramente distintas (las rocas volcánicas, el agua residual y la banda) se unen; luego, en abril, se separan.



Viuda

El terreno del lago de Texcoco no es una planicie uniforme: conteniendo múltiples morfologías superpuestas, es una colcha de retazos de distintos suelos, formas diversas de vegetación, concentraciones diferentes de sal en la tierra y múltiples marcas de ocupación que se han acumulado en la superficie del suelo como delgados estratos de escombros, basura,

aguas foráneas, planchas de cemento y otros materiales sintéticos. Poco a poco estos materiales se han ido naturalizando, confundiendo con los elementos nativos que los precedieron, coloreando la tierra con nuevos tonos. Las piedras volcánicas, extraídas de la capa de tierra localizada bajo los lodos lacustres —siendo estos lodos la última capa material que queda del antiguo lago—, así como de los cerros circundantes, han sido usadas para crear caminos que se dibujan a lo largo y ancho de las planicies del lago de Texcoco. Estas piedras, porosas, livianas y fuertes, a veces son negras como las entrañas del volcán Popocatepetl, y a veces rojas como el óxido de los metales ferrosos. En las orillas del lago Nabor Carrillo, las rocas volcánicas se han amontonado en una barrera de lajas en frágil equilibrio, que enmarcan las grandes extensiones de aguas tratadas. Debajo de estas piedras habitan las viudas negras: en el intersticio en el cual dos piedras parecen tocarse, la araña más venenosa del Valle de México hace su casa, pone sus huevos y muere. La viuda, de cabeza pequeña, ocho patas largas y delgadas, y un abdomen redondo y abultado en el que se adivinan unas marcas rojas, se mueve veloz entre

las piedras, eludiendo la presencia humana. La hembra es además conocida por ser caníbal: el macho, después de aparearse, queda atrapado en la tela de la hembra y es devorado por ella. Indiferente ante las apariencias de la vida silvestre, la araña no es una de esas criaturas, como las mariposas o algunas aves, que se posan a la vista exhibiendo sus formas y colores para ser advertidas. La viuda negra se evade, entendiendo que el humano es un adversario que debe ser atacado cuando se acerca demasiado: este último es una de varias criaturas mortales que deben ser repelidas de inmediato. La araña guarda su veneno y muerde la mano que la toca, liberando sus toxinas en el torrente sanguíneo de la víctima, poniéndolas a circular rápidamente por arterias y venas, confundiendo el veneno con la sangre, llegando a los órganos, a la cabeza, a los músculos, causando en minutos espasmos, dolores y parálisis: el efecto venenoso se extiende por horas, expulsando al visitante extraño que ha levantado incautamente las rocas para perturbar a uno de los habitantes previamente establecidos en este paraje singular del Valle de México.



Z

Zona

En la película *Stalker* del director ruso Andrei Tarkovsky, tres hombres entran en una zona prohibida resguardada por militares y cercas metálicas difíciles de franquear. Al interior de esta zona los hombres empiezan a descubrir un espacio diferente de aquel del exterior: un territorio cambiante que se devela a medida que ellos se internan en él. Al adentrarse en este espacio, los viajeros van encontrando carcazas oxidadas de tanques de guerra, búnkeres que han sido inundados por torrentes de agua, y lugares con los muros desnudos donde permanecen algunos fragmentos de muebles, escombros y objetos. En ocasiones atraviesan una vegetación densa y tupida que puebla las rendijas de las construcciones, ya vacías de habitantes. Los restos materiales de la ocupación

humana no permiten ser situados en el tiempo: aparecen cubiertos de moho, óxido, tierra, o sumergidos en el fondo de estanques de agua y cubiertos por capas de algas. La inmersión en esta “zona” nunca ocurre de la misma manera porque ella está, de cierto modo, viva: sus capas de vegetación y ruina se entretajan en una serie de laberintos que cambian siempre de forma, que trazan y vuelven a trazar su estructura, que nunca permiten ser recorridos en líneas rectas, y que mueven fuerzas invisibles e incomprensibles para los humanos. Mientras la “zona” cambia sus reglas, los caminos que se adivinan y señalan no se pueden desandar porque el lugar los devora, los clausura; el lugar reacciona ante la presencia humana y abre otros pasajes en nuevas direcciones.

Esta “zona” me recuerda a la selva amazónica de *La Vorágine*, novela

del escritor colombiano José Eustasio Rivera: un lugar que se resiste a ser conquistado, que origina muchas vidas y es a la vez letal, abierto y a la vez inaccesible. También pienso en un lote abandonado en Bogotá que recorrí hace años, antes de que fuera absorbido por el trazado de una nueva avenida. Se trataba de un espacio de un par de hectáreas, guardado por rejas blancas en medio del barrio José Joaquín Vargas, un barrio en parte ocupado por un nuevo conjunto de edificios homogéneos, y en parte un terreno baldío. Este lote albergaba los restos de una construcción abandonada, dejada a mitad de camino con sus máquinas, casetones y vigas apiladas siendo devorados por la maleza y la humedad, mientras en él se abría camino un asentamiento imperceptible de insectos y aves. Los restos de esta construcción, cubiertos de musgo y herrumbre, parecían desenterrados por alguien, procedentes de tiempos inubicables; dichos restos parecían a la vez componentes de un espacio familiar, cercano aunque desprovisto de forma y función, retorcido por el agua, las plantas, el sol y el viento. La “zona” de Tarkovsky también se parece a ciertos panteones de México y Colombia que he conocido de cerca: las

tumbas en estos cementerios no sólo guardan restos humanos, sino que sus monumentos devienen ruinas; sus mausoleos se transforman en zonas liminales, abiertas y agrietadas por el paso del tiempo. A través de sus grietas, la muerte escapa con sus olores, su descomposición y su íntima cercanía con lo vivo, mientras el pasto se asoma, crece y florece.

Pienso finalmente en los terrenos federales del lago de Texcoco: en ellos se mezcla la vegetación con el desierto, la sequía con la amenaza de inundaciones, los monumentos con los escombros, los restos de fallidas ocupaciones humanas con los materiales de nuevas construcciones. Todo esto converge en una especie de “zona”, de cierto modo prohibida, que se resiste a ser habitada o transitada.

Tarkovsky captura una condición de ciertos espacios (de “espacios otros” como los llama Foucault) que, como el lago de Texcoco, recogen secuelas de la conquista fallida de la tierra, y dan lugar a otra vida que emerge de dicha conquista. Esta vida no es enteramente humana, oscilando entre lo impuesto y aquello que, por sí mismo, llega a establecerse.



Zoológico

En los años anteriores al lanzamiento del proyecto Parque Ecológico Lago de Texcoco, muchos proyectos de tesis llegaron desde diferentes universidades de México a las oficinas de la Comisión Nacional del Agua (Conagua), en forma de ejemplares de papel encuadrado, numerados, escritos a máquina. Estos proyectos buscaban rehabilitar las miles de hectáreas de zona lacustre desecada bajo la forma de desarrollos inmobiliarios, complejos comerciales o infraestructuras turísticas. Uno de ellos tiene en su cubierta el dibujo de un elefante rodeado de tres siluetas de pájaros en vuelo; debajo de éste, en letras gruesas y sin serifas, se lee la palabra “ZOOPOLIS”. En las páginas que siguen se expone el plan de creación de un zoológico en los terrenos del lago de Texcoco, seguido de una lista de edificios a construir y sus correspondientes adecuaciones, dependiendo del tipo de animal que cada una debía albergar: praderas para que los ungulados medios corrieran y tuvieran espacio de separación entre unas y otras especies;

laderas rocosas erigidas para cabras y ovejas; llanuras para avestruces y casuarios; aviarios interiores para papagayos, colibríes, palomas y tejedores; estanques, islotes y pantanos para los flamencos y pelícanos; jaulas para buitres, cóndores y águilas; serpentario para reptiles, con calefacción y aire acondicionado; casa para insectos; *exotarium*, *tropicarium*, zoológico de crías, clínica.

Mientras esta tesis se entregaba en la biblioteca de la institución gubernamental del agua, en la antigua cuenca ya habitaban algunas de estas especies animales, adaptándose a las condiciones semidesérticas del suelo, alimentándose de pastos *Distichlis spicata*, comiéndose las unas a las otras de acuerdo con las leyes que dicta la cadena alimenticia, viviendo a la intemperie, ocultándose en huecos cavados en la tierra lodosa, reposando detrás de las piedras, agrupándose o repeliéndose de acuerdo con impulsos de colaboración o competencia.

Si las demás especies faltantes llegaran todas juntas en un arca, descendiendo sobre el suelo salino y corriendo libres en medio de los otros animales, morirían al poco tiempo

por falta de agua, perecerían aplastadas por las especies nativas o por sus semejantes, o serían erradicadas por los predadores que rondan la zona por aire o tierra. En ciertos casos algunos animales sobrevivirían y se ocultarían de la vista de todos los demás, o desarrollarían cierta sinergia con otras especies, dando lugar a nuevos e inesperados ecosistemas. Si un humano descendiera de esta arca de animales como un animal más, enseguida moriría de calor, sed, hambre y miedo.

“ZOOPOLIS”, un proyecto nunca realizado, propone la partición de los terrenos del lago de acuerdo a una jerarquía de las especies, organizada alrededor de un espectador humano: este espectador no desea contemplar el curso lento y a veces brutal de sus interacciones; no desea ver cómo el aire seco y el sol transforman sus hábitos; no desea él mismo identificarse con las especies animales. El zoológico se construye por el contrario como un panóptico desde el cual el humano comprueba que él es diferente, que tiene el control sobre los animales, que puede observarlos y entenderlos desde la distancia del vidrio o de la jaula.



Bibliografía

Referencias, documentos, relaciones, conversaciones

Aguilar, Gloria. “México, ciudad futura, proyecto sustentable, ¿para cuántos?”. *Quadratin*. Noviembre 29, 2013. <https://edomex.quadratin.com.mx/Mexico-ciudad-futura-proyecto-sustentable-%C2%BF-para-cuantos/> (citado en Abril 2, 2016).

Alatorre, Adriana y Víctor Fuentes. “Gobierno federal planea paraíso ecológico en lago de Texcoco”. *terra*. Septiembre 12, 2012. <http://noticias.terra.com.mx/mexico/gobierno-federal-planea-paraíso-ecologico-en-lago-de-texcoco,872f4a2e4b789310VgnVCM5000009ccceb0aRCRD.html> (citado en Abril 2, 2016).

Almazán Hernández, Gregorio. “Obras hidráulicas”. *todotexcoco.com*. Junio 23, 2015. <http://todotexcoco.com/obras-hidraulicas-NDE3e3Tg.htm> (citado en Marzo 27, 2016).

Almomento Noticias. “Realizan limpieza general en el Lago del Bosque de Tláhuac”. *Almomento Noticias*. Mayo 10, 2014. <http://www.almomento.mx/realizan-limpieza-general-en-el-lago-del-bosque-de-tlahuac/> (citado en Julio 10, 2015).

ANTAC Agencia de Noticias. “No somos invasores, afirman habitantes de Hidalgo y Carrizo”. <https://antacnoticiastexcoco.wordpress.com/2015/03/05/no-somos-invasores-afirman-habitantes-de-hidalgo-y-carrizo/> (citado en Abril 18, 2016).

Appadurai, Arjun. “Introduction: Commodities and the Politics of Value”. En *The Social Life of Things:*

Commodities in Cultural Perspective, editado por Arjun Appadurai, 3-59. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.

Arena Pública. “Texcoco y la compra silenciosa de predios”. *Dinero en imagen*. Febrero 4, 2014. <http://www.dineroenimagen.com/2014-02-04/32141> (citado en Junio 13, 2015).

Augé, Marc. *Los no lugares: una antropología de la sobremodernidad*. Traducido por Margarita Mizraji. Barcelona: Gedisa, 2000.

Barrera Aguirre, Juan Manuel. “Desalojan a 400 por invadir predios en Texcoco”. *El Universal*. Noviembre 24, 2012. <http://archivo.eluniversal.com.mx/notas/885464.html> (citado en Abril 18, 2016).

Barrera Aguirre, Juan Manuel. “San Salvador Atenco, en defensa de la tierra”. *El Universal*. Septiembre 2, 2014. <http://archivo.eluniversal.com.mx/ciudad-metropoli/2014/impreso/san-salvador-atenco-en-defensa-de-la-tierra-126018.html> (citado en Junio 13, 2015).

Barthes, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso*. Traducido por Eduardo Molina. Ciudad de México: Siglo XXI, 1993.

BBC Mundo. “¿Cómo se secó el Poopó, el segundo lago más grande de Bolivia?”. *BBC Mundo*. Diciembre 23, 2015. http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/12/151223_ciencia_bolivia_lago_poopo_desaparicion_sequia_wbm (citado en Enero 31, 2017).

Becerril, Andrea y Patricia Muñoz. “Sensacional, que el GDF presente controversia, dice Pedro Cerisola”. *La Jornada*, Octubre 25, 2001.

Becerril, Jorge. “Manifestantes bloquean Bucareli”. *milenio.com*. Mayo 6, 2014. http://www.milenio.com/df/Manifestantes-Tierra_y_Libertad-Textcoco-Hidalgo_y_Carrizo-predio_Federal-bloquean-Bucareli-Segob-Gobernacion_0_293971033.html (citado en Abril 18, 2016).

Benjamin, Walter. *Obra de los pasajes*. Vol. 1, en *Obras*, Libro V, traducido por Juan Barba. Madrid: Abada, 2013.

Benjamin, Walter. *Tesis de filosofía de la historia y otros fragmentos*. Traducido por Bolívar Echeverría. UACM, Ciudad de México: Ítaca, 2008.

Benjamin, Walter. “The Translator’s Task”. Traducido por Stephen Rendall. *TTR: traduction, terminologie, rédaction* 10, no. 2 (1997): 151-165.

Bennett, Tony. “Introducción” En *The Birth of the Museum*, 1-13. Nueva York: Routledge, 1995.

Borgdorff, Henk. *El debate sobre la investigación en las artes*. Amsterdam: Amsterdam School of the Arts.

Bose, Shumi. “Entrevista a Alberto Kalach: ‘Nuestros proyectos intentan crear un diálogo inteligente con la naturaleza’”. *The Guardian*. Noviembre 13, 2015. <https://www.theguardian.com/cities/2015/nov/13/entrevista-a-alberto-kalach-nuestros-proyectos-intentan-crear-un-dialogo-inteligente-con-la-naturaleza> (citado en Junio 27, 2016).

Campos, Gerardo. “Se deslindan

antorchistas de desalojo de mil familias”. *El Occidental*. Abril 28, 2012. <http://www.oem.com.mx/eloccidental/notas/n2522645.htm> (citado en Abril 18, 2016).

Cano, Juan Carlos. “El lago de Texcoco”. *Letras libres*. Septiembre 1, 2011. <http://www.letraslibres.com/revista/dossier/el-lago-de-texcoco> (citado en Mayo 25, 2016).

Carrillo, Nabor. *El hundimiento de la Ciudad de México, proyecto Texcoco*. Ciudad de México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1969.

Casell, Dana K, Robert C Salinas y Peter A.S. Winn. *The Encyclopedia of Death and Dying*. Nueva York: Facts on File, 2005.

Centro de Instrumentación y Registro Sísmico. “El sismo del 19 de Septiembre de 1985”. cires. http://www.cires.org.mx/1985_es.php (citado en Abril 18, 2016).

Centro Nacional de Memoria Histórica. *Ausencias que interpelan*. <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/ausencias-QueInterpelan/index.html#services> (citado en Marzo 24, 2016).

Centro Nacional de Memoria Histórica. *Textos corporales de la crueldad. Memoria histórica y antropología forense.* 19-28. Bogotá: CNMH, 2014.

Chakrabarty, Dipesh y Bernd M. Scherer. “Interview. The Anthropocene Project. An Opening”. *Youtube.com.* Enero 29, 2013. <https://www.youtube.com/watch?v=1bRb90OqtYI> (citado en Abril 10, 2016).

Chávez González, Silvia y René Ramón. “Huye subprocurador de Justicia de Texcoco de reunión con vecinos de San Salvador Atenco”. *La Jornada,* Enero 6, 2002.

Comisión del Lago de Texcoco. *Plan Lago de Texcoco.* Ciudad de México: Secretaría de Recursos Hidráulicos, 1975.

Comisión del Lago de Texcoco. *Proyecto Texcoco.* Ciudad de México: Secretaría de Agricultura y Recursos Hídricos, 1983.

Comisión del Lago de Texcoco. *Regeneración del Valle de México.* Ciudad de México: Secretaría de Recursos Hídricos, 1976.

Comisión Nacional del Agua. *Proyecto Lago de Texcoco. Rescate Hidroecológico.* Ciudad de México: Conagua, 2005.

Comisión Nacional del Agua. *Se perforarán dos pozos exploratorios más, en la búsqueda de otro acuífero para el Valle de México.* Comunicado de prensa, Conagua, Ciudad de México: Conagua, 2013.

Comisión Nacional del Agua. *Semblanza Histórica del Agua en México.* Ciudad de México: Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, 2009.

Congreso de los Estados Unidos Mexicanos. *Ley federal sobre monumentos y zonas arqueológicas, artísticas e históricas.* Ciudad de México: Estados Unidos Mexicanos. Presidencia de la República, 1972.

Contrapapel.mx. “Otogará la Conagua predio para reubicar a desalojados de Hidalgo y Carrizo”. Abril 6, 2015. <https://contrapapelnoticias.wordpress.com/2015/04/06/otorgara-la-conagua-predio-para-reubicar-a-desalojados-de-hidalgo-y-carrizo/> (citado en Abril 18,

2016).

Contreras, Cintya. “El Bordo Poniente causa miocarditis, vómitos, cáncer”. *Excelsior*. Abril 19, 2016. <http://www.excelsior.com.mx/comunidad/2016/04/19/1087405#imagen-4> (citado en Mayo 10, 2016).

Coolidge, Matthew. *The Center for Land Use Interpretation*. 1994. <http://clui.org/> (citado en Febrero 2, 2015).

Cortés, Hernán. “Segunda carta de relación de Hernán Cortés al Emperador Carlos V”. *Cartas de Relación*. http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/historia/relacion/2_2.html (citado en Septiembre 10, 2015).

De Micheli, Mario, ed. *Las vanguardias artísticas del siglo XX*. Traducido por Ángel Sánchez-Gijón and Pepa Linares. Madrid: Alianza, 2000.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Mil Mesetas*. Traducido por José Vázquez Pérez. Valencia: Pre-Textos, 2008.

Delgado, Diana. “Desplazados. El terremoto de 1985 los ‘destruyó’”. *El Universal*. Septiembre 17, 2015. <http://www.eluniversal.com.mx/articulo/metropoli/df/2015/09/17/desplazados-el-terremoto-del-85-los-desterro> (citado en Abril 18, 2016).

Didi-Huberman, Georges. “Atlas. Entrevista con Georges Didi-Huberman”. *Youtube.com*. Diciembre 21, 2010. <https://www.youtube.com/watch?v=WwVMni3b2Zo> (citado en Marzo 9, 2016).

Diederichsen, Diedrich. “Animation, De-reification, and the New Charm of the Inanimate”. *e-flux journal*, no. 36 (Julio 2012).

Silly Symphonies. Flowers and Trees. Dirigida por **Walt Disney**. 1932.

Echeverría, Iñaqui. *Parque Ecológico Lago de Texcoco*. <http://www.parquetexcoco.com/> (citado en Abril 2, 2016).

Edgeworth, Matt. “Follow the Cut, Follow the Rhythm, Follow the Material”. *Norwegian Archaeological Review* 45, no. 1 (2012): 76-92.

Edgeworth, Matt. “On the Agency of Rivers”. *Archaeological Dialogues* 21, no. 2 (2014): 157-159.

Elpaís.com.co. “En imágenes: así fue el terremoto que azotó a México en 1985”. *elpaís.com.co*. Septiembre 17, 2015. (citado en Abril 18, 2016).

Encyclopaedias and Dictionaries. Vol. 18, en *Encyclopaedia Britannica*. 2003.

Escalante Pliego, Patricia. “Aves y aviones, incompatibles”. *Animal político*. Octubre 7, 2014. <http://www.animalpolitico.com/blogue-ros-blog-invitado/2014/10/07/aves-y-aviones-incompatibles/> (citado en Abril 18, 2016).

Escobar, Arturo. *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: UNAULA, 2014.

Espinoza Pineda, Gabriel. *El embrujo del lago: el sistema lacustre de la Cuenca de Méxio en la cosmovisión mexicana*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Históricas UNAM, 1996.

Excelsior. “Se incendió fábrica de harina en la Delegación Cuauhtémoc”. *Excelsior*. Diciembre 5, 2014. <http://m.excelsior.com.mx/comunidad/2014/12/05/995977> (citado en Junio 27, 2015).

Fernández Polanco, Aurora. “Escribir desde el montaje: otra forma de exponer”. En *Investigación artística y universidad: materiales para un debate*, editado por Selina Blasco, 105-116. Madrid: Ediciones Asimétricas, 2013.

Fernández, Emilio. “Exigen compensación por daños en vialidades de Texcoco”. *El Universal*. Abril 5, 2016. <http://www.eluniversal.com.mx/articulo/metropoli/edomex/2016/04/5/exigen-compensacion-por-danos-en-vialidades-de-texcoco> (citado en Abril 6, 2016).

Fernández, Emilio. “Nunca olvidaremos cómo nos sacaron, casi a patadas”. *El Universal*. Mayo 11, 2012. <http://www.eluniversaledomex.mx/home/nota29490.html> (citado en Abril 18, 2016).

Fiske, Tina y Giorgia Bottinelli. “Mark Dion. Tate Thames Dig

1999". *Tate*. Febrero 2002. <http://www.tate.org.uk/art/artworks/dion-tate-thames-dig-t07669/text-summary> (citado en Marzo 11, 2016).

Foucault, Michel. "Des espaces autres". *Architecture, Mouvement, Continuité*, no. 5 (Octubre 1984).

Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Traducido por Alberto González Troyano. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1992.

Foucault, Michel. *El pensamiento del afuera*. Traducido por Manuel Arranz. Valencia: Pre-Textos, 2014.

Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Traducido por Aurelio Garzón del Camino. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

Foucault, Michel. "La prosa del mundo". En *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, traducido por Elsa Cecilia Frost. Buenos Aires: Siglo XXI, 1968.

Franke, Anselm. "Animism: Notes on an Exhibition". *e-flux journal*, no. 36 (Julio 2012).

Freud, Sigmund. "Animism, Magic and the Omnipotence of Thought". En *Totem and Taboo*, 124. Nueva York: Moffat, Yard, and Company, 1918.

Gándara Vásquez, Manuel, entrevistado por Adriana Salazar. (Marzo 11, 2016).

García, Dora. "Más mística que racionalista, alcanza verdades que la lógica no puede alcanzar". En *En torno a la investigación artística. Pensar y enseñar arte: entre la práctica y la especulación teórica*, por Varios autores, traducido por Miguel Martínez-Lage, 59-65. Barcelona: Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, 2010.

García Hernández, Juan Luis. "Cinco ejidatarios de Atenco ponen en vilo al NAICM: la SCT usurpó 200 hectáreas, acusan". *sinembargo.mx*. Marzo 8, 2016. <http://www.sinembargo.mx/08-03-2016/1633213> (citado en Marzo 10, 2016).

García Hernández, Juan Luis. "La crisis deja sin alas al Nuevo Aeropuerto de la CdMx: no se puede pagar, dicen diputados".

sinembargo.mx. Marzo 7, 2016. <http://www.sinembargo.mx/07-03-2016/1631993> (citado en Marzo 10, 2016).

Garuba, Harry. “On Animism, Modernity/Colonialism, and the African Order of Knowledge: Provisional Reflections”. *efflux journal*. Julio 2012. (Citado en Mayo 1, 2016).

GeoComunes. *geocomunes*. <http://geocomunes.org/> (citado en Febrero 6, 2017).

Gibbs, Anna. “Fictocriticism, Affect, Mimesis: Engendering Differences”. Editado por Nigel Krauth and Tess Brady. *Text* (The University of Western Sydney) 9, no. 1 (Abril 2005).

Gioni, Massimiliano. “Il Palazzo Enciclopedico (The Encyclopedic Palace)”. *Universes in Universe*. http://universes-in-universe.org/eng/bien/venice_biennale/2013/tour/palazzo_enciclopedico/curatorial_text (citado en Marzo 22, 2016).

Gioni, Massimiliano. “Massimiliano Gioni On The Encyclopedic

Palace”. *Youtube.com*. Junio 1, 2013. <https://www.youtube.com/watch?v=KtzD32I2Bus> (citado en Marzo 20, 2016).

gob.mx. “La Conagua entrega en concesión el Parque Ecológico Lago de Texcoco para resguardo municipal”. *gob.mx*. Abril 5, 2016. <http://www.gob.mx/conagua/galerias/la-conagua-entrega-en-concesion-el-parque-ecologico-la-go-de-texcoco-para-resguardo-municipal-26252> (citado en Abril 6, 2016).

Gómez Gerardo, Víctor. “Historia de la Tecnología y molinos de trigo”. Universidad Pedagógica Nacional. Abril 25, 2011. <http://educap.unp.mx/hemeroteca/tech-mainmenu-30/219-num-06/367-historia-de-la-tecnologia-y-molinos-de-trigo-> (citado en Junio 29, 2015).

Viento negro. Dirigida por **Servando González**. 1995.

González de León, Teodoro, Alejandro Rosas Robles, Alberto Kalach y Gabriel Quadri de la Torre. *La ciudad y sus lagos*. Ciudad de México: Clío, 1998.

González-Ruibal, Alfredo. “Archaeology of the contemporary past”. En *Encyclopedia of Global Archaeology*, editado por Claire Smith, 1683-1694. New York: Springer, 2014.

Gopnik, Adam. “In the Memory Ward: The Warburg is Britain’s most eccentric and original library. Can it survive?” *The New Yorker*. Marzo 16, 2015. <http://www.newyorker.com/magazine/2015/03/16/in-the-memory-ward> (citado en Marzo 18, 2015).

Grande, Helena. “Exposición de la investigación artística: una aproximación al Journal for Artistic Research y el Research Catalogue”. En *Investigación artística y universidad: materiales para un debate*, editado por Selina Blasco, 87-104. Madrid: Ediciones Asimétricas, 2013.

Graves-Brown, Paul y John Schofield. “The filth and the fury: 6 Denmark Street (London) and the Sex Pistols”. *Antiquity* 85, no. 330 (2011): 1385–1401.

Groys, Boris. “On Art Activism”. *e-flux*. Junio 2014. <http://www.e-flux.com/journal/on-art-activism/>

(citado en Junio 22, 2015).

Guzmán Roque, Sharenni y Víctor Espinosa. “El lago que se filtró por 7 grietas”. *El Universal*. Junio 1, 2012. <http://www.eluniversaldf.mx/tlahuac/nota46734.html> (citado en Julio 10, 2015).

Haraway, Donna J. “Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective”. *Feminist Studies* 14, no. 3 (Otoño 1988): 575-599.

Haraway, Donna J. *Staying with the Trouble. Making Kin in the Chthulucene*. Durham: Duke University Press, 2016.

Harrison, Rodney y John Schofield. “Archaeo-ethnography, auto-archaeology: Introducing archaeologies of the contemporary past”. *Archaeologies* 2, no. 5 (2009): 185-209.

Haus der Kulturen del Welt. *The Anthropocene Project*. 2013-2014. http://hkw.de/en/programm/projekte/2014/anthropozoen/anthropozoen_2013_2014.php (citado en Junio 20, 2015).

Hernández, Eduardo. “Controlan bomberos incendio en fábrica de Lerdo y Vallejo”. *El Universal*. Diciembre 5, 2014. <http://www.eluniversal.com.mx/ciudad-metropoli/2014/controlan-bomberos-incendio-en-fabrica-de-vallejo-1059560.html> (citado en Junio 27, 2015).

Hodler, Timothy y Nick Sousanis. “Thinking Through Images: An Interview with Nick Sousanis”. *The Paris Review*. Julio 20, 2015. <http://www.theparisreview.org/blog/2015/07/20/thinking-through-images-an-interview-with-nick-sousanis/> (citado en Julio 29, 2015).

Iregui, Jaime. “Monumentos Privados”. *jaime iregui | archivo*. Mayo 16, 2007. <https://jaimeiregui.wordpress.com/2007/05/16/monumentos-privados/> (citado en Febrero 10, 2017).

Kalach, Alberto. *Ciudad Futura*. <http://www.kalach.com/proyectos/ciudad-futura/ciudadfutura.html> (citado en Abril 2, 2016).

Kaufmann, Therese. “Arte y conocimiento: rudimentos para una

perspectiva descolonial”. *eipcp: european institute for progressive cultural policies*. Marzo 2011. <http://eipcp.net/transversal/0311/kaufmann/es> (citado en Abril 5, 2015).

Kopytoff, Igor. “The Cultural Biography of Things”. En *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*, editado por Arjun Appadurai, 64-91. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.

Lagunes Gasca, Ricardo A. “Nuevo aeropuerto: despojo y ecocidio”. *La Jornada*. Octubre 1, 2016. <http://www.jornada.unam.mx/2016/10/01/opinion/014a1pol> (citado en Octubre 26, 2016).

Lakepedia. *Lakepedia*. <http://www.lakepedia.com/> (citado en Enero 31, 2017).

Latour, Bruno. “Anthropology at the Time of the Anthropocene - a personal view of what is to be studied”. *Distinguished Lecture*. Washington: American Association of Anthropologists, 2014.

Latour, Bruno. “Crisis”. En *Nunca fuimos modernos*, traducido por Víctor Goldstein. Buenos Aires: Siglo

XXI, 2007.

Latour, Bruno. “On Technical Mediation: Philosophy, Sociology, Genealogy”. *Common Knowledge* 3, no. 2 (Otoño 1994): 29.

Lueg Tamargo, José Luis. “Desaparición de la ZFLT”. *El Universal*. Agosto 28, 2016. <http://www.eluniversal.com.mx/entrada-de-opinion/columna/jose-luis-luege-tamargo/metropoli/2016/08/29/desaparicion-de-la-zflt> (citado en Agosto 29, 2016).

Lueg Tamargo, José Luis “NAICM: el gran engaño”. *El Universal*. Marzo 7, 2016. <http://www.eluniversal.com.mx/entrada-de-opinion/columna/jose-luis-luege-tamargo/metropoli/2016/03/7/naicm-el-gran-engano> (citado en Marzo 10, 2016).

Macías, Luis Francisco. “El arquitecto se mató al caer su aeronave”. *La prensa*. Noviembre 4, 2016. <https://www.la-prensa.com.mx/archivos/110594-el-arquitecto-se-mato-al-caer-su-aeronave> (citado en Febrero 9, 2017).

Maerker, Denise. “Bitácora de

vuelo, reportaje especial sobre el NAICM”. *Youtube.com*. Mayo 30, 2016. <https://www.youtube.com/watch?v=c3y0smu1TAM> (citado en Junio 17, 2016).

Martínez, Chus y Matt Edgeworth. “A Report. A Matter Theater: Archaeology and Aesthetics”. *Youtube.com*. Octubre 31, 2014. <https://www.youtube.com/watch?v=qQK5yhjK8Zs&feature=youtu.be> (citado en Junio 19, 2016).

Martínez Elorriaga, Ernesto. “Seco, 20 por ciento del lago de Cuitzeo”. *La Jornada*, Marzo 2017: 28.

Martínez Galván, Jorge, Manuel Moreno y David Robichaux. “Los cerros ausentes”. *Cátedra Angel Palerm*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2017.

Medina, Cuahtémoc y Christopher Michael Fraga. *Manifesta 9. The Deep of the Modern. A Subcyclopaedia*. Genk, 2012.

Melitopoulos, Angela y Maurizio Lazzarato. “Machinic Animism”. http://film.ncu.edu.tw/word/Machinic_Animism.pdf (citado en

Junio 1, 2014).

Méndez, Ernesto. “Bordo Poniente: el hedor domina el oriente del DF”. *Excelsior*. Marzo 5, 2013. <http://www.excelsior.com.mx/comunidad/2013/03/05/887324> (citado en Mayo 10, 2016).

Mischke, Dennis. “Othering Otherness. Stephen Muecke’s Fictocriticism and the Cosmopolitan Vision”. *Academia.edu*. https://www.academia.edu/5816850/Othering_Otherness_Stephen_Mueckes_Fictocriticism_and_the_Cosmopolitan_Vision_DENNIS_MISCHKE_Postcolonial_Studies_Alterity_and_the_Cosmopolitan_Imagination (citado en Abril 2, 2016).

Monitor Económico de Baja California. “Piden considerar impacto social y económico durante construcción del NAICM”. *Monitor Económico de Baja California*. Abril 8, 2016. <http://monitoreconomico.org/noticias/2016/apr/07/piden-considerar-impacto-social-y-economico-durante-construccion-del-naicm/> (citado en Abril 9, 2016).

Monitoreo de Medios. “Contará DF con dos nuevos pozos profundos de agua”. *Agencia de gestión urbana de la Ciudad de México*. Marzo 16, 2015. <http://www.agu.df.gob.mx/sintesis/index.php/contara-df-con-dos-nuevos-pozos-profundos-de-agua/> (citado en Julio 11, 2015).

Muecke, Stephen. “The Fall: Fictocritical Writing”. *Parallax* 8, no. 4 (2002): 108-112.

Nájjar, Alberto. “El lago mexicano que se tragó la tierra”. *BBC Mundo*. Junio 8, 2012. http://www.bbc.com/mundo/noticias/2012/06/120606_galeria_lago_mexico_lp (citado en Julio 10, 2015).

Noticieros Televisa. “Incendio consume fábrica de harina en el DF”. *Noticieros Televisa*. Diciembre 5, 2014. <http://noticieros.televisa.com/mexico-df/1412/incendio-consume-fabrica-harina-df/> (citado en Junio 27, 2015).

Notimex. “Pérdida de lagos ocasiona aumento de temperatura en la CDMX”. *Noticias MVS*. Marzo 8, 2016. <http://www.noticiasmvs.com/#!/noticias/perdida-de-la->

gos-ocasiona-aumento-de-temperatura-en-la-cdmx-532 (citado en Marzo 27, 2016).

Nuevo Aeropuerto MX. “Avances de Barda y Caminos Perimetrales Junio”. *Youtube.com*. Junio 10, 2016. https://www.youtube.com/watch?v=C13xZ_gfgiQ (citado en Enero 28, 2017).

Nuevo Aeropuerto MX. “Liebre Cola Negra”. *Youtube.com*. Junio 20, 2016. <https://www.youtube.com/watch?v=-qAKIzOs1j4> (citado en Junio 21, 2016).

Olivera Lozano, Guillermo. “La reforma al artículo 27 constitucional y la incorporación de las tierras ejidales al mercado legal de suelo urbano en México”. *Scripta Nova* 9, no. 194 (Agosto 2005).

Padget, Humberto. “Antorcha: la máquina de extorsión del PRI”. *sinembargo.mx*. Abril 21, 2014. <http://www.sinembargo.mx/21-04-2014/966554> (citado en Enero 29, 2017).

Padró, Carla. “Retos de la museología crítica desde la pedagogía crítica y otras intersecciones”. *Dossier*

(Universidad de Barcelona), no. 4 (2011): 102-114.

Pamuk, Orhan. *Me llamo rojo*. Traducido por Rafael Carpintero. Buenos Aires: Alfaguara, 2006.

Pamuk, Orhan. “Orhan Pamuk’s Objectomania”. *Bidoun.org*. <http://bidoun.org/collections/objects> (citado en Marzo 22, 2016).

Páramo, Arturo. “Sismo 85: el temblor que despertó a la ciudad”. *Excelsior*. Septiembre 16, 2015. <http://www.excelsior.com.mx/comunidad/2015/09/16/1046025#-view-1> (citado en Abril 18, 2016).

Parsons, Jeffrey R. y Luis Morett A. *Reconocimiento arqueológico del lago de Texcoco, México: Informe preliminar de la temporada de 2003*. Museo Nacional de Agricultura, Texcoco: Universidad Autónoma de Chapingo, 2004.

Pastrana, Daniela. “Aeropuerto en Texcoco: contra todo y contra todos”. *La Jornada*, Junio 24, 2001.

Perec, Georges. *Espèces d’espaces*. Paris: Galilée, 2000.

Perec, Georges. *Tentativa de agotamiento de un lugar parisino*. Traducido por Maurici Pla. Barcelona: Gustavo Gili, 2014.

Pérez Barrera, Ignacio. *Balneario Termal en el Lago de Texcoco*. Tesis, Ciudad de México: UNAM, 1985.

Pérez U., Matilde. “Anuncian expropiación de 5 millones de hectáreas”. *La Jornada*, Octubre 23, 2001.

Periódico Supremo. “Exigen familias desalojadas de predio ‘Hidalgo y Carrizo’ ser reubicadas a tres años de su desalojo”. Marzo 9, 2015. <http://www.periodico-supremo.com.mx/2015/03/09/exigen-familias-desalojadas-de-predio-hidalgo-y-carrizo-ser-reubicadas-a-tres-anos-de-su-desalojo/> (citado en Abril 18, 2016).

Povinelli, A. Elizabeth. “Do Rocks Listen? The Cultural Politics of Apprehending Australian Aboriginal Labor”. *American Anthropologist*, New Series 97, no. 3 (Septiembre 1995): 505-518.

Povinelli, A. Elizabeth. “The Anthropocene Project. A Report. A

Matter Theater: The Fog of Meaning in a Voiceless Demos”. *Youtube.com*. Octubre 24, 2014. <https://www.youtube.com/watch?v=Th4Fs-n0DTPw> (citado en Abril 6, 2016).

Povinelli, A. Elizabeth. “The Anthropocene Project. An Opening”. *Youtube.com*. Enero 20, 2013. <https://www.youtube.com/watch?v=W6TLLgTg3LQ> (citado en Marzo 4, 2016).

Purvis, Katherine, and Catalin Trif. “The lakes of the world are disappearing – in pictures”. *The Guardian*. Diciembre 9, 2016. <https://www.theguardian.com/global-development-professionals-network/gallery/2016/dec/09/the-lakes-of-the-world-are-disappearing-in-pictures> (citado en Enero 31, 2017).

Qobilov, Rustam. “Cómo la industria soviética del algodón se bebió un mar entero”. *BBC Mundo*. Febrero 25, 2015. http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/02/150225_gch_mar_aral_sequia_lp (citado en Enero 31, 2017).

Quintanar Reyna, Erik. *Zoópolis. Parque Zoológico Ecológico Texcoco*.

Tesis, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1996.

Radiografía Informativa. “Más de 1,000 familias desplazadas por la CONAGUA marcharán desde Texcoco hasta el DF para exigir justicia”. Marzo 8, Abril. <http://radiografiainformativa.com/mas-de-1000-familias-desplazadas-por-la-conagua-marcharan-desde-texcoco-hasta-el-df-para-exigir-justicia/> (citado en Abril 18, 2016).

Ramírez, Bertha Teresa. “Torre de perforación para extraer agua en DF, dañina al medio ambiente: experta”. *La Jornada*. Febrero 1, 2015. <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2015/02/01/torre-de-perforacion-para-extraer-agua-en-ciudad-deportiva-danina-al-medio-ambiente-elena-burns-8692.html> (citado en Julio 11, 2015).

Ramírez H., Víctor Hugo. “Chimalhuacán apoyará desalojados de Hidalgo y Carrizo”. *Alianza-tex*. Mayo 11, 2012. <http://www.alianzatex.com/nota.php?nota=N0018180> (citado en Abril 18, 2016).

Ramón, René. “Ejidatarios de Atenco pedirán a Fox debate público”. *La Jornada*, Febrero 3, 2002.

Ramonetti, Ariadna, entrevistada por Adriana Salazar. (Marzo 24, 2016).

Restrepo, Iván. “El fin de un proyecto ejemplar”. *La Jornada*. Septiembre 12, 2016. <http://www.jornada.unam.mx/2016/09/12/opinion/020a2pol> (citado en Septiembre 14, 2016).

Rivera, José Eustasio. *La Vorágine*. Ciudad de México: Tono, 2009.

Rojas, Paola. “Desalojo en Texcoco por riesgo a inundación: Conagua”. *radioformula.com.mx*. Abril 27, 2012. <http://www.radioformula.com.mx/notas.asp?Idn=240105> (citado en Abril 18, 2016).

Román, José Antonio. “Sistemática política de despojo territorial en Edomex, denuncia ONG”. *La Jornada*. Diciembre 9, 2015. <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2015/12/09/sistematica-politica-de-despojo-territorial-en-edomex-denuncia-ong-978.html> (citado en Julio 1, 2016).

Romero Sánchez, Gabriela. “Grave, el problema del agua en el DF, afirma Federico Mooser”. *La Jornada*. Febrero 9, 2015. <http://www.jornada.unam.mx/2015/02/09/capital/035n1cap> (citado en Julio 11, 2015).

Romero Sánchez, Gabriela. “Pemex excavará pozos profundos en busca de agua para la ciudad”. *La Jornada*. Febrero 1, 2015. <http://www.jornada.unam.mx/2015/02/01/capital/021n1cap> (citado en Julio 11, 2015).

Royer, Hugo. “ciudad futura. lago de texcoco “. *Youtube.com*. Abril 27, 2012. (citado en Abril 2, 2016).

Sadr Haghghian, Natascha. “Deshacer lo investigado”. En *En torno a la investigación artística. Pensar y enseñar arte: entre la práctica y la especulación teórica*, por Varios autores, traducido por Miguel Martínez-Lage, 29-43. Barcelona: Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, 2010.

Salinas Cesáreo, Javier y René Ramón Alvares. “Cavarán en San Salvador Atenco zanja de un kilómetro”. *La Jornada*, Enero 3, 2002.

Salinas Cesáreo, Javier y René Ramón Alvares. “Desalojo de reserva federal en Texcoco deja 10 heridos”. *La Jornada*. Noviembre 25, 2012. <http://www.jornada.unam.mx/2012/11/25/estados/027n2est> (citado en Abril 18, 2016).

Salinas Cesáreo, Javier. “Pobladores de Atenco presentan queja ante CNDH por NAICM”. *La Jornada*. Junio 19, 2016. <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2016/06/19/pobladores-de-atenco-presentan-queja-ante-cndh-por-naicm> (citado en Junio 19, 2016).

Sánchez, Mayela. “El NAICM: un sueño inmobiliario largamente preparado”. *sinembargo.mx*. Mayo 20, 2015. <http://www.sinembargo.mx/20-05-2015/1348573> (citado en Abril 18, 2016).

Sánchez, Sonia Hiedra. “Legisladores dan resultado del Proyecto Rescate del Lago de Texcoco”. *asisucedec.com*. Marzo 21, 2016. <http://asisucedec.com.mx/legisladores-dan-resultados-del-proyecto-rescate-del-lago-texcoco/> (citado en Marzo 26, 2016).

Sanciprián, Alex. “El rostro

de la pobreza endereza la voz y pide justicia, en el campamento Hidalgo y Carrizo”. *Reporteros en movimiento*. Marzo 9, 2015. <https://reporterosenmovimiento.wordpress.com/2015/03/09/el-rostro-de-la-pobreza-endereza-la-voz-y-pide-justicia-en-el-campamento-hidalgo-y-carrizo/> (citado en Abril 18, 2016).

Sander, Hans-Jörg. “Nuevos estímulos de planeación en la zona metropolitana del DF”. En *México y sus perspectivas para el siglo XXI*, por Barbara Klauke, 267-276. Münster: Lit, 2000.

Sanford, Melissa. “The Salt Of the Earth Sculpture; Debating Intervention As Nature Does Its Work”. *The New York Times*, Enero 2004.

Santoyo Villa, Enrique, Efrain Ovando Shelley, Federico Mooser y Elvira León Plata. *Síntesis Geotécnica de la cuenca del Valle de México*. Ciudad de México: TGC Geotecnia, 2005.

Sicilia, Fabián y Jean Robert. “Contra el mega-aeropuerto”. *Proceso*. Enero 19, 2015. <http://www.proceso.com.mx/393481/contra-el-mega-aeropuerto-2> (citado en

Abril 18, 2016).

Silva, Natasha R. y Ángel Plascencia. “Dos megaciudades, una crisis”. *El País*. Marzo 22, 2016. http://internacional.elpais.com/internacional/2016/03/21/actualidad/1458597371_473379.html (citado en Marzo 27, 2016).

Smithson, Robert. *Robert Smithson: The Collected Writings*. Editado por Jack Flam. Los Angeles: University of California Press, 1996.

Sousanis, Nick, Steve Dahlberg y Mary Alice Long. *Artist Nick Sousanis on the Power of Visuals (& Comics) on Learning & Creativity*. Junio 16, 2015. <http://www.blogtalkradio.com/creativityinplay/2015/06/16/artist-nick-sousanis-on-the-power-of-visuals-comics-on-learning-creativity> (citado en Agosto 19, 2015).

Solís Castro, Raúl, entrevistado por Adriana Salazar. (Agosto 20, 2015).

Soto, Pedro, entrevistado por Adriana Salazar. (Julio 16, 2015).

Steinhauer, Jillian. “Curating the

Traces Left by Undocumented Migrants”. *Hyperallergic*. Marzo 4, 2013. <http://hyperallergic.com/65963/curating-the-traces-of-illegal-immigration/> (citado en Febrero 6, 2017).

Steyerl, Hito. “¿Una estética de la resistencia? La investigación artística como disciplina y conflicto”. *eipcp: european institute for progressive cultural policies*. Editado por Marta Malo de Molina. Enero 2010. <http://eipcp.net/transversal/0311/steyerl/es> (citado en Diciembre 3, 2014).

Stalker. Dirigida por **Andrei Tarvovsky**. 1979.

Taussig, Michael. “Dying is an Art Like Everything Else”. *Critical Inquiry*, no. 28 (2001): 305-316.

Taussig, Michael. *My Cocaine Museum*. Chicago: The University of Chicago Press, 2004.

Taussig, Michael. “Fetishism and Dialectical Deconstruction”. En *The Devil and the Commodity*. Fetishism in South America, 2-11. The University of North Carolina Press, 2010.

Taussig, Michael. “The Stories Things Tell And Why They Tell Them”. *e-flux journal*, no. 36 (Julio 2012).

Taussig, Michael y Bernd M. Scherer. “The Anthropocene Project. An Opening”. *Youtube.com*. Enero 29, 2013. <https://www.youtube.com/watch?v=3VMYSgPWFKs> (citado en Marzo 30, 2016).

Temblores en México. “Sismo del 85”. <http://www.tembloresenmexico.com/index.php/sismo-del-85> (citado en Abril 19, 2016).

Teorema Ambiental. “Proyecto Ambiental Nuevo Texcoco México”. *Teorema ambiental*. Febrero 2002. <http://www.teorema.com.mx/sostenibilidad/proyecto-ambiental-nuevo-texcoco-mexico/> (citado en Junio 13, 2015).

Thibault, Harold. “China’s largest freshwater lake dries up”. *The Guardian*. Enero 31, 2012. <https://www.theguardian.com/environment/2012/jan/31/china-freshwater-lake-dries-up> (citado en Enero 31, 2017).

Thorne, Sam y Patricia Thom-

son. “Ethnography in the art museum”. *Tate.org*. Noviembre 12, 2015. <http://www.tate.org.uk/context-comment/audio/ethnography-art-museum> (citado en Marzo 20, 2016).

todotexcoco.com. “Anuncian entrega de predios a integrantes de Hidalgo y Carrizo “. Abril 20, 2015. <http://todotexcoco.com/noticias?NT=38834> (citado en Abril 18, 2016).

todotexcoco.com. “Desplazados de Hidalgo y Carrizo conmemoran el tercer aniversario del desalojo que sufrieron en 2012 “. Abril 28, 2015. <http://todotexcoco.com/noticias?NT=39245> (citado en Abril 18, 2016).

Torrente, Virginia y Pablo Martín Pascual. *Estación experimental: investigaciones y fenómenos artísticos*. Madrid: Centro de Arte Dos de Mayo, 2012.

UNEP. “Lake Chad: almost gone”. *unep.org*. 2008. <http://www.unep.org/dewa/vitalwater/article116.html> (citado en Enero 31, 2017).

Villamil, Jenaro. “El gran negocio

del Grupo Atlacomulco”. *Proceso*, no. 1975 (Septiembre 2014): 6-11.

Warman, Arturo. “La reforma agraria mexicana, una visión de largo plazo”. *Food and Agriculture Organization of the United Nations*. 2003. <http://www.fao.org/docrep/006/j0415t/j0415t09.htm> (citado en Abril 30, 2016).

Weizman, Eyal y Bernd M. Scherrer. “Forensis. The Architecture of Public Truth”. *Youtube.com*. Marzo 25, 2014. <https://www.youtube.com/watch?v=t7VuyYOcQJs> (citado en Junio 20, 2016).

Weizman, Eyal. *Forensic Architecture*. 2011. <http://www.forensic-architecture.org/> (citado en Marzo 31, 2016).

Western Hemisphere Shorebird Reserve Network. *Lago Texcoco*. <http://www.whsrn.org/site-profile/lago-texcoco> (citado en Abril 18, 2016).

